

UACM

**Universidad Autónoma
de la Ciudad de México**

Nada humano me es ajeno

**COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA**

**“Refugio contra el viento: diez cuestiones
fundamentales para interpretar una novela”**

**TRABAJO RECEPCIONAL
PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN CREACION LITERARIA**

PRESENTA:

C. MARCO ANTONIO DIAZ LOPEZ

Directora del trabajo recepcional

Dra. Gabriela Valenzuela Navarrete

México, D.F. Agosto 2013

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Agradecimientos

Agradezco profundamente el apoyo de mis padres, hermanos, suegros, a mi esposa y a mis hijos. Sin ellos es imposible pensar la vida.

De la misma forma, agradezco a la profesora Gabriela Valenzuela por la paciencia y dedicación en la corrección de la novela y la poética.

A la profesora Mónica Lavín, quien vio germinar lo que hoy es *Refugio contra el viento*

A los profesores de la academia de Creación Literaria de la UACM por enseñarme que ser creador no es un oficio, sino un privilegio.

Agradezco a la UACM por el apoyo para la impresión de esta tesis e impulsar, de esta manera, el crecimiento académico.

A mis compañeros de la carrera con quienes he compartido sueños y anhelos literarios.

Índice

Capítulo 1.....	06
Capítulo 2.....	20
Capítulo 3.....	30
Capítulo 4.....	39
Capítulo 5.....	47
Capítulo 6.....	55
Capítulo 7.....	62
Capítulo 8.....	71
Capítulo 9.....	76
Capítulo 10.....	82
Capítulo 11.....	93
Introducción.....	98
Género y subgénero.....	101
Corriente literaria.....	103
Tema.....	106
Título.....	108
Tiempo.....	111
Escenario.....	114
Personajes.....	116
Voz narrativa.....	119
Estructura.....	121
Secuencias.....	123
Conclusión.....	125
Bibliografía.....	127

Refugio contra el viento

Novela

Cada uno de ellos será como refugio contra el viento
y protección contra la tempestad,
como canales de riego en tierra seca,
como la sombra de una gran roca en el desierto.

Isaías 32:2

I

El Ganso se aferró a la camisa negra, símbolo de buena vibra, según una convicción añeja heredada de su madre que a su vez la heredó de su madre. El reloj de su cuarto marcaba las cuatro de la mañana. Bajó sigilosamente la escalera de caracol. Ya en la cocina, buscó en el refrigerador algo de leche para empinársela fría porque creía que lo frío hacía caminar las neuronas a un ritmo acelerado. Buscó restos de comida, encontró un pan duro, mordisqueado. Las ventanas de su nariz rastrearon si la otra mitad lo había comido un ratón o un niño, y sonrió aliviado por la conclusión: lo comió Juan, su hermano menor, uno de los niños que había aprendido a volarse el cerco que el viejo había impuesto sobre lo que se podía o no comer; una sensación de paz invadió su interior y comió el resto de pan.

Bajó a la sala donde dormían sus hermanos y trató de no hacer ningún ruido. El sueño de los niños parecía profundo; los pequeños resuellos inundaban el rincón. Los observó un instante y una ternura paternal se asomó por sus ojos. Pensó que los niños dormían allí porque el viejo los había encontrado con los pies sucios en la cama; y entonces, con furia desmedida, los habría corrido a la sala, como solía suceder siempre. Su mano derecha sudaba mientras acariciaba las llaves del camión en el bolsillo, la responsabilidad que afrontaba lo ponía de cara a un reto mayor: ser, a partir de hoy, el chofer de las misiones al Sureste.

En poco tiempo, se había convertido en un viejo lobo del volante; su maestro, el Rengo Escobar, lo había declarado listo para asumir la responsabilidad total del camión. Había aprendido lo necesario, lo transmisible en lo que a ser chofer se refiere; lo demás, dijo el Rengo, era cosa de ingenio personal, de improvisar al momento. Tienes que superar tu nerviosismo, hizo énfasis el Rengo para cerrar la etapa maestro-alumno y seguir con la de colegas de ahora en adelante.

Al cerrar la puerta de la casa amarillenta, el Ganso subió al camión, tomó las llaves y encendió el motor. El ruido era suave, se podría decir que hasta agradable. El frío de la cabina le estrujó el cuerpo y se subió el zíper de la chamarra hasta el cuello. En el cielo todavía agonizaba la luz de las estrellas. Una estela de niebla cubría las calles, como fantasma matutino.

Se puso los guantes que le regaló el Rengo Escobar, Un regalo de tu ex maestro, le dijo gallardo. Con los guantes mitigó lo frío del volante, luego, metió, suave, el acelerador y el camión avanzó rompiendo la niebla.

La mirada fija, el pie acelerando fuerte y una convicción añeja lo animaba a continuar con el trabajito que le dejaba el recurso necesario para sostener un poco la casa, un poco la escuela y unos cartones de cerveza para los habitantes del cuarto.

La ciudad, a esas horas, parecía un coágulo amarillento, una sabana interminable. De no ser porque algunas personas ya armaban sus puestos, somnolientas, alguien podría imaginar que esa ciudad era una ruina abandonada, una ciudad azteca dejada a la intemperie, sin rastros de vida.

El Ganso sacó la nota de su bolsillo, leyó poniendo un rato el ojo en la carretera y otro rato sobre el papel: “Pasas el primer puente peatonal, luego el segundo y, cuando veas el tercero, ve frenando, allí hay un acotamiento, y en ese acotamiento estarán parados los dos hombres”, decía el dictado del Güero Muñoz.

Cuando el Güero Muñoz le habló, la tarde anterior, para confirmar lo que en su último viaje supo, se puso feliz, sería el que iba a manejar el camión. Otros dos hombres tenían una responsabilidad similar a la de él, pero el pulso, el ritmo, estaría en sus manos. La noticia le alegró la tarde.

Allí estaban los dos hombres, en el lugar descrito por el papel. Se ponían las manos como visera para ver si se trataba del camión que conocían. Uno era gordo, muy gordo, con unas piernas cortitas y una barba abundante, sin orden; el otro, lo opuesto, como si los hubieran buscado así, a propósito. Era un hombre flaco, muy flaco, con los pómulos hendidos y vestido como si fuera gordo.

Los dos hombres subieron a la cabina, donde ya había un clima agradable. El frío había huido en los primeros acelerones del motor. El gordo se presentó desinhibido, Quiubo, soy Rufino, mucho gusto, el Güero me puso Taz, por Tazmania. Y el apodo asentaba ciertamente en su figura. El otro, menos expresivo, dijo que se llamaba Arnoldo y que le decían Viruta. Parecía un deber, en la secta del Güero Muñoz, presentarse con el apodo.

Así que el Ganso quiso reírse cuando escuchó la presentación de los hombres, lo decían tan natural, tan sin pensarlo. El Güero Muñoz identificaba a todos por sus apodos, cuando, en alguna ocasión le decían el nombre de alguien, era probable que no supiera de quién se trataba, sin embargo, cuando escuchaba el apodo de alguno de ellos, era seguro que el rostro aquel tomara forma.

El Ganso soltó la mano y, al contrario de los dos hombres, nada más dijo que era el Ganso, a secas. El Ganso, masticó el Taz. El Viruta hizo un gesto de insatisfacción y se le hundió un poco más el pómulo y volvió al tema, ¿Cómo te llamas? Dime Ganso, solamente. Ese Güero siempre le atina a los apodos, ¿no? Ahondó el comentario el Viruta. El Ganso se tocó, discretamente, la punta la nariz y confirmó con un esbozo de sonrisa lo dicho por el hombre flaco.

La mañana, al clarear el alba, era transparente, un aire nítido paseaba en la copa de los árboles, para inclinarlos con solemnidad. El paisaje se mostraba franco y el amanecer

epifánico. El camión rompía el viento. El Ganso trataba, a pesar del sueño, de mantener el mismo ritmo. Los hombres bromearon un rato sobre cuestiones que sólo ellos sabían, que les había acontecido en algún momento, aunque en su diálogo siempre salió el Güero Muñoz y el Rengo, el Ganso no hiló ninguna broma; era otro tiempo. Dedujo que también ellos conocían a su patrón de tiempo atrás, y que eran hombres de confianza a pesar de que los dos tenían cara de idiotas.

Los hombres abrieron la boca, pero ya no para hablar, sino para mitigar ese sueño profundo que los golpeó. De la boca del Taz caía un hilo brumoso de baba; el Viruta, por el contrario, reclinó la cabeza en la ventanilla y parecía que un sueño solaz le sacaba una sonrisa. En la parte más dañada de la carretera, el camión brincaba, como si el Ganso no hubiera metido a tiempo la velocidad, y mostraba a los hombres más ridículos que la propia posición en la que se habían dormido; parecían una especie de marionetas mal hechas.

La primera ciudad después de varias horas de manejo aparecía a lo lejos; un aire caliente daba la bienvenida a los habitantes del camión, era un aire denso, irrespirable. El Ganso decidió cerrar el vidrio de la ventanilla, y al ver que el aire acondicionado no funcionaba, volvió a abrirla de inmediato. El tránsito de los coches empezó a ser más lento y el calor más duro, a pesar de que la tarde se había adueñado del día. Los transportistas empezaron, todos, a buscar otras vías alternas, pero nada funcionaba; al contrario, el amontonamiento era cada vez mayor.

El Ganso tenía programado el tiempo de llegada; estaba, también, programada la cita con los hombres: nada debía fallar. Con el estrés, el Ganso empezó a sudar más, el tiempo seguía su marcha y el día caía muy pronto. Decidió tocar el claxon portentoso del camión y el chofer del coche de enfrente le mentó la madre, el de al lado le dijo que por arriba estaba libre.

¿Dónde estamos? Dijo el Viruta intentando ubicar algún letrero, Estamos en la ciudad, lo ubicó el Ganso. Andaba bien desvelado, mi Ganso, y como sé que de regreso no hay que pegar el ojo, aproveché el sueñito, se justificó.

El Taz dormía a pierna suelta, con un acto de equilibrio se mantenía sentado. Parecía cosa de tiempo para que cayera, pero así habían transcurrido varias horas. Cuando el Viruta lo vio, soltó la risotada, Agárrate la baba, cabrón, le habló, y el Taz zarandeó la cabeza, Casi me ahogo, desgraciado, dijo a son de broma y el Viruta se sonrojó ante la risotada que salió de su boca. Tu pinche maña de babear, güey, Normal, normal, contestó el Taz.

El Ganso se tocaba suavemente la periferia del ojo derecho y, sin querer, atrajo el momento del golpe en el cuarto de Luis, pensó inmediatamente en la venganza, en las ganas que tenía de matar al Gordo, al puerco que le había dado el codazo, y todo por mediar en un conflicto, más bien, en la madriza que el Gordo le estaba pegando a Luis. El Viruta, con ojitos de rendija, adelantó su cuerpo flaco para asomarse al ojo amoratado del Ganso, Ay, güey, que madrazo te dieron en el ojo, dijo, No me digas que no te duele, si pareces vampiro. Un poco, contestó el Ganso. ¿Quién fue ese cabrón?, tú nomás señala y nosotros lo matamos, y la risotada del Viruta se prolongó unos segundos.

Cuando el Viruta subió al camión, al Ganso le pareció que el más hablador era el Taz, pero se había equivocado, el más hablador era el Viruta. Era un hombre inconforme con todas las respuestas; parecía que alguien le había enseñado el don de hurgar en la vida ajena, hasta llegar siempre al fondo de cualquier secreto y develarlo a los cuatro vientos. Su risa era desmedida, desesperante, un ataque epiléptico parecía adueñarse de él. Se reía de cualquier cosa, del más insignificante y pueril de los comentarios. Su bigote shakesperiano

y sus dientes de ratón le daban un aspecto cómico, y sí, se parecía a Viruta, el patíño de Capulina.

Qué madrazo te dieron, siguió el Viruta, Ya deja de chingar, compadre, adosó el comentario el Taz. Y para seguir en otro camino con el diálogo, el Taz soltó un halago, Eres bueno para la manejada mi chavo, ahora entiendo por qué te dejaron de chofer, mira que confiarte el camión y la misión. Tuve que venir varias veces de acompañante, dijo el Ganso. Mira que el Rengo es buen maestro, ¿eh?, siguió el Taz, dicen que es el segundo después del Güero, estamos hablando de la élite, pero es muy cabrón el pinche Rengo, y bien moto. El Ganso únicamente fue siguiendo el monólogo con la cabeza, diciendo sí aunque no fuera allí un sí, cuando menos el Taz creía que lo estaba siguiendo y que atendía los comentarios. ¿Cuándo te golpearon? Volvió a escucharse la voz del Viruta. La burra al trigo, el Viruta era un hombre tozudo.

La imagen del Gordo se dibujó en la memoria del Ganso, con su tenis desvencijado, con su cuerpo desparramado, desaliñado y con una gorra cubriendo el cuello. La Venganza, la venganza crecía en su mente, tomaba fuerza cuanto más horas habían pasado del evento. El pasado era una cosa determinante en su vida, una cosa inalienable, un destino que apuntaba hacia adelante, determinaba el curso humano, el de él, determinaba su historia. Su pasado estaba allí, en su ojo derecho, alrededor, con un moretón que empezaba a molestar y que se extendía como una montaña alrededor de una laguna. Un moretón hecho por un ex amigo, por un gordo que se incrustó, a la fuerza, entre los que ya se empezaban a reunir en el cuarto de Luis con la finalidad de formar un círculo de lectura, pero a la hora del giro alcohólico, salió beneficiado el Gordo porque no era competente para entender temas filosóficos; pero sí para tomar cervezas: se las bebía como agua.

Me la vas a pagar, cabrón, quiso decirlo hacia afuera de los labios, pero no había por qué dar motivo al Viruta para que siguiera martillando el asunto, para que siguiera ahondando la herida y aportando al crecimiento del odio.

El Taz bostezó prolongadamente y un tufo apestó toda la cabina. El Ganso sintió que vomitaba; el Viruta, con sus ojitos de rendija, veía hacia al frente, como tratando de encontrar algún otro punto de diálogo, o buscando la manera de volver al tema, y lo encontró cuando el Taz le recomendó al Ganso que se cuidara el ojo, porque en estos viajes nada se sabe, todo puede pasar. El Viruta confirmó que sí, que todo podía pasar, porque uno nunca sabe. Fíjate lo que me pasó a mí en mi primer viaje, cuando todavía no me conocía el Rengo y aquí mi compadre me había recomendado.

“Ya veníamos de regreso, eran como eso de las dos de la mañana y ya no aguantaba la orina amontonada en la verija, así, se venía reventándose esta madre, tú sabes cómo es eso. Ya me dolía de tanto aguantarme, ¿verdad, compadre?, y entonces ni modo, tuve que hablar, le tuve que decir al cabrón del Rengo, oye, párate donde veas un lugarcito, me estoy miando. Entonces el maldito Rengo me dio el consejo, quítale la coca cola a ese cabrón y orínate allí, no tenemos tiempo para pararnos, que tal si nos siguió la patrulla, me dijo, y entonces ahí va el obediente, el novato, y me orino en la botella que éste traía en sus manos. El Rengo casi se orinaba pero de la risa, el maldito, él sabía el carácter de mi compadre, tan explosivo, tan cabrón, ¿verdad, compadre?, sabía que me iba a madrear si descubría que me oriné en su coca, pero eso no fue lo grave, ¿verdad, compadre?, lo grave fue que no le avisé y que éste se despertó con sed y antes de que yo dijera aguas, le dio el sorbo, no, qué va, los buenos tragos, probó mis riñones, ¿verdad, compadre?, así, amargoso le supo, yo creo, porque casi se vomitaba, el Rengo se reía como nunca, con su bocota bien grande metido en medio de esa barba montañosa. Y aquí el compadre me soltó un golpe en el ojo, hasta se me

oscureció un rato, ¿verdad, compadre? Desde entonces tomo mis precauciones en el Paraje, me meo bien o siempre traigo mi botella, ya no de coca, para que este cabrón no se vuelva a equivocar”.

Y el Viruta volvió a su risotada, mostrando sus dientes de ratón.

A lo lejos, en un cerro pequeño, se alcanzaba a observar el caserío sin orden alguno. Unas casas muy distantes de las otras, sin calles, con unos caminos que se cruzaban entre sí y, ante esas bifurcaciones, uno podría tomar cualquiera. Era como una especie de estación terminal, de donde todo parte. Y también, a esa distancia y sobre esos caminos, unos puntos blancos que caminaban moviéndose con prisa.

Empezaba a caer la noche. El viento era fresco y levantaba polvareda a su paso por la carretera arenada. El Ganso sudaba en la cabina, Te dejamos el arma, dijo el Taz, supongo que sabes usarla. No supo si tomar el comentario como una agresión contra él o contra el Rengo. El Rengo era buen maestro, con las botellas de refresco, que siempre llevaban en la cabina, se había parado varias veces a la orilla de la carretera para que el Ganso fuera probando el pulso, Vas, pum, órale, cabrón, no muevas el arma, no cierres los dos ojos, güey, para allá no, a la botella, le vas a pegar a ese pinche indio. Así las lecciones fueron disminuyendo, al fin y al cabo no necesitaban de balas, nomás de inteligencia. El mismo Rengo Escobar le había dicho que, cuando no fuera necesario, no había por qué soltar ninguna bala, a la migra se le ganaba con el cerebro. Así que la duda del Taz le pareció una agresión para él, pero no lo dijo, lo pensó solamente, Claro que la sé usar, comentó levantado la frente. Pero es sólo preventivo, eh, y eso él ya lo sabía, también sabía la recomendación que seguía, si no hay necesidad no hay que usarla, y sin embargo, el Taz lo dijo.

Cada vez los puntos blancos se fueron acercando, moldeando las figuras de los hombres detrás de esos puntos. Las bifurcaciones estrecharon las manos unas a otras, y el Ganso le dio para la derecha, hasta el fondo, ya despacio, ya con un ritmo tranquilo.

Estamos llegando y hay que estar buzos, comentó el Taz, nada de confiancitas, eh, el Güero Muñoz ha empezado a confiar plenamente en nosotros, continuó en una posición de líder moral, si no mal recuerdo es la primera vez que venimos solos, sin el Rengo Escobar, así que no hay que perder la oportunidad de ser de la élite.

El Viruta tomó la posición de maestro de yoga, cerró los ojos y puso sus manos en señal de meditación, y mascullaba un rezo, su bigote shakesperiano brincaba chuscamente, terminó besando la cruz de un Cristo triste que llevaba en el cuello.

El Ganso apretó los dientes y afinó la vista para dar la última vuelta y, llegar al Paraje, Debes estacionar el camión más adentro, dijo el líder moral, porque los indios de aquí han empezado a preguntar para dónde llevamos a la gente. Está bien, confirmó el Ganso, ¿en cuánto tiempo vuelven? En cuatro horas, dijo el Taz, Háganlo por el río, les tomará menos tiempo, continuó el Ganso, Pero es más peligroso, cabrón, y hay que asegurar el bisne, ya después que tengamos callo lo hacemos por donde quieras.

El Ganso sabía que estaba frente a la prueba máxima, de la que dependía su futuro en el negocio, aquí era el lugar para poner en práctica lo que aprendió durante los viajes con el Rengo Escobar, vas, pum, órale, cabrón. No había más tiempo, estaba a unos minutos de poner toda la argucia enseñada; lo demás, recordaba, era cosa de ingenio personal. Apretó fuerte el volante con las manos sudorosas, “tengo que controlar los nervios”, se auto aconsejó, respirando más hondo.

El Güero Muñoz había sentenciado que, si algo salía mal, ninguno de los tres volvería a trabajar con él, dijo que no quería mediocres en su legión. Era por eso que el

nervio se apoderaba del rostro del Ganso, el Taz y el Viruta. El fantasma del fracaso estaba allí, metido en el anhelo de hacer las cosas lo mejor posible, de no dejar rastros para que la migra los siguiera y, claro, de no hacerlo por el río, como recomendaba el Ganso, sino de irse a la vuelta, lo más lejos posible de la civilización, internarse en la montaña con tal de pasar desapercibidos por la migración. Finalmente, el objetivo era llevar a esa gente hacia el centro, sin importar cómo le hicieran para hacerlo.

El Taz y el Viruta metieron su arma en la cintura y, al parar el camión, bajaron con gran habilidad y caminaron rumbo a la montaña. Iban como perseguidos, como si el Güero estuviera calificando desde la manera de dar los pasos. La fortaleza del Taz era inaudita, parecía sacar los pasos más rápido que los del Viruta; a pesar de que éste era espigado, de piernas largas; en cambio, el Taz era de piernas cortas, pero veloces, ni siquiera la panza gelatinosa le hacía detenerse un instante.

El Ganso sintió la boca seca, pastosa, como cuando uno se despierta. Decidió bajar del camión y caminar rumbo a la tiendita del Paraje, la única por el rumbo. Joven, ¿usted otra vez por aquí? cuestionó el tendero. El Ganso, con la frente levantada, con el nervio agazapado en su interior, en sus manos, en sus gestos, en su voz, contestó, Sí, otra vez por acá.

El viejo tendero era un hombre cincuentón, viejo de parecer, canoso, con la nariz quemada y los ojos vacilantes, usaba unos grandes lentes a media nariz. Siempre se mantenía vigilante detrás del mostrador polvoso. Un refresco, ordenó el Ganso, y el viejo tendero señaló unos refrigeradores oxidados. El Ganso tomó, además del refresco frío — como era su convicción— unas galletas para mitigar ese dolor que subía del estómago. El viejo tendero lo seguía con sus ojos vacilantes por arriba de las gafas.

Algo sabía, y el Ganso lo había sospechado desde el primer viaje, cuando el Rengo Escobar lo dejó cuidando el camión y encargado de avisar a Maclovio, allí supo que el tendero era una chucha cuerera. Pero no había ninguna otra tienda por allí cerca, no quedaba más que ir con él o morir de sed y de hambre.

El Ganso caminó hacia el camión haciendo deducciones, pensado por qué el viejo no los había denunciado, si ya tenía el secreto descubierto. La voz carrasposa del tendero se escuchó, Joven, aquí lo que se consume, se paga. Y el Ganso sintió un frío desde la planta de los pies hasta la cabeza, había olvidado pagar las galletas y el refresco, los nervios le estaban jugando una mala pasada. Sacó un billete del bolsillo y se lo dio al viejo tendero. No conforme con el pago, el viejo tendero lastimó la herida, Aquí somos honestos, no como en la ciudad, masculló jugando el billete en los dedos.

El Ganso pedía a gritos que un boquete se abriera en la tierra, no caminó, trastabilló hacia el camión, cuando llegó se acordó de Maclovio, y entonces supo que era doble el desacierto: tendría que volver a pasar frente a la tienda para ir por los melones. Arrugó la nariz y apretó los dientes y volvió a pasar frente a la tienda; sintió que la mirada le rosaba en la espalda.

Divisó a Maclovio, como siempre, bajo el galerón donde vendía los melones. Su bigote caedizo y su sombrero de lado le daban un aire de revolucionario. El cuerpo de Maclovio desplegaba un olor fétido, a podredumbre, sus dientes eran rocas apiladas en doble fila. Pensé que no iban a venir este mes, dijo Maclovio. Aquí estoy, dijo el Ganso, y como siempre, Maclovio, en tres horas me mandas la carga con tu gente, allá hacemos cuentas, remató. Maclovio asintió retorciéndose el bigote y lanzó un gargajo verdoso al suelo.

Ya dentro del camión, se acostó en el asiento y pensó en hacer bien las cosas, de eso dependía que la familia tuviera gasto y los cuates vino. Tener el dinero me dará el poder, quiero demostrarle al viejo gargajiento que sirvo para vivir. Qué puede decirme un cabrón como él, que se enoja por no traerle sus caprichos inmediatamente, que saca su furia como gargajo de su garganta. Quisiera que mi madre se animara, de una vez por todas, a abandonarlo, que dejara atrás su cantaleta “es que nunca he trabajado”, “no sé qué haría sola”, “Es que tus hermanos son pequeños”. Esta misión y este puesto me darán ánimo para decirle a mi madre que su viejo es un cabrón con los niños, aunque ella lo ha visto, pero siempre se mete a defenderlo, “está enfermo”, “niños, no lo molesten”. No sé por qué mi madre quiere al viejo, y estoy harto de “es que nos recogió cuando ustedes eran niños, nos dio casa, ropa y dinero”, y así trata de convencerme que ella tiene la razón.

Ahora las cosas serán diferentes, el Güero Muñoz me tiene confianza, el Rengo Escobar le ha hablado bien de mí, que soy cabrón, muy cabrón. Ahora podré entrarle a este negocio y algún día seré la mano derecha del patrón. Así el viejo ya no me eructará en la cara: “me deben la vida, yo los recogí cuando eran unos mocosos”. Con una casa cayéndose y unos cuantos pesos, cree ser dueño de nuestra vida. Le voy a demostrar que puedo comprarme una casa acá, con lo mejor de la sociedad, y dejar de vivir amontonados en su cuchitril, que desde que se la arrebató a su padre no le ha puesto ni un solo ladrillo más. Pronto tendré mi mansión al estilo Güero Muñoz.

El Güero cuenta que empezó como yo, desde abajo, de la barriada, dicen que únicamente gritaba en los camiones cuando era niño, nomás porque lo vieron abusado, a cuánta gente no le tranzaba a la hora de cobrar, que si había subido el pasaje, que por la gasolina, es mucha carga la suya, ocupa usted mucho espacio. Después tuvo su primera

camioneta y empezó a pasar gente para el otro lado. Al poco tiempo ya eran dos las camionetas, hasta llegar a tener el puro billete.

Muchas veces, cuando he andado en el centro comercial, lo he visto en las revistas, que el coche nuevo, y que Nueva York, París y Londres, “empresario mexicano abre tiendas en el extranjero”, decía el periódico el otro día. Y que hasta a Israel ha ido, dice que nomás anduvo como mudo porque no entendió nada y te cuenta que si los conflictos con los palestinos, que a cada rato se dan en la madre, y que, a pesar de todo, es buen lugar para invertir, que hasta ya nadó en el Mar Muerto y que dizque de a muertito nadó un rato allí, “¿Saben por qué le llaman Mar Muerto? Chale, qué ignorantes me salieron” y uno nomás se agacha porque apenas conozco para el Sur. Es buen ejemplo ese cabrón, su mamá tan pobre y su padre enfermizo y sus hermanos son políticos, que si el diputado Muñoz, el presidente municipal Muñoz, y que hasta en la nacional está uno de sus hermanos, el licenciado Muñoz, encargado de una secretaría. Y el gran empresario, Güero Muñoz.

Puedo ser grande como ellos, como él, allí está el ejemplo, y claro, siendo de su legión no me dejará solo. Y el viejo me lamerá los güevos ahora que salga yo en las revistas, ahora que sea un político importante o simplemente que empiece mi propio negocio. Yo sé muchas cosas del viejo, la muerte repentina de su padre, qué casualidad, la madrina que les pega a mis hermanos, y sé lo de la Vicky. El pendejo cree que la Vicky sí lo quiere, lo que no sabe es que es una puta corriente, anda con el Muñeco y con el Tuerto. Y que nomás anda quitando centavos a los que se dejan, y ahora que le quite todo al viejo, ni adiós, mi vida, le va a decir, porque el gasto de la casa lo comparte con la Vicky, lo he visto contándole los billetes para que se deje besuquear. Después que lo dejen vendrá con mi madre “te amo, mi india chula” y otra vez la burra al trigo, y otra vez los madrazos a los niños, y a mi jefecita sus mentadas. En lo que a mí respecta, el viejo sabe que ya no puede

conmigo, que ya no soporta ni a sus propios huesos, y que cuando quiera ponerme la mano encima, lo mandaré a la fosa común, como debe ser.

Un sonido detrás de sus orejas le hizo salir de sus cavilaciones. Maclovio gorgoteaba detrás de él. El Ganso bajó el vidrio, Ahí están los costales, como siempre, son treinta y seis, Está bien, Maclovio, dile a los muchachos que los suban. Mi parte, dijo Maclovio, y el Ganso metió la mano derecha en el bolsillo sacando una paca de billetes, y tal como estaba, se la entregó. Ahí está completo. Tá bueno, remató Maclovio. Un gusto hacer trato con ustedes, dijo, y se retorció el bigote y soltó el gargajo verdoso.

Los hombres metieron los costales hasta la parte indicada, para dejar acceso a las veintiocho personas. La montaña se mostraba más prieta, tupida, sin ninguna luz que mostrara el arribo del Taz y del Viruta dirigiendo a la gente. La luz de la tienda apenas iluminaba el corredor, y ya no alcanzaba para llegar más allá, donde estaba el Ganso. La noche era cerrada, negra, estrellada. El Ganso se quedó solo un momento más, con la angustia de ver llegar a sus compañeros, las manos, a estas horas, ya no sudaban, un aire frío golpeaba el ambiente. De pronto, salieron disparados treinta hombres de la montaña, camuflados con ramas verduscas. La gente venía dirigida por el Taz y el Viruta quienes, presurosos, empezaron a dar las indicaciones necesarias. La gente empezó a agazaparse en su pequeño espacio, que no pasaba de la circunferencia de sus cuerpos. El Ganso sintió un pequeño dolor en el ojo derecho y se tocó, suavemente, la periferia. Cuando el Taz y el Viruta subieron a la cabina, el Ganso encendió el motor y apretó el acelerador y salieron a toda prisa del Paraje.

II

Luis jugaba en sus manos *Temor y temblor* de Sören Kierkegaard. Su intelecto estaba ávido de lectura y crítica, pero habían pasado dos días en que sólo tomaba un libro, lo acariciaba o daba algún ojazo a la contraportada, y se quedaba como en una profunda meditación, como buscando la forma de que las letras se aferraran a su cerebro, por demás perjudicado. Buscó, de pronto, ponerse a escribir; tomó su pluma y empezó a arrastrarla sobre la página blanca. Sabía que nunca sería un gran escritor, que Jorge lo había criticado mucho por esa manera tan descarnada y tan sin fundamento de despedazar, en sus ensayos, a algunos autores, o quizá a todos. Le decía que era su rencor lo que lo determinaba y que así no iba a llegar lejos. Ve al club, le dijo un día, para que veas cómo se argumenta. Así que sabía que nada bueno habría de salir de todo esos retazos que tenía arrumbados en la esquina del cuarto.

Despedazó en su ensayo a Kierkegaard. Lo acusó de protestante empedernido, melancólico y de una ideología burguesa. Antisocial, dogmático y una serie de adjetivos en el mismo sentido. Kierkegaard había quedado ridiculizado en unos cuantos párrafos.

Soltó la pluma y, de nueva cuenta, quedó absorto, pensativo.

Nadie había aparecido en el cuarto desde el día del desaguisado, ni siquiera Marisela, ella tan puntual, tan gustosa por las sorpresas. Parecía como si la tierra, con algún maleficio, hubiera roto el lazo de amistad, de amor, de envidia, de todo el bagaje sentimental del que está compuesto el humano, y que los unía en un espacio tan pequeño. Sin ponerse de acuerdo, nadie iba a clases, todos se encontraban en el cuarto y allí empezaban las tardes y noches largas, larguísimas, hasta cansar los oídos de los vecinos con la música estridente y hacerlos dormitar toda la madrugada. Así eran las noches, profundas, llenas de alcohol, de drogas, de sueños, de sexo, mentiras y promesas.

El silencio en el cuarto era ensordecedor, inusitado. Existen dos tipos de soledad, afirmaba Luis, la soledad para la lectura, para escuchar música y para encontrarse consigo mismo; la soledad mística, le llamaba. En cambio, la segunda soledad es la que abrumba y enferma al oído, y retrae la atención para concentrarse en la lectura; le llamaba la soledad enfermiza.

Pensaba en el Gordo y en la golpiza que le propinó, y ya frío, en la cama, a solas, sabía que él era capaz de todo; sabía que el Gordo estaba pensando en la venganza y que quizá estuviera buscando a sus compañeros vándalos, y ellos estuvieran aguardando en la esquina, para luego secuestrarlo o hasta matarlo.

Cuando decidió salir, y aguantarse el miedo que se le salía por el corazón, se fue a un puente peatonal, y mientras fumaba, contaba los choches por colores, luego por marcas, para después hacer un recuento de cuántos coches, de ese color y esa marca, circulaban en esa avenida de diez a doce del día.

Luego de hacer las estadísticas que no sirvieron a nadie, decidió ir a la universidad. Allá se encontraría al Gordo, a Marisela, a la Chana y la Changa, a Jorge y, si era buen día, al Ganso. Pero el Gordo era el problema, el acicate para no mostrarse siquiera por el salón de clases.

El Gordo era buen amigo, hombre de mundo, se sabía todas las combinaciones de las bebidas, todos los tipos de drogas y la cantidad que se necesitaba para adormecer a una mujer, y cogérsela en el quinto sueño. Pero lo que más problemas le causaba a Luis era esa manera de hacer sus bromas: estaba seguro de que parte de ello era lo del ensayo usado como papel higiénico ese día del conflicto.

Ese día, Luis entró al baño para estar un momento a solas con Marisela, para despojarla de su ropa e inventar alguna posición sexual en un espacio tan limitado. En ésas

estaban, cuando, de pronto, Luis volvió la vista al cesto de basura y se percató que alguien se había limpiado la mierda con el ensayo que debía entregar para el profesor Blanco. Para colmo, el ensayo no lo había hecho propiamente él; lo había hecho Jorge, pero por la amistad que los unía, y porque Luis estaba apunto de reprobar la materia con el profesor Blanco, Jorge lo quiso ayudar y él le pagó perdiendo el ensayo.

Luego de haber visto su ensayo embarrado de mierda, salió disparado del baño, preguntando quién fue, el Gordo respondió que él, porque no había papel higiénico en el baño. Allí comenzó un conflicto mayúsculo, porque Luis ardió en furia y se le dejó ir con golpes al Gordo. Cuando el Ganso trató de mediar, el Gordo le soltó soberbio golpe y lo dejó medio atarantado; mentando la madre a diestra y siniestra.

En la entrada de la universidad, Luis leyó el encabezado de un manifiesto “Cambio de rector o huelga”; supo entonces que durante los días de ausencia habían sucedido cosas de las que no se había enterado, y leyó detenidamente: al rector lo acusaban de corrupto, de acoso laboral y de vilipendiar los trabajos del consejo. Ya enterado, recorrió el primer pasillo, meditabundo; no sabía nada del tema de la clase, ni qué autor estaban leyendo y, por el horario, era el profesor Blanco quien estaba dando la cátedra.

El profesor Blanco era un hombre severo, bajito de estatura, de cabello alborotado y de barbas blancas, era el profesor más destacado de la facultad. Había estudiado en Alemania, formado en la mejor tradición marxista, escritor de un sinfín de obras, traducidas a varios idiomas. Y Luis lo respetaba por eso, y trataba de llegar a su clase lo más leído posible, hacer comentarios acertados, porque el profesor Blanco siempre decía “La verborrea para su abuela; aquí lo que se pueda fundamentar”.

La aparición repentina del Gordo en el pasillo, hizo que su pensamiento diera un vuelco. El Gordo parecía con la barba más crecida, pegándole al pecho. Luis no supo qué

hacer, no quería encontrarse con él. No teniendo opción alguna, metió la cabeza, cual avestruz, en un grupo de estudiantes que discutían acaloradamente sobre la huelga. Primero será la marcha del domingo y, si con eso no renuncia, buscamos cerrar su propia oficina... luego la voz se detuvo. Camarada, ¿usted es nuevo entre nosotros, o qué pedo? Dijo el que hablaba, y Luis se sorprendió con la alusión, Apenas ingresé, dijo, ¿Quién lo ingresó? Insistió la voz, Yo solo, Eso no se puede ¿verdad, compañeros? Y todos a coro dijeron que no. ¿Es usted algún espía del rector? Aclárelo porque aquí mismo se lo puede cargar la chingada, No, claro que no, ¿De qué facultad viene?, insistió, Soy de Filosofía y Letras, ¿Cómo ven, compañeros?, necesito la opinión de todos ustedes. Hay que sacarlo, se escuchó al unísono, Ya ve, camarada, está usted invitado a chingar a su madre. Y Luis salió huyendo al no saber en dónde se había metido.

Pero logró el objetivo: el Gordo había pasado por allí sin percatarse de que él estaba muy cerca. Entró al salón de clases, las miradas lo abrumaron un momento, era un hombre que faltaba muy poco y, por lo mucho que participaba en las clases, era notoria su ausencia. Encontró un asiento en la esquina del salón y lo ocupó, soltó una mirada tímida hacia el frente para hilar algo sobre el tema.

Ubicó a Jorge en primera fila, hasta atrás, la Chana y la Changa daban señales de haber estado en otro reventón la noche anterior. Cerca de la puerta de entrada, Marisela intentaba captar la cátedra del profesor Blanco. Luis la vio y ella también clavó su mirada en la de él. Marisela parecía la misma de siempre, vestida con unos jeans a la cadera, blusa amarilla y una sonrisa hermosa, deslumbrante, no había rastros de reproche en su semblante; al contrario, con el borde de los dedos, le mandó un beso.

Luis buscó al Ganso y volvió la cabeza para todos lados, quería saber cómo seguía el golpe en el ojo, cómo seguía esa rabia atrapada en su mirada, pero no estaba. No

encontró al Ganso, pero sí encontró la mirada dura, severa, del profesor Blanco ¿Y usted qué opina?, le dijo a Luis. Éste sintió que le faltaba el aire. No había podido meterse al tema, ni siquiera se había enterado sobre qué hablaban. No tengo ninguna opinión, profesor Blanco, ¿No le merece ninguna opinión la lectura o no leyó absolutamente nada? Dijo el profesor con el rostro duro y con unos ojos centelleantes. Nadie salió en su defensa y no tendrían por qué, aunque Jorge siempre lo hacía, siempre salía en ayuda del que no había leído, ahora nada, un silencio miserable tuvo cabida en ese momento.

De la Changa y la Chana no esperaba nada, nunca leían, es más, eran dos fantasmas en la clase; ni siquiera conocían sus compañeros el timbre de su voz. De Marisela tampoco era de esperarse que saliera al paso cuando el profesor lanzó la pregunta, Marisela decía leer, pero al otro día no se acordaba de nada, Tengo ese problema, se excusaba siempre. El Ganso no estaba, y si estuviera tampoco hubiera sido alguna esperanza; nunca sabía cosa que no fuera sobre marcas de vino, sobre los viajes de su trabajo y sobre un tal Güero Muñoz, su patrón.

Quiero encontrar un poco de honestidad en usted, señor Suárez, retumbó la voz del profesor, No leí, dijo Luis. Al profesor le temblaron los cachetes y con sus manos cortas se dirigió al pizarrón y escribió “La honestidad es un valor supremo, por encima de la vergüenza de uno mismo” y la clase continuó.

El Gordo había entrado justo cuando el profesor le pedía un poco de honestidad a Luis, y una sonrisita burlona había salido de su esquina. Luis sentía la mirada del Gordo, lo tenía en su flanco derecho, le quemaba el pómulo. Al parecer, el Gordo no tenía otro objetivo sino hacer más bochornoso el momento, cuando el profesor Blanco puso la inscripción en el pizarrón, él fue el único que dijo, Así debe ser.

Todos volvieron la vista al escuchar que la voz gruesa del Gordo confirmaba lo escrito, les pareció extraño, si había alguien deshonesto en la clase era él, lo habían acusado de plagio en muchas ocasiones. Todos sabían que custodió algunos días a uno de sus compañeros para que no lo golpearan los de la huelga, uno que no estaba de acuerdo con cerrar la Universidad; así, de pago, le dieron un excelente ensayo para pasar el semestre. Pero había dicho que así debía ser, había confirmado una convicción que, de la noche a la mañana, parecía suscribir.

Luis quedó abrumado por lo que había sucedido, se arrepintió mil veces de haberse presentado a la clase, se sintió traicionado por todos, excepto por Marisela.

Cuando terminó la clase, la mayoría salió corriendo, sólo él se quedó, sentado, pensando en para dónde correr con tal de estar lejos de la mano del Gordo. Decidió irse por la parte de atrás, dedujo que el Gordo se iría por el elevador, como solía hacerlo siempre. Y salió huyendo, perseguido por su miedo. Al volver la vista se dio cuenta de que el Gordo no lo perseguía, y quien iba detrás de él era Marisela. Hola, negrito, le dijo, natural, tranquila, como si nada hubiera pasado. ¿Terminó nuestro noviazgo? Preguntó ella, y entonces él se paró, y le dijo que no, entonces ¿por qué huyes de mí? No huyo de ti, huyo del Gordo, es muy cabrón, y tú lo sabes mejor que nadie. Ah, es eso, dijo aliviada, No te preocupes, a la manteca yo la freno muy fácilmente. Un remolino de personas corrían gritando por el pasillo, Ya se sabe lo de la marcha del domingo y éste es el lambiscón.

Luis no se detuvo a averiguar, se echó a correr de la mano de Marisela, bajaron las escaleras a una velocidad vertiginosa. El contingente venía varios escalones atrás. Marisela, a pesar de lo pesados que se le veían los atributos del cuerpo, corría a una buena velocidad y dejaba una estela de perfume como huella de su paso. Es más fácil salir por la puerta de atrás, sugirió ella, y Luis, sin detenerse un solo instante, la siguió. Zigzaguearon entre los

coches y salieron de la Universidad. El contingente que los seguía se había quedado rezagado, al parecer, no supieron ni por dónde corrieron.

Luis sentía que le faltaba el aliento, se agachó tocando el piso con la punta de los dedos para tomar aire. Marisela, mientras tanto, levantaba la vista hacia el cielo, agradeciendo el milagro de haber escapado de la turba que venía decidida a todo.

¿En qué líos te metiste estos días? Preguntó Marisela, En ninguno, ni siquiera los conozco, contestó Luis. ¿Sabes quiénes son ellos? preguntó ella, Sinceramente no, contestó él con gran dificultad, Son los que están organizando lo de la huelga, y entonces Luis tuvo que contar la historia de cómo dio con ellos. Y Marisela lo abrazó, apretando su cabeza en sus pechos frescos, Yo hablo con ellos, dijo con naturalidad.

Luis nunca entendía por qué Marisela siempre lo consolaba diciendo yo hablo con... con el Gordo dijo que lo frenaba fácilmente, con los de la huelga dijo que ella hablaría con ellos. ¿De qué poder gozaba? y ¿de qué influencias para tener todo en orden? Parecía tenerlo todo verdaderamente bajo control. Era ciertamente una mujer muy conocida, todos le decían la güerita pechuguita, pero no era como para que gozara de tanta influencia sobre la conciencia de muchos.

Vamos al cuarto, sugirió Luis con precaución, y Marisela, liviana, dijo que sí. Él gozaba de este momento, de conducirla a ella al lugar donde se desbordaba el placer, donde sus cuerpos sudaban y ardían y eran suyos. Más ahora que los dos sabían que nadie estaba allá, que no había necesidad de ir al baño a tocarse, que no había vómitos y orina de borrachos por todos lados. Quizá Marisela podía mentir una vez más, otra vez, y decirle a sus padres que se quedaría con la Changa para estudiar, para preparar una gran exposición para el profesor Blanco, así ellos tendrían tiempo de acariciar el atardecer en el cuarto, en la cama, y amanecer entrelazados, con el cuerpo de uno al lado del otro, sintiendo la

respiración agitarse al roce. Luis sentiría unas nalgas prodigiosas, hechas con las manos naturales de la vida, sabría que, de espaldas a él, tenía una mujer que llegó temprano, de madrugada al reparto de atributos, y se los llevó todos: los ojos, el rostro, los cabellos, los pechos, la cintura, las piernas, todo en un mismo paquete, todo en un solo nombre, Marisela.

Luis no aguantó más, y apenas había abierto las tablas que hacían de puerta, le tocó los pechos, duros, deseosos de manos como las de él; luego, sin llegar a la cama, le bajó el pantalón que siempre llevaba a la cadera, apretado, la blusa amarilla salió por la cabeza, suave, y desabrochó el brasier negro con muchas ganas. Ya solo faltaba la tanga negra. Luis la dejó así, para verla de espalda, para encontrar el pubis debajo de ella y acariciarla, con ganas, con rapidez, mientras ella gritaba y decía que quería más, que de una vez la penetrara y luego contar con cuántos orgasmos ella quedaba satisfecha y ver si él aguantaba más tiempo o si estaba en su rato precoz.

Me encantas, dijo Luis, engolosinado, Tú también me encantas, no eres tan malo en la cama, dijo Marisela con orgullo vano, ¿Satisfecha?, preguntó él, y ella contestó que nada más por un momento.

Y era cierto, era una mujer insaciable, podían pasar la noche completa teniendo relaciones sexuales y ella quería seguir al siguiente día, como si nada, como si no fuera suficiente no haber dormido más que a ratos. Sucedió, en muchas ocasiones, que a Luis se le acalabraba la cintura, se le acalabraban las piernas y ella reía, se burlaba de lo que ella llamaba su valentía precoz, su cintura de algodón. Luis, con tal de mantenerla a su lado, hacía el mejor de los esfuerzos por complacerla toda, pero ya se había dado cuenta de que era misión imposible, que necesitaba mucho más que un potenciador sexual.

Tengo miedo del Gordo, volvió Luis al tema, No hay por qué temer, negrito, la manteca está bajo mis órdenes, y él, para no mostrarse celoso, con precaución, preguntó, ¿Por qué estás tan segura de que no me hará nada?, el Gordo era un delincuente, y quizá lo siga siendo, Lo conozco, por eso te lo digo, las mujeres como yo sabemos cómo mantener quietos a tipos como él, y Luis se quedó más inquieto que antes, pero si eso funcionaba podía mantenerse tranquilo.

Marisela era una de las mejores amigas del Gordo, y Luis suponía que por eso podía controlar sus ansias delictivas. Luis, de nueva cuenta, revivió el momento de la golpiza y quedó satisfecho, el Gordo tenía mucho tiempo que se la había ganado. Recordó aquella ocasión cuando, vestido de mujer, lo esperaba en la entrada a la Universidad y le dio un beso en la boca, bien plantado, era de esas bromas desmedidas que le gustaba hacer, y como ésta le hizo muchas, también recordó cuando, con un petardo, le había dado el susto de su vida, se lo soltó, así, sin pensarlo, cuando Luis leía tranquilamente en la esquina del cuarto, Pinche Gordo, cabrón, dijo Luis, y él, con sarcasmo, dijo que se lo mandaba su chingada madre. En aquellas ocasiones nunca lo golpeó por el hilo delgado que significa una amistad; pero ganas le sobraban.

Marisela decidió no quedarse a dormir, pretextó que su mamá no se sentía bien últimamente, y empezó a vestirse.

A Luis le gustaba también el momento en que ella se vestía, lo hacía con tanta gracia, con tanta seriedad, cada prenda en su tiempo y lugar. Este silencio a él le fascinaba, era el silencio místico, era como cuando el pintor toma su pincel para ir vistiéndolo con su brocha el dibujo en el cartón. Marisela parecía saberlo, parecía conocer que a él le gustaba que se detuviera en el detalle, en acomodar los pechos en el brasier, levantándolos un poco más, y jalarse la tanga descansada en medio de las nalgas, hacia fuera, como para que no la

molestara, y quedara reposando tibiamente, para luego ponerse el pantalón, exagerando al agacharse para que éste subiera a su lugar, por último la blusa, se la acomodaba con ternura, podría decirse, como si alguien le estuviera dando algunas indicaciones sobre cómo modelar esos enseres.

A Marisela parecía no importarle las condiciones del cuarto, sobre todo los días de parranda, cuando quedaba hecho un basurero, con una pestilencia insoportable a orina, a vómito, a mariguana, a cigarros. Ella venía de una familia de buena posición económica, el sueldo de su padre en la agencia de coches les daba para vivir cómodamente, en una casa bien, con bardas hechas de piedras, electrificada, con un jardín grande y muy cuidado y una cochera con dos autos, el de su madre y el de su padre. A su padre le permitían estrenar coche casi cada año, como para modelar lo que había en la agencia, así que Marisela vivía bien, se vestía muy bien gracias al trabajo de su progenitor. Su madre decía hablar un poco de francés, aunque no pasaba de decir “ *Paris toujours Paris*” y lo repetía las veces que fuera necesarias, como para convencer que sí, que sabía francés, que su abuelo le enseñó porque a él le tocó uno de los mejores tiempos de la historia de este país: el Porfiriato, el ferrocarril, la gran época de las inversiones extranjeras en México; y lo afirmaba con una enjundia entrañable.

Me voy, negrito, dijo Marisela y Luis se vistió en segundos para acompañarla a la parada, donde ella tomó un taxi y se fue, con su clásico aire de diva, sobrada, mandándole un beso con las yemas de los dedos y cerrando un ojo, con gran coquetería. Y él, allí, parado, extasiado, se quedó viendo que el taxi diera vuelta en la calle para regresar al cuarto y dormir, descansar de un día lleno de sobresaltos.

III

El Ganso bajó hasta la sala amarillenta, vio para todos lados; los niños jugaban entre la cocina y la sala; el viejo estaba afuera con la Vicky, cambiando los centavos por unos cuantos besos, y su madre en la cocina, preparando el capricho del viejo; entonces, seguro de estar completamente solo, tomó el teléfono y se reportó con el Güero Muñoz. Informó que todo estuvo sin novedad y que se sintió muy cómodo en su nuevo puesto de trabajo, en su ascenso, dijo, comentó lo sospechoso que le parecía el tendero del Paraje, el asco que le provocaban los gargajos de Maclovio y, por último, dijo lo mal que le cayó el Viruta.

El Güero lo felicitó con grandilocuencia y comentó que el Rengo Escobar también merecía esos aplausos al no haberse equivocado en dejar una responsabilidad mayor a un chavo verdaderamente excepcional, obediente, cerebral y, sobre todo, amigo leal. Luego dijo que el Viruta era un idiota, pero era una persona de confianza, con características que a él le gustaban mucho. El Taz era, según su opinión, un elemento fundamental en su organigrama. El Ganso se llenó de felicidad, temblaba tomando la bocina del teléfono, escuchando semejantes halagos hacia su humilde persona y hacia sus compañeros de misión. Lleno de contento, se atrevió a pedir el favor que necesitaba urgentemente. Dime, dijo el Güero Muñoz, Tengo un trabajito que hacer en estos días y necesito a dos de tus hombres, Qué tan cabrón es el asunto, Para ti, no tanto, se trata de darle un escarmiento a un idiota, remató el Ganso.

El Ganso estaba nervioso en la esquina de Cañaveral y Naranjales en la colonia La Huerta. El chicle se amargó en algún momento en su boca, pero se aferró a él apretando los dientes y abriendo los ojos; eran las ocho de la mañana, la hora que le había dado al Güero Muñoz para encontrarse con los hombres del trabajito. Para evitar los nervios, desvió su pensamiento al momento mismo en que podría ponerle el pie al Gordo, y mentarle la madre

de ida y vuelta, cosa que no pudo hacer en el cuarto por lo atarantado que lo dejó el codazo. Ya había soñado con este momento, era cuestión de que aquellos hombres hicieran su aparición y se pusieran a sus órdenes. No había duda de que el Gordo se postraría ante él, le pediría perdón, y él, seguro de sí mismo, le diría que escogiera el huequito que quería ocupar en la tierra.

El Gordo salía alrededor de las ocho de la mañana de su casa, rumbo a la universidad; ahí lo secuestrarían para llevarlo a alguna parte donde pudieran golpearlo sin prisa. Luego dejarlo tirado, con su mantecoso cuerpo desparramado en el filo de alguna carretera, sin zapatos y hasta desnudo para que pasara la odisea de su vida. Así sabría con quién se había metido y, a la próxima, lo fuera pensando con calma.

Al voltear hacia la esquina, se percató súbitamente de que el camión que él había conducido días antes hacía su aparición. El estupor, como calambre, se apoderó de sus huesos. Pensó inmediatamente que los hombres que había traído permanecían allí, parapetados en su lugar, y que todo había sido un fracaso. El camión avanzó hacia él. Los ojos del Ganso se abalanzaron a descubrir quién lo conducía, su sorpresa fue mayúscula al descubrir que el copiloto era el Viruta; al chofer no lo conocía. El primero en bajar del camión, como era de esperarse, fue el Viruta con sus dientes de ratón y su bigote shakesperiano, Pronto nos volvimos a ver, mi Ganso, dijo el Viruta, sonrojado por un ataque de risa, Sí, fue muy pronto, No me digas que éste es el cabrón que te hizo lo del ojo, preguntó el Viruta, el Ganso hizo como si no lo hubiera escuchado, pero la terquedad del Viruta era capaz de destruir cualquier muro. El hombre insatisfecho estaba allí, parado, con los pómulos hendididos, preguntando hasta el más mínimo detalle.

El Ganso no sabía cuál era el propósito del Güero Muñoz al mandarle al Viruta, le había dicho que le caía mal, él mismo había reconocido que era un hombre idiota. Y le

mandó a él, para seguir escarbando su vida. ¿Quién es el que viene contigo? Preguntó el Ganso para desviar el diálogo, el Chemo García, contestó el Viruta, es uno de los más salvajes que tiene el Güero Muñoz en su legión.

Los pequeños ojos del Ganso casi salían de su contorno cuando vio descender del camión al que venía de chofer. Era un hombre grandísimo, de ojos feos, extraviados y sin un solo cabello en la cabeza. Sus manos eran largas. El hombre se acercó al Ganso y soltó la mano velluda, y dijo “Un gusto”, y el Ganso supo que no había conocido lo más horrible del grandulón: su voz, descompuesta, cavernosa.

En ese momento, quiso decir que no era para tanto, que el Güero Muñoz había exagerado al mandar al grandulón, al monstruo del Chemo García, si el Viruta y él podían hacer el trabajito, pero el hombre estaba allí, inquieto, y parecía no soportar una contraorden, que tampoco el Ganso tenía valor para darlo. Dijiste que la víctima era grandote, ¿no? Por eso te mandaron al Chemo, dijo el Viruta, y soltó una risa tensa, que no lo hizo sonrojarse.

Una pesadumbre abrumó al Ganso. El tipo estaba inquieto, sus ojos extraviados se movían sin control, por ratos el Chemo parecía que veía al Ganso y por otro momento nadie sabía, en realidad, para dónde enfocaba su mirada. Ándale, ¿qué vamos a hacer? ¿O vine a observar a ese par de maricas? sonó la voz del Chemo, señalando a dos jóvenes que pasaban por allí, y las venas se abultaron en su frente, parecía que necesitaba tener en sus manos a la víctima, se alimentaba de sangre, de golpes y de mentadas de madre por cualquier cosa. ¿Cómo está el asunto? Preguntó el Viruta para mediar en la desesperación del grandulón. Ofuscado, el Ganso contestó que allí, en frente, vivía la víctima y que no tardaba en salir, para después darle la calentadita. Como si hubiera contado un buen chiste, el Chemo soltó una carcajada fea, escabrosa; el Ganso lo hubiera esperado del Viruta, al fin

al cabo ya se había acostumbrado a su risotada, pero no del Chemo que, por su seriedad, parecía que nunca en la vida había marcado siquiera una sonrisa en su rostro duro. ¿Calentadita? No me digas que para eso me enviaron para acá, a ese cabrón hay que desaparecerlo, para que valga la pena la venida.

El Ganso se quedó mudo después de escuchar al grandulón, no sabía cómo parar al hombre que venía dispuesto a todo. Empezó a sentir un frío que le caminaba por el cuerpo. Perdió la autoridad. El hombre parecía no saber recibir órdenes más que del Güero Muñoz o, quizá, también del Rengo Escobar, de nadie más. Daba la sensación de que su vida había sido un constante mandar y sólo mandar; y los otros a obedecer, parecía que la única función del Ganso se había reducido a señalar al cordero Pascual, y ver, de lejos, lo que el grandulón haría con la vida del Gordo.

Cuando le habló al Güero Muñoz se imaginó que el que vendría a hacer el trabajito se pondría a sus órdenes y él presidiría todo, mandaría en todo; y aunque quiso hacer entender al Chemo, no podía, solamente se trataba de unos cuantos golpes, allá lejos, no había necesidad de desaparecer al Gordo, no lo merecía, el golpe se había ido del ojo, sólo quedaba la cicatriz en el corazón, y eso era lo que necesitaba sacar, desazolvar ese odio con su sistema: ojo por ojo, diente por diente. Pensó, en ese momento, en la posibilidad de que el Gordo reconociera su error y pidiera perdón. Él podría perdonarlo y el Gordo seguiría con su desfachatez en el cuarto, como siempre, bromeando y haciendo todo tipo de combinaciones con las bebidas y con las drogas, y cogerse a unas cuantas mujeres, después de todo el Gordo era especialista en servir el plato para los comensales.

El Chemo García volvió a hablar con su voz cavernosa, preguntando por el plan que tenía el Ganso, y éste, con su voz de adolescente frente al grandulón, dijo sencillamente que era llevarlo por allí, lejos de todos para poder golpearlo. No tienes un plan, ¿verdad?, siguió

el Chemo, Un lugar que esté lejos es no decir nada, yo conozco uno donde nadie nos molestará ¿de acuerdo? Aunque no estaba de acuerdo tuvo que decir sí, sin más remilgos, sabía que para frenar al hombre había que pasar por encima de él, cosa que era complicada. El Viruta se volvió un fantasma viviente, con sus pómulos hendidos, sus ojitos de rendija, seguía parado sin sus carcajadas de costumbre.

Llevaban veinte minutos parados frente a la puerta negra y fue hasta entonces cuando al Viruta se le abrieron los labios, ¿A qué hora sale ese güey?, Ya no ha de tardar, dijo el Ganso, y su mirada se posó en unas guías secas que cubrían la pequeña entrada a la casa del Gordo, en la esquina de la casa, un árbol grande reventaba una banqueta. La basura en la calle y el coche olvidado en la esquina, desvalijado, le daban un aire de abandono a la casa.

El Ganso sabía que el Gordo estaba solo; lo supo desde un día que él le platicó que su mamá trabajaba en el aeropuerto, y entraba a las seis de la mañana; su papá trabajaba en un aserradero fuera de la ciudad y tenía que salir más temprano que su mamá, y él era hijo único. No había, en este momento, quién defendiera al Gordo, ni quién denunciara a las autoridades lo que estaba a punto de pasar.

Al volver a mirar al Chemo, el Ganso se percató de que éste se había quitado la chamarra de piel y se había quedado con una camiseta negra. Un tatuaje, que comenzaba en el brazo, se asomaba en la garganta. Una de las figuras, descifró, se trataba de un dragón que escupía fuego y cubría todo el brazo derecho, pero al filo de la garganta no parecía ser el mismo dragón, sino un rostro humano, quizá el mismo rostro del grandulón, aunque no estaba tan lejos, no pudo llegar a una conclusión contundente. El Ganso comenzó a hacer sus deducciones para mitigar el miedo y regular su voz.

De pronto, la puerta negra, bajo esas guías secas, se abrió despacio y con un ruido estruendoso. Apareció el Gordo poniéndose la cadena que siempre traía, que iba de su bolsillo a su cinturón, con el pantalón viejo de mezclilla, que arrastraba hasta el piso. Es él, tembló la voz del Ganso, como no queriendo dar ninguna señal y algo que no se oyera como orden. El Viruta no se movió, el único que tomó posición de ataque fue el Chemo, quien le dio vuelta al camión, para salirle por atrás al Gordo; que llevaba la chamarra de piel en sus manos. El Ganso vio cómo el hombre le tapaba la boca al Gordo con la chamarra de piel y de un solo movimiento lo tiró, para luego llevarlo de los pantalones y empujarlo hacia la cabina del camión.

El Viruta no hizo nada para ayudar a subir al Gordo. Su única intervención fue abrir la puerta derecha del camión. Tenía los labios resecos, como no acostumbrado a esos levantones, pero el Chemo parecía que lo hacía todos los días, ni se amedrentó cuando pasaron dos conductores y se detuvieron un momento, como queriendo auxiliar al secuestrado. Apriétale la jeta, para que no grite este cabrón, ordenó el Chemo al Viruta, quien fue el encargado de llevar la cara oculta del Gordo e inclinarlo hacia adelante para que nadie se percatara que llevaban a un hombre allí. El hombre grandulón le había amarrado las manos por detrás, con el propio morral donde el Gordo guardaba sus cosas escolares. Ni el Ganso ni el Viruta se percataron en qué momento lo hizo.

El Gordo lloriqueaba como nunca lo había visto el Ganso, pedía clemencia y decía que no llevaba lana, pero que sí llevaba piedra y marihuana en el morral, y ofrecía un celular. No mames, cabrón, se oyó la voz del Chemo, para qué quiero tus piedritas si tengo rocas en mi cantón, y soltó la risa horrorosa, No llores, ahorita le marco con tu celular a tu puta madre para que te dé la lechita.

El Ganso iba en la ventilla y tenía la mirada perdida. No quería que el Gordo se enterara que él iba allí, a su lado, que aquel golpe había trascendido a grandes latitudes, quiso estar seguro de haber tomado la decisión correcta, la más acertada, pero era más fuerte el temor de haberse equivocado y, lo peor, ya no había nada qué hacer, ya todo estaba dicho.

El camión avanzaba a gran velocidad; el Chemo García no respetaba ninguna señalización: se pasaba cualquier semáforo y se le metía a cualquier automovilista, y sacaba la mano y mentaba la madre a cualquier conductor; a la menor provocación. Era un hombre colérico, alterado. Chingada madre, cabrón, para eso tienen quinta y hasta sexta los pinches coches, sacó la cabeza para agredir a un anciano que iba a baja velocidad. El anciano no respondió la agresión y, con miedo, se hizo a un lado para que el camión avanzara.

Llegaron al lugar que había propuesto el hombre grandulón; era un lugar apartado, en medio de grandes matorrales, en una pendiente desde donde se observaba la ciudad, fue banco de arena, le dijo después el Viruta al Ganso. Había agujeros por todos lados. Estacionó el camión de un solo volantazo y ordenó que bajaran al Gordo, más bien, que lo tiraran y el cuerpo del Gordo retumbó sobre el suelo. Déjenme, se los suplico, levantó la voz, Cabrón, inaugura los madrazos, ordenó el Chemo al Ganso, pero el Ganso no sólo no quiso soltar un solo golpe, sino que se retiró más allá, con miedo a ser visto. No pudo evitar que el Gordo se diera cuenta que él estaba allí, ¿Eres tú, hermano? Dijo el Gordo con gran cariño, con tono de una amistad milenaria, Diles que me suelten.

El Ganso tuvo ganas de correr cuesta abajo, sin parar y sin volver la vista. Ahora sí, hermano, ¿no?, remató el Chemo. Comiencen ustedes, dijo el Ganso apenas despegando los labios.

El Viruta custodiaba el camión. El Chemo se dirigió hacia allá, para sacar un anillo grande, puntiagudo, como si allí hubiera tenido una perla y se le hubiera caído. Se acercó probando el puño al aire. Ahora sí, cabrón, vas a sentir el dolor que sintió tu madre al parirte, y de inmediato soltó el primer golpe, y el Gordo de pie, con las manos todavía atadas con su mismo morral, se fue de espaldas, hacia un agujero. Una vez en tierra, el grandulón comenzó a golpearlo en la cabeza, sin misericordia y con una furia inaudita. Parecía que él era el ofendido, parecía como si hubiera sabido el tamaño del odio en el corazón del Ganso.

¿No era eso lo que quería el Ganso? ¿No quería dejar al Gordo más allá, en el paraíso, que acá, en la tierra? ¿A dónde se le habían ido las ganas de orinarle la cara y mentarle la madre hasta quedar satisfecho? Ahora parecía un hombre metido en su propio cuerpecito de adolescente, sin ganas de hablar. El Viruta observaba al Ganso y sabía que no lo estaba disfrutando ni muchos menos, pero no se le acercó, después de todo él también estaba espantado de la animalidad del Chemo García, del salvajismo con que seguía pateando al Gordo, a pesar de que éste ya no presentaba ninguna resistencia.

El Chemo, después de satisfacer su hambre de golpes, se dirigió una vez más al camión, se quitó el anillo puntiagudo y empezó ritualmente a limpiarlo, con una mirada de satisfacción. El Ganso aprovechó el momento para bajar y acercarse al Gordo, tenía la esperanza de encontrar, en medio de ese cuerpo ensangrentado, algo de vida, una señal, el movimiento ligero de los dedos, un poco de sangre coloreando el rostro, algo que hiciera suponer que nada estaba perdido, pero al ver el rostro pálido del Gordo, con los ojos perdidos y la boca abierta, destilando sangre, supo que ya nada podía hacer para salvarlo. Un nudo se le atravesó en la garganta y, como nunca le había sucedido, sintió ganas de llorar al ver el cuerpo mantecoso del Gordo sin movimiento, sin sus ronquidos de

costumbre y mentándole la madre al Diablo, que tanto lo atormentaba por las noches. Cabrón, si no me hubieras soltado el codazo, dijo con lágrimas en los ojos, nada de esto hubiera pasado, pinche Gordo, no pude parar al grandulón, tú lo sabes, vino para mandar y no para obedecer, abre los ojos, terminó como pidiendo perdón.

Sintió los pasos del Chemo acercarse hacia él, se limpió las gotas que se habían deslizado en las mejillas, y entonces cambió su tono de voz a otra que trataba de ser la de un hombre satisfecho, recién vengado, Te lo merecías, y el Chemo, como segunda voz, remató, por cabrón hijo de tu chingada madre.

IV

A Luis se le había hecho tarde, muy tarde y el despertador no sonó o no lo escuchó, dormía con profusión, sumergido entre las almohadas y cobijado hasta la cabeza. La mañana era fresca, nostálgica, cafetera podría decirse, y en el azul del cielo un viento paseaba de un extremo a otro, navegando felizmente, como anunciando una tarde despejada, familiar: clásico tiempo veraniego, inundado de esa sensación de que el día es largo y alcanza para todo.

Cuando pudo liberarse del sueño, se levantó de un salto de la cama y corrió al baño para tratar de corregir esa cara pálida y adormilada. Un poco de agua arregló su físico, pero no ese miedo abigarrado en las entrañas, miedo al Gordo, y también vergüenza por el chasco con el profesor Blanco, atormentado por esa infructuosa carrera, que no le llevaba sino a una caída libre.

Marisela lo estaba esperando en la entrada de la universidad, y dijo que lo esperaba a las ocho en punto, enmarcó el comentario, y eran las ocho con veinte minutos. Ella no sabía esperar, era impaciente en extremo, el coraje se le amontonaba en ese rostro fino, en su seño, en su tono agudo y agresivo. Cosa inaudita: enojada era capaz de mentar la madre a quién se le pusiera en frente.

Luis ya no podía salir a la calle sin un libro, pero ya no leía con avidez, ni siquiera leía a secas, en su mente pululaban otros temas, ya no crecía aquella ilusión de ser un hombre culto, conocedor del mundo y del pensamiento contemporáneo. Tomó su libro *Introducción a la filosofía*, por costumbre, y abandonó el cuarto.

Caminó por la calle menos transitada, si acaso un transeúnte pasaba una que otra vez por allí, aunque, en realidad, era una calle totalmente sola, como si la gente a propósito buscara las vías más saturadas para amontonarse más y dejar algunas calles libres para los

que llevan prisa, así pensó para tranquilizarse, para hacer más corto el camino. A lo lejos, casi a una cuadra antes de llegar, vio a Marisela antes de que ella lo viera a él. Marisela tenía los ojos en el piso, sentada en la pequeña banqueta, con otra blusa amarilla y unos jeans negros. Con sus dedos largos, jugaba unas piedras para erradicar, de un tiro, el coraje por los cuarenta minutos tarde.

Cuando llegaba tarde a alguna cita, Luis prefería decir la mentira piadosa de siempre, refugiándose así, en la imagen que quería que los demás supieran de él. Me quedé leyendo, y Marisela lo abrumó con una mirada inquisidora, fulgurante, Eso díselo a una pendeja que no te conozca, pero no a mí que llevo un año oyendo la misma cantaleta, gruñó con furia, sus ojos verdosos se iluminaban a cada palabra.

Luis quedó maniatado, no podía encontrar ni una palabra para defenderse, para decir que algo le quemaba dentro, una insatisfacción consigo mismo, un miedo, una ilusión quebrada, un sueño maniatado por los propios avatares de la vida.

Perdóname, dijo, sé que te impacienta esperar, No, no me impacienta, me encabrona, que no es lo mismo, vamos a la casa de la manteca, será el pago para que alcances el perdón, dijo, con tranquilidad, Marisela.

A Luis se le fue el aliento, y la esperanza de llevarla a la cama pronto se había difuminado detrás de las palabras; le había pedido una cosa inaudita, desmedida, quería ser perdonado, para que la caricia de esas manos tersas volvieran a ser suyas, su boca, sus pechos y su cadera rimbombante, pero no había por qué pagar precios muy altos para que eso fuera posible.

Marisela siempre había sido de caprichos extraordinarios. Luis recordó cuando una ocasión, por haber llegado tarde a una cita, le había dicho que lo perdonaba si ponía una pancarta grande que dijera TE AMO, MARISELA, y Luis tuvo que hacerlo. Ayudado por

el Ganso, escaló hasta la segunda planta del edificio de la facultad, y puso el letrero, recordaba que el profesor Blanco pasaba por allí y su rostro pequeño se endureció e hizo un movimiento de cabeza diciendo No.

Y ahora, con otra propuesta descabellada arriesgaba la vida del Gordo y de él mismo, porque, estaba seguro, inmediatamente que el Gordo lo viera se le vendría encima y él contestaría, faltaba más, y el problema que era grave se volvería incontrolable; pero ella parecía tener todo bajo control, inexplicablemente. Siempre había dicho “yo calmo a la manteca” y sí, lo calmaba, como por arte de magia.

Luis apretó con las manos los barrotes de la entrada a la universidad, Lo tenías planeado ¿verdad? Se aventuró a decir, No lo tenía planeado, se dio, sencillamente, ¿Quieres que te perdone?, ésta es la condición. En las palabras de Marisela parecía asomarse el anhelo de esas reuniones que terminaban en el amanecer, de esas fiestas que ensordecían a vecinos y transeúntes. Ella siempre hacía el esfuerzo para que las cosas caminaran, para que la amistad enraizara y el alcohol lo fuera regando todo poco a poco, un día dijo, esta amistad es cabrona, es de alcohol y también de cuerpo, todos oyeron la frase dicha en medio del calor de varias combinaciones del Gordo y, por lo mismo, no le hicieron caso.

¿Dónde vive el Gordo?, preguntó Luis ya resignado, No muy lejos de aquí, yo te guío y lo tomó de la mano, como si nada hubiera pasado, como si la llegada de cuarenta minutos tarde sólo hubiera sido un sueño en la mente de Luis, y no en la de ella, ¿Dónde habían quedado aquellos pliegues del enojo en la cara de Marisela? ¿Y las clases? Siguió Luis, Luego nos recuperamos, espetó Marisela con un aire de saberlo todo.

Subieron a un camión desvencijado, sentados, él se dedicó a ver para todos lados, tratando de ubicar alguna calle conocida, en cambio Marisela se recostó en su hombro y

cerró los ojos, parecía tener la medida exacta de dónde bajaría. Luis vio una serie de casas pintadas de mala gana y hechas con el arte de ahorrar al extremo. Las calles parecían más bien callejones, apenas pasaba el camión y nada más, cuando otro auto aparecía de frente, los conductores se subían a las banquetes y así libraban el paso, o se envalentonaban hasta que alguien se rindiera y buscara la manera de abrir paso al otro. Parecía la cotidianidad en ese lugar; los que pasaban por allí no le daban la mayor importancia.

Bajan, gritó Marisela todavía con los ojos cerrados, y Luis admiró esa habilidad de ella, dormir, como si nada, como si no viajara y de pronto abrir los ojos y gritar “bajan”, como si las calles estuvieran dibujadas ya en su cerebro. En cambio él, cuando subía a los camiones, tenía que ir viendo para todos lados, hasta ubicar el lugar al que iba e, incluso, pasar un poco más de la calle para estar seguro de que bajaba en la anterior.

El letrero en la esquina, en una lámina pequeña y oxidada, decía: Naranjales, colonia La Huerta. Allí vivía el Gordo, y Marisela conocía muy bien el sitio, avanzaba con pasos presurosos, sin perder esa forma de diva al dar los pasos. La calle donde estaba la casa parecía abandonada; con la banqueta rota por un árbol y un coche desvalijado posaba en la esquina. La calle estaba llena de basura. Marisela se detuvo frente a una puertecita negra, de fierro y con unas guías secas que hacía el juego perfecto con la calle, tocó con los nudillos, lo hizo suave y una vocecita sonó, desconfiada, dentro, preguntando “¿Quién?”, Marisela, compañera de Felipe, aclaró ella con una voz más que amable. La mujer de la vocecita que había sonado dentro, abrió con desconfianza, asomando únicamente la frentecita cubierta de risos. Soy compañera de su hijo en la universidad, dijo Marisela, Mucho gusto, contestó la señora chaparrita con una voz aguda, fina, Y mire, él es Luis, mi novio, y el mucho gusto se escuchó de la señora.

La noticia cayó como balde de agua helada: el Gordo no aparecía por ningún lado, ya lo habían buscado en las delegaciones y habían reportado su desaparición, lo habían buscado en la universidad y en lugares que gustaba frecuentar. Nada se sabía de él, desapareció sin dejar un solo rastro. Llevaba sus cosas de la universidad, dijo la señora, porque no están sus libretas. Entonces es probable que esté allá, acotó Marisela, No creo, mi esposo fue ayer y volvió a ir hoy y nada, ninguno de sus maestros dice haberlo visto desde antier y la señora chaparrita se hundió en la desesperación; las lágrimas le rodaron por las mejillas, arrastrando el rímel negro hacia los labios.

Les contó que su hijo siempre avisaba cuando se quedaba en otro lugar. Cuando se dormía en el cuarto, por ejemplo, marcaba a su casa para decir que estaba con sus amigos, y al otro día aquí lo teníamos, pero ahora no sabemos nada de él y estamos desesperados. Luis se acercó y quiso darle una palmadita en la espalda a la señora, pero se arrepintió, Señora, nosotros buscaremos a su hijo, dijo, y Marisela secundó diciendo que, por su parte, haría hasta lo imposible por dar con el paradero de Felipe.

Marisela y Luis caminaron al paradero, para tomar un camión semejante al anterior. Ella parecía bastante impactada por la noticia. Tú qué tienes que ver con todo esto, sonó la voz acusadora de ella, Nada, no sé nada del Gordo, ¿tú de veras crees que soy delincuente o qué? soltó Luis la defensa, Mira, negro, continuó Marisela, tú eres el único que tenías ganas de hacerle algo a Felipe, Pero eso ya pasó, yo lo que tenía era miedo y no ganas de vengarme; además, con quién, yo no tengo ninguna banda para hacerle daño. Y el fuego se incendió entre los dos, la discusión fue acalorada. Marisela estaba segura de que al que le sobraban motivos era a Luis, y él, con la esperanza de que ella le creyera, decía que no, no era capaz de tanto.

Un silencio inexplicable franqueó a los dos, él, para desviar la atención, observó con atención a los pasajeros, y encontró la mirada de un veinteañero que no lo veía a él, sino a Marisela; en otro momento, ésta era la oportunidad para que él la acusara a ella de coqueta y ella a él de celoso enfermizo; luego, la reconciliación, el perdóname, piches celos no me dejan en paz, y ella, despacio, casi al oído, le decía que no fuera pendejo, que ella no tenía ojos sino para él, y con cuerpo pactar otro tramo de vida juntos.

Luis recordó aquella ocasión cuando la conoció: había ido a inscribirse a la universidad, luego de haber pasado el examen de admisión. Marisela también iba a lo mismo y preguntaba por la fila y él le dijo “Aquí es, atrás de mi”, aunque luego, por caballerosidad, le dijo que se pasara adelante, pero no era por eso, era, más bien, porque así la tenía de espaldas y podría verle las nalgas, tan marcadas, bajo unos jeans apretados. Y la blusa amarilla completaba el juego perfecto con unos ojos verdes profundos, hermosos, a partir de allí, la siguió de lejos con la mirada, la soñó y la desvistió en la madrugada. Sudó con ella y se mojó en varias ocasiones a su salud. Se grabó un verso que se acomodaba al momento *Y llegaste tú, y el viento me pertenece un poco*; y recordó otro verso parecido, *Y llegaste tú y de inmediato fue verano* y así fue la llegada de ella a su vida, como el verano después de un largo invierno.

El Gordo había sido fundamental para que se conocieran. Marisela tenía un problema, leía, pero al otro día no se acordaba de nada. Así que necesitaba combatir ese mal y a alguien que le diera unas clases, y el Gordo le habló de Luis, un amigo sabiondo, le dijo, y ella, convencida, asistió al cuarto y en lugar de estudiar tomaron hasta la madrugada y fumaron mariguana y absorbieron cocaína; ya cruzados, dijeron que el pinche maestro Blanco era un pendejo, un pinche sotaco, dijo el Gordo, no sabía para qué estudiaban tanto, Luis defendió al profesor, dijo que era un experto en la filosofía alemana, y marxista.

Luego de la discusión, Marisela hizo el amor por primera vez con Luis, sin haber leído nada, ni encontrado alguna solución a su problema.

Desde entonces Marisela no falló a ninguna pachanga; al contrario, organizó de mejor manera las reuniones, empezarían jugando a la botella, luego haciendo competencias para ver quién era el ganón en tomarse una cerveza en el menor tiempo posible, cuando ya estaban sin control, cada uno hacía lo que se le venía en gana, el Ganso se metía al baño con la Chana o con la Changa, según el ánimo, y el Gordo con la que quedara libre, siempre decía que era manteca dispuesta; alguna vez, ya inconscientes, aparecían dormidos en otros lados, de otras formas.

Aquí bajamos, gritó Marisela desde el asiento de atrás, y el camión dio un enfrenón y amontonó a todos los que estaban parados en un mismo lado. Marisela bajó de un salto, perdiendo la forma, Luis corrió detrás de ella, con el vértigo en el estómago.

Los dos quedaron parados de frente, ella movía la boca con cierta desesperación y sus ojos verdosos no tenían punto fijo; él, en cambio, trataba de sostener sus ojos en su rostro, para ubicarla, para que aclararan ese malentendido en el que estaban metidos, para romperle los pliegues en el rostro duro.

Me voy, dijo Marisela, y levantó la mano para parar un taxi que pasaba por allí. Desde ese momento él supo que todo lo que habían vivido se había ido al carajo. La silueta de su cuerpo quedó dibujada en su mente, como la primera vez, se sentó bajo el árbol que también le traía muchos recuerdos: allí fue donde le pidió un hijo, y ella se carcajeó y le dijo que odiaba a los niños; no había nacido para ser madre, no se imaginaba la cabeza de un chamaco asomándose entre las piernas, menos mamándole las tetas, para hacérselas colgadizas, como aquellas hamacas sobre los ríos, decía, y él se avergonzó, aunque su petición era sincera.

A lo lejos, y con el caminar saltarín, el Ganso avanzaba hacia la entrada, un oasis se abría en el desierto y Luis le salió al paso, ¿Qué onda, Ganso? ¿Cómo te va? Pero el Ganso no mostraba la misma euforia de él, más bien parecía un tanto ausente, traía los ojos ojerosos, y la nariz se le notaba un poco más afuera de lo común. Está desaparecido el Gordo, soltó de inmediato Luis, Y a mí que... sonó al Ganso y su vista se perdió en medio de los estudiantes que entraban, Tenemos que hacer algo por él, dijo preocupado Luis, después de todo es nuestro amigo, Era, acotó el Ganso.

Luis encontró en las palabras del Ganso un odio que reverdecía más con sólo nombrar al Gordo, así que no quiso insistir. El Ganso no se veía bien, el trabajo lo alteraba un poco y él trataba de entenderlo; además, el argumento del Ganso, para no buscar al Gordo, era que no había venido a clases y necesitaba tomar algunos apuntes. Necesita saber en qué iban con el profesor Blanco, para no llegar desprevenido a su clase.

Luis caminó hacia el cuarto, lo esperaba la soledad enfermiza, aquella que abrumba y enferma al oído y retrae la atención para concentrarse en la *Introducción a la filosofía* que llevaba en la mochila.

Así, despacio, llegó y metió la mano para tirar el alambre, y, una vez adentro, se recostó y el sueño trajo un momento de paz.

V

El Ganso apretó los dientes y caminó firmemente hacia la universidad. Se había puesto la camisa negra, aquella que usaba en sus misiones al sur. Algo no andaba bien dentro; de hecho, cuando se vio al espejo, encontró su rostro como nunca lo había visto: desmejorado, pálido, con ojeras que no eran comunes en sus ojos pequeños. Había pasado días horribles, viendo a cada momento la cara del Gordo, gritaba a media noche, y el viejo le había comentado a su madre: “Ese güey ya está loco”.

Antes se le podía acusar de todo, menos de asesino; pero ahora sí, ya lo había hecho, la víctima: el Gordo. Ese rostro pálido que vio cuando ya no había nada que hacer no lo dejaba en paz. Se aparecía cuando el sueño era apacible, en la madrugada, a todas horas.

Le habló al Güero Muñoz, y, como lo consideraba, aparte de su jefe, gente de su confianza, le comentó, No te vayas a reír, pero no puedo dormir, veo a cada rato al que me quebré. Es normal, le dijo él sin reírse y con la seriedad que el caso ameritaba, las primeras ocasiones siempre te atormenta al que matas, a mí me pasó lo mismo cuando tenía unos catorce años, pero después de tres o cuatro muertitos ya no te pasa lo mismo; uno ya lo empieza a disfrutar.

Encontró un poco de seguridad en las palabras del mejor terapeuta, aunque reconoció que el miedo era porque, en realidad, se había equivocado, el que debió morir era el viejo, su padre apócrifo, como lo llamaba, y no el Gordo, como había sucedido.

Se puso la camisa negra, se vistió lo mejor posible, se puso gel y se levantó el copete, y caminó hacia la universidad.

No quería encontrar a nadie que le preguntara sobre el Gordo, si no lo había visto, si no sabía dónde estaba, por qué no había venido a clases, en fin, nada de esas preguntas

quería escuchar. Había decidido únicamente entrar a la universidad, buscar a Jorge, pedirle los apuntes y regresar, quería calar cómo estaba el ambiente por allá.

No se imaginó que Luis estuviera bajo el árbol que daba hacia el pasillo, y cuando lo vio, quiso caminar hacia otro lado para evitarlo. Pero Luis vino decidido a tocar el punto y le comentó que el Gordo no aparecía por ningún lado; él quiso disimular desinterés, odio y preocupación por sus clases, dejar de lado el tema. Luis parecía muy perjudicado por el suceso.

Necesito tomar apuntes, porque no he venido a clases, dijo el Ganso, y siguió su camino, ignorando todo a su paso.

Luis le trajo, otra vez, la imagen del Gordo y quiso maquillarlo para encontrar un poco de seguridad, quiso olvidar aquellos ojos blanquecinos del último suspiro, del adiós definitivo del Gordo.

En el comedor, distraído con un libro en una mano y con el tenedor en la otra, encontró a Jorge. Justamente a él buscaba para saber en qué iban las clases en los días que no había venido.

El profesor Blanco encargó una investigación sobre filosofía de la liberación, un rollo que era novedoso en el ámbito filosófico y quería poner a los alumnos al corriente de ello, para que no los agarre desprevenidos el asunto, había comentado, y Jorge, bien enterado, dijo con santo y seña toda la tarea al Ganso: las extensiones que el profesor había pedido y la manera en cómo abordarían, lo que él llamó la crítica a esa corriente. Informado el Ganso de todo, el Gordo pasó por su mente, así, de pronto, en medio de una charla donde nada tenía que ver, nadie lo había invocado. La instrucción del Güero Muñoz frente a ese asalto repentino era sencilla: aprieta los ojos y trata de concentrarte en la lana que dejan esos trabajitos una vez superado el asunto. Así lo hizo y Jorge se sobresaltó, ¿Qué tienes,

güey? dijo, Nada, dolor cabeza, contestó inseguro el Ganso, Migraña o qué, siguió Jorge, No, luego nos vemos y salió huyendo, con las manos sudorosas, dejando con la boca abierta a Jorge. Corrió, despavorido, rumbo a su casa. Ya fatigado, caminó despacio, sorbiendo aire con profusión, tratando de encontrar en los rostros de los transeúntes la posibilidad del olvido. De lejos, a media cuadra de la casa amarillenta, el viejo se le repegaba a la Vicky, y el Ganso se enfureció, su cara de susto cambió repentinamente.

Nunca había soportado semejante descaro del viejo, su madre en la cocina, haciendo los trabajos domésticos, y afuera, en la banqueta de la misma casa, el viejo aprovechando el descuido. La Vicky sonreía, dándose su paquete de Shakira mexicana, un poco más pálida, con una manera de vestir digna de cualquier cabaretera: llevaba un vestido morado, muy arriba de las rodillas huesudas, se movía, con sus aires de grandeza, evadiendo el beso que el viejo intentaba ponerle en la boca.

Eres un pendejo, soltó la furia el Ganso, y el viejo se salió de sí, sacó las manos de la cintura de la Vicky y contestó la agresión, Pendeja tu suerte, cabrón, acuérdate que te recogí cuando eras un mocoso, dijo el viejo, como si nunca hubiera dicho la frase perogrullada en él. El único método que encontró la Vicky, para quitarse de en medio de las mentadas, fue correr hacia su casa, sin volver la vista y perdiendo la forma de Shakira mexicana.

El viejo se quedó afuera, quizá rogando para que la Vicky regresara, que no le hiciera caso al cabrón de su hijastro, estaba loco, últimamente se despertaba gritando, no hay por qué espantarnos, todo está controlado, ese güey está perdiendo la cabeza, qué le haces caso al mocoso.

Cuando el Ganso entró a la casa, un olor a pueblo vino de la cocina; su madre cocinaba uno de esos guisos que le hacían regresar a su infancia, al pueblito donde vio su

primera luz. Subió las escaleras metálicas que daban a su cuarto, pero se detuvo un instante a observar lo felices que eran los niños sin la presencia del viejo. Jugaban a esconderse, uno contaba uno, dos, tres, hasta el diez y luego salía a buscar a los otros dos. La risa inocente de los niños refrescaba la mente inquieta del Ganso.

El negocio con el Güero Muñoz caminaba sobre ruedas; ya se veían algunos frutos en la cocina; el Ganso le había comprado un refrigerador a su madre, Escoge el que quieras, le dijo, y ella escogió un frigobar, y él, como el hombre de la casa, se encargó de decirle que era muy pequeño, mejor ese grandote, señaló, y su mamá, tímida, dijo que uno pequeño estaba bien, pero él la convenció, ése está bien. También le compró una lavadora automática, que lavaba, desaguaba y centrifugaba, el único trabajo de su madre se había reducido a meter y sacar la ropa, el Ganso bromeó, no hay una que meta la ropa y la cuelgue, sino te la compro, viejita, le dijo.

El viejo empezaba a perder poder, se había vuelto un fantasma tuberculoso deambulando por allí, sin que nadie le hiciera caso, salvo cuando la madre del Ganso lo llamaba para la comida, entonces él se arrimaba en su asiento, con la vista medio perdida en algún punto fijo.

El viejo entró sigilosamente a la casa, con su chamarra puesta en el hombro. Llegó al lugar donde jugaban los niños y se acercó a la coladera para escupir el gargajo que seguramente se había aguantado frente a la Vicky. Juan, contando uno, dos, tres, llegó al diez y volvió la mirada para encontrar dónde estaban sus hermanos, no se percató de que el viejo estaba allí, casi a su lado, y golpeó su pequeña cabeza contra su espinazo. El viejo sintió que se le aguadaban los pies, gritó como si le hubieran dado el descuentón de su vida. Acto seguido, se sacó el cinturón y, con la hebilla, soltó soberbios golpes a Juan quien se

retorcía de dolor. Además, dijo el viejo, Me la debían desde la mañana, ustedes escondieron mis pastillas y aporreó no sólo a Juan sino también a los otros dos.

El Ganso presenció todo desde la escalera de caracol, justo antes de entrar a su cuarto. Vio que su madre salió en defensa del viejo y no de los niños, dijo que dejaran en paz a su papá y que comprendieran que él estaba enfermo.

“Ahora sí te mueres, cabrón”, masculló el Ganso y apretó los dientes. Lleno de furia, bajó las escaleras para ir directo a la sala. Ya no aguantaba más ese espectáculo tan descarado que sucedía a diario. Los niños siempre pagaban los platos rotos de la Vicky, porque el viejo se enfurecía cuando no la veía o cuando ni un beso se dejaba dar la pérdida aquella.

Habla el Ganso, dijo, suave, viendo para todos lados, esperando que nadie apareciera por la sala. Dime, contestó la voz del Güero Muñoz, Necesito que me hagas otro trabajito, siguió el Ganso, Y ahora ¿de qué se trata? Te acuerdas que te he platicado de la situación con mi padre apócrifo, quiero matar al viejo, ya no lo aguanto ni un día más, No podemos estar haciendo esos levantones muy seguido, quiso convencerlo el Güero, sin perder la calma. Es que ya no aguanto, compréndeme, por favor, suplicó el Ganso. Tenemos problemas graves por acá, estamos tratando de convencer a unos policías que están de collones, aquí anda el Taz, el Viruta, el Chemo García, todos, allá nomás está un poli que trabaja para mí, pero no conviene ocuparlo para eso; está en la mira. Él oía con atención el grave problema en que estaba metida toda la legión del Güero Muñoz, y él aquí, molestándolo, sólo por el odio que ya floreaba dentro, en sus vísceras, en su corazón.

Ni modo, dijo, ya conforme el Ganso, No te agüites, mi Ganso, te propongo un trato, ¿Cómo cuánta gente necesitas? Otro, a parte de mí, el viejo es tuberculoso y casi se va al panteón, nomás hay que darle el empujoncito, Ah, bueno, entonces consigue alguien

que te eche la mano, yo te deposito cinco mil pesos, para corresponder a tu petición ¿Te parece? Piensa en alguien, hazlo con discreción y con cuidado, acuérdate que está en juego el pan de cada día.

Su terapeuta ahora se había vuelto el mejor consejero que había conocido nunca, con esa cadencia y tranquilidad para pensar, por eso lo admiraba tanto, por eso quería ser como él, un gran empresario, un hombre de mundo y, sin embargo, sencillo para tutearse con su gente, con sus empleados, podría decirse, ¿Sabes por qué le dicen el mar muerto? Chale, que ignorantes me salieron.

El viejo por fin estaba a un paso del panteón, a un tiro del último viaje, el último paso de un viejo gargajiento.

Llegó frente a la puerta, la calle estaba silenciosa, no era para menos, eran ya las nueve de la noche, un borboteo de luz salía del cuarto, el Ganso quiso tocar, pero antes, antes de proponer el negocio, se detuvo a pensar en cómo le presentaría el asunto a Luis, finalmente éste no estaba acostumbrado a esos trabajos, a esos levantones. Cuando apresó la idea, cuando la tuvo en la punta de la lengua, tocó con una piedra en las maderas que hacían de puerta; adentro, la voz de Luis sonaba a recién levantado, Yo, el Ganso, y Luis abrió la puerta, cabizbajo, sin alma.

Milagro, dijo con sorna Luis, Oye, nunca has dejado de ser mi amigo, aclaró el Ganso, Pero cuando te vi parecías otro, ajeno a los problemas que tengo, No era eso, dijo tranquilo el Ganso, pasa que tengo algunos problemas, y eso me trae atolondrado, y a ti ¿cómo te va? No tan bien, tengo muchos problemas, y sin dinero, para acabarla de joder. Allí encontró el rincón que necesitaba el Ganso para colarse con su propuesta y ahondó, ¿problemas económicos? Sí, tal como lo oyes, mi mamá ha dejado de enviarme dinero y ya no tengo ni para la renta, es posible que tenga que salirme de aquí, No te preocupes, yo

podría hacer algo por ti, bueno, ambos podríamos hacer algo por los dos, y Luis puso una cara de que no entendió de qué se trataba el asunto. El Ganso, ya decidido, le dijo, quiero que me hagas un favor y te voy a pagar bien, con tal de ayudarte.

El Ganso vio muy desmejorado a Luis, parecía como si, de pronto, el embrujo hubiera puesto todas las cosas al revés, él, que tantas ganas tenía de superarse, de ser un hombre de letras, parecía desmadrado, con la ilusión hecha trizas, acorralado en un sinfín de problemas, que el Ganso no alcanzaba aún a medir, pero que sospechaba tenía que ser algo grave, tanto como para tenerlo encerrado bajo las láminas de cartón.

El cuarto, cuando bebían, era un cuchitril; ahora estaba peor, la ropa tirada en el piso, los calcetines como guía hacia el baño, los calzones puestos en una silla y los libros amontonados en una esquina. Al Ganso no le pareció que ése fuera el mismo lugar donde se reunían, donde miraban el amanecer rojizo todas las mañanas, para luego dormirse hasta que el cuerpo se cansara, hasta que el sol se fatigara de alumbrar otro día.

¿De qué se trata? Contestó Luis, tardándose un poco, Es sencillo, quiero que llesves a mi padre apócrifo, allá, en el cerro, por donde vive Jorge, ¿te acuerdas? Sí, cómo no me voy a acordar, contestó Luis, Allí quiero que me llesves al viejo, ¿Para qué? Eso déjame lo a mí, yo tengo algo que él quiere, pero le voy a dar la sorpresa, Si no mal recuerdo tú no te llesvas con él, ¿o sí? El Ganso empezó a perder la paciencia, ¿Me vas a hacer el favor o no? remató, Sí, pero ¿qué le digo al viejo? Dile que lo manda a traer la Vicky y que lo espera allá, en el cerrito, ¿Quién es la Vicky? Tú dile así, nada más, es para disimular. Trato hecho, dijo Luis, Órale, confío plenamente en ti. ¿Y si el viejo me reconoce? ¿Te ha visto alguna vez? Fui una vez a tu casa, cuando le compraste el primer pastel en su vida a uno de tus hermanos, allí lo conocí, No hay cuidado, dijo el Ganso, tiene la memoria llena de gargajo, así que no se acuerda de ti.

El Ganso salió con una sonrisa seca, con sus pasos saltarines, y con la nariz fría, la noche traía un viento que soplaba fuerte, levantando un barullo como si los niños aún estuvieran jugando, el Ganso se llenó de ese aire, lo respiró profundo, contento, hasta el fondo, tragó viento, comió viento. Era hora de llegar a casa, quizá todos estuvieran ya dormidos, entonces él aprovecharía para probar el televisor que, por primera vez en su vida, tenía en su cuarto; lo había comprado días antes, pero entre el trajín y el remordimiento no había podido ponerlo, para sentarse un rato y, por fin, ver el programa que él quisiera, sin estar escuchando al viejo pidiendo que lo dejaran ver las noticias. Si, el viejo, ni bien prendía la tele, se dormía, pero él siempre decía que, aunque no estuviera viendo, estaba oyendo la noticia, y con eso amedrentaba los ánimos de todos, Para eso está la radio, güey, repiqueteaba el Ganso en la memoria.

En cambio desde hoy, en su cuarto, podría ver los programas y lo que se le antojara su regalada gana, cómo no. Al fin, todo estaba arreglado, hacía falta esperar que las horas caminaran al ritmo de siempre y así llegar a la cita con el destino del viejo.

VI

Luis tuvo una noche pesada, no encontró, en ninguna hora de la madrugada, sueño apacible, suave, que lo empujara al amanecer, al trajín de los vecinos que salían temprano, no, no sucedió, el sueño lo abandonó en pleno inicio del día, cuando el gallo aún dormía. Marisela había sembrado una idea en su mente: él había desaparecido al Gordo y lo estaba empezando a creer, y soñó que el Gordo estaba muerto, muerto por él, a golpes, como si la escena pasada regresara de nuevo. Y otra confrontación con la manteca fue posible en sus adentros, en la febril mañana.

Se levantó un poco peor que si hubiera bebido, se dirigió al baño para ducharse, de algo habría de servir arreglarse un poco para no verse tan desaliñado.

Salió a la calle con *Así habló Zaratustra* como único fiel compañero en medio del tumulto. Tomó la calle principal para llegar a la universidad. ¿A qué? No lo sabía, no iba a clases, tampoco vería a Marisela, el Ganso estaba preparando la sorpresa para el viejo; los demás, Jorge, la Chana, la Changa y hasta el Gordo podrían estar en el salón.

Había decidido estar en la periferia, cazando a Marisela para abordarla y preguntarle si ya sabía dónde estaba el Gordo y salir de una vez por todas del problema. Ella le pediría perdón, y él, dándose su importancia, le diría que si volvía a suceder algo igual, se acababa su noviazgo.

Su vida había perdido el sentido; sin ganas de leer hasta la madrugada, cuando la letra se confundía con el sueño, ya no se cuestionaba por asuntos que, al principio de la carrera, le parecieron fundamentales —el origen de la vida, la existencia, el otro—, nada parecía interesarlo, ni siquiera para satisfacer el deseo de su padre, quien, curtido de alcohol, le decía que él era su hombre de letras: “Les presento a mi letrado”, dijo siempre con dignidad don Nemesio Suárez.

El sol había amanecido discreto, asomándose por detrás de las nubes brumosas. A Luis le fascinaban, en otro tiempo, esos rayos cargados de temperatura que se escapaban para calentar los cuerpos; pero ahora no le interesaba nada de esa belleza, la única posibilidad de que su ánimo volviera a ser el óptimo era recuperar la belleza de Marisela. Iba sumido en sus cavilaciones, cuando, y frente a él, un BMW, reciente, lustrado, todo de negro, pasó a su lado y le llamó la atención porque esos coches nos se veían mucho por allí, muchos menos cerca de la universidad, aparte de que en su mente se dibujó la posibilidad de hacer otra encuesta: cuántos coches de lujo se veían al mes por esos lugares.

Miró hacia adentro del auto y un dorso blanco, con una blusa amarilla, caída al hombro, lo inquietó y le sembró la duda, trotó para quedar de frente al auto una vez más, aprovechando que el chofer conducía lentamente, platicando entretenido con aquella mujer. El auto tenía vidrios polarizados y la ventanilla iba subida un poco menos de la mitad. Al que alcanzó a ver bien fue al conductor, un hombre de barba cerrada, mal encarado y con unos esclavas brillosas en la mano izquierda. ¿Quién sería él? ¿Quién sería ella? ¿Marisela? ¿Alguna otra mujer? No sabía, todo quedó oscuro en su mente, pero con una duda como estaca sembrada hasta adentro.

No era Marisela, se tranquilizó, ella era muy sincera con él y le había dicho que desde niña aprendió el valor de la fidelidad; así la educaron en casa. Trató de borrar aquel evento, quizá se quedó con esa impresión por haber visto un auto que lo movió para hacer otro estudio que, algún día, le serviría a algún investigador urbano.

A una cuadra de la universidad, decidió comer con doña Mara, que era una señora muy alegre, dicharachera y mejor cocinera, total, la ayuda del Ganso por el favor que le haría posiblemente le diera aliento económico en los próximos días.

El desayuno transcurrió entre chismes sobre alumnos y profesores. Doña Mara le platicó que un día pasó a desayunar un hombre feo, chaparro y barbudo, lleno de alhajas y le había dejado una buena propina ¿Te imaginas, doscientos pesos, así, sin pensarlo?, le dijo, dice que aquí tiene a su novia, ¿Te imaginas? Luis la oyó, soltando por algún momento el libro para atenderla, para después tratar de seguir el hilo de su autor favorito.

Luego del desayuno, caminó de nueva cuenta hacia la avenida, y la idea de contar coches de lujo como el que había visto fructificó de inmediato; empezó, en el puente peatonal, a contar cuántos autos de lujo pasaban en una hora.

Contó cinco coches más y la alarma de reloj le recordó el trato que había hecho con el Ganso. Caminó hacia allá, buscando la casa que, recordaba él, era de color amarillo chillante; a lo lejos la vio y se acercó para tocar la puerta, una voz pequeña sonó dentro preguntando quién, Yo, dijo Luis, Yo estoy adentro, contestó el niño, Vengo a ver a tu papá, aclaró, ¿De parte de quién? Siguió el niño, De un amigo, ¿mío o de mi papá?, jugó una vez más el niño, De tu papá, sonrió Luis, ¿Quieres ver a mi papá o a mi padrastro? Impaciente Luis, jugándose los dedos, contestó que a su padrastro y la vocecita del niño se alejó de la puerta.

¿Qué desea? Preguntó el hombre flaco al abrir la puerta, ¿Usted es?...Remigio García, soltó el nombre el viejo, antes de que él cometiera algún error. ¿Puedo hablar en privado con usted? No hay problema, los secretos son públicos en esta casa, dijo socarronamente el viejo. Se le veía un tono de pedantería que, de inmediato, le cayó mal a Luis. Me manda la Vicky, soy amigo de ella, dice que quiere verlo en privado. Y el hombre esbozó una sonrisita coqueta, mostrando únicamente un par de dientes al frente. ¿Qué le pasa a esa bella dama? Ya le dije, joven, lo privado es público aquí, y siempre platicamos en esta banqueta, No sé, únicamente me pidió el favor de que yo lo llevara al lugar que ella

me indicó, dijo Luis tomando con seriedad el asunto. Se me hace que ahora sí me largo de esta casa, vociferó feliz el viejo y le pidió que lo esperara un momento.

El viejo cerró la puerta tras de sí, y Luis alcanzó a oír llantos de niños y regaños al por mayor. Cuando el viejo salió, todavía traía el seño fruncido y seguía regañando, Son unos hijos de su pinche madre, le dijo el viejo dirigiéndose ahora a Luis, nunca han valorado que los he cuidado como a mis hijos, me esconden las hebillas de los cinturones y las pastillas que me mantienen vivo, siguió despotricando su furia el viejo, Ahora sí, vámonos, que ya se me cuecen las habas.

El viejo llevaba una maleta negra, pequeña, de donde todavía asomaban unos dos pantalones y unas cuantas camisas blancas. Ya en el camión, extrajo un aceite grasiento que se untó con cuidado en el mechón blanco. Luis lo observó discretamente, notó la resurrección del viejo en esos cuidados que nunca pareció darse. Se sacó un cepillo dental y se lo pasó, sin pasta, en los dos dientes amarillentos que tenía enfrente. Después una canción brotó de sus labios: “Pasastes a mi lado, con gran indiferencia” y hacía la boca como si fuera de verdad Pedro Infante.

El viejo abrió el diálogo, ¿Y no le dijo por qué hasta aquí, joven? Dijo con respeto. Luis, sin dudar y con una gran habilidad mental, Porque por acá tiene un familiar, Nunca me dijo que tenía un familiar por acá, aseveró el viejo, y Luis tuvo un momento de duda, pero el viejo siguió, Pero bueno, lo importante es que a lo mejor hasta aquí consiguió nuestro nido de amor, Luis quiso reírse, no entendía cómo había cambiado el viejo de ser socarrón a un hombre ilusionado, haciendo planes a futuro, cuando parecía no tener más que unos meses de vida.

El viejo era flaco, con una piel amarillenta, el cabello cano, eso sí, vestido siempre con pantalón casimir y una camisa blanca, elegante. De pronto sacó una cadenita con un

dije de la virgen de Guadalupe y le dio un beso fervoroso como agradeciendo algún milagro esperado por años.

La casa de Jorge se veía a lo lejos, encimada en el cerro. Ya llegamos, anunció Luis bajándose de inmediato del camión, y el viejo lo siguió, lento, y estirando la mano para ser ayudado. Los ojos del viejo buscaban ansiosos a la Vicky y a su clásica falda morada. Un taxi viejo y ruidoso se acercó a ellos. El Ganso descendió de allí y el viejo se sorprendió sobremanera. Un golpe bajo lo hizo caer pulverizado, y el Ganso, en un solo movimiento, lo cargó como se carga a un niño, y lo tiró hacia dentro del taxi. Ahora mismo vas a ver a tu Vicky, hijo de la chingada, arremetió el Ganso. Luis no supo qué decir, se quedó parado, frío, pero el Ganso le dijo que se subiera. Eres un hijo de la chingada, se defendió el viejo, Cállate, cabrón, aquí yo soy el que hablo, gruñó el Ganso.

El taxi se paró en una pendiente, desde donde se veía la ciudad, un lugar lleno de agujeros por todos lados, el Ganso tiró al viejo a uno de ellos y pagó al taxista ordenando que se fuera de inmediato y aclarando que no había visto nada. Luis también bajó del coche; aunque quiso irse con el taxista, el Ganso le pidió que no lo dejara solo, como si de verdad lo necesitara.

¿Y qué me vas a hacer? Retó el viejo, ¿Matarme, cabrón, matarme? preguntó, y el Ganso, serio, limpiando un anillo semejante al del Chemo García, no contestó. Parecía un momento de tregua, aunque el viejo estaba ya parado, le temblaban las piernas y tenía el rostro más amarillo que de costumbre. Luis, por su parte, tenía la boca seca y también temblaba al descubrir la sorpresa que el Ganso le tenía preparada al viejo. Y en ese momento de paz, cuando parecía que nada habría de suceder, el Ganso se lanzó con furia contra el viejo e inmediatamente éste se fue de espaldas lanzando un mugido de dolor; el viejo no ofreció resistencia, estuvo siempre a merced de los pequeños puños del Ganso, y

de su rabia. Por los hebillazos a los niños, por las mentadas a mi madre y por todos estos años de tristeza y dolor en tu pinche casa, gritó el Ganso sin miedo a ser descubierto por alguien. Luis gritó despavorido, Lo vas a matar, güey, y el Ganso contestó que de eso se trataba. Al viejo le faltaba la respiración y jadeaba lastimosamente. El rostro amarillo ahora estaba teñido de rojo, de la boca no salía gargajo sino abundante sangre. El Ganso siguió pateándolo, reclamándole todo el control sobre la comida, sobre el televisor, la puta de la Vicky, y lo hacía como para desfogar lo que, parecía, desde tiempo traía atorado adentro.

El viejo ya no hizo ningún ruido, su cuerpo se relajó en el suelo. El silencio que Luis consideraba enfermizo hizo su aparición cuando el Ganso había dicho todo, cuando ya había golpeado con un coraje inusitado, cuando ya no se asomaba vida en los ojos del viejo.

El Ganso se quitó el anillo y sacó, de su bolsillo, un trapo para limpiarlo, se le veía ya tranquilo, relajado, como cuando uno hace algo satisfactorio en la vida. Se acercó a Luis y le dijo, sereno, A ti te debo esta satisfacción, gracias, güey, y sacó un fajo de billetes, unidos con una liga y se lo entregó, éste se dio media vuelta en señal de desdén, una pesadez y una amargura lo abrumaba como para recibir el dinero, Fue el trato, ¿no? replicó el Ganso, Nunca me dijiste que estaba en juego una vida, debatió Luis tembloroso. No mames, la del viejo ya no era vida, le hice un favor ¿No te das cuenta?, sino no era yo, en algunos meses lo habría matado la tuberculosis. Además necesitas dinero ¿o no?, Sí, pero no ganado de esta manera, no soy delincuente, replicó Luis, Ni yo, siguió el Ganso, tú no sabes todo lo que he vivido al lado del viejo, no lo sabes, por eso no me entiendes y piensas que soy delincuente; si el delincuente es él, él es el explotador que nos hacía vender chicles para comprarse sus pinches cigarros y compartir el dinero con la Vicky, él es quién nos atrofió la vida, era el omnipotente, y tú lo conociste cuando ya era viejo, pero si lo hubieras visto hace unos tres años o hace unos cinco, estaba fuerte y no se medía cuando nos soltaba

los golpes, ¿eso no es ser delincuente, güey? Dímelo, a ti te sostiene tu mamá, tú no has sabido de pobreza hasta ahora, nunca has vendido nada en tu pinche vida, por eso no entiendes esta satisfacción, remató el Ganso, ya con una voz llorosa.

Luis caminaba cuesta abajo, apoyándose de algunas ramas para no tropezar, y el Ganso lo seguía algunos metros atrás, contando sus años de dolor al lado del viejo.

VII

Púdrete en el infierno, hijo de puta, mascullaba el Ganso. Ya las cervezas habían alentado sus movimientos y sus reflejos. Como en los viejos tiempos, los dos amigos bebían y fumaban sin medida.

El cuarto estaba silencioso, era una reunión fúnebre para Luis, quien no dejaba de reprocharse que él también había colaborado para matar al viejo, No seas güey, lo maté yo, aclaraba el Ganso para tranquilizarlo. Por fin, el Ganso se cansó del mea culpa de su amigo, quien, de verdad, se veía lastimado y bebía con obsesión para olvidar.

El Ganso, como sucedía siempre, había comprado varios cartones de cerveza y mariguana para darle hasta el amanecer, dijo, hay mucho que celebrar. Siguió consolando a Luis largo rato, para hacerlo entender que le había hecho el gran favor de su vida. Tómalo de esa manera, le decía, ayudaste a liberar a toda una familia, gracias a ti, cabrón, vivirán felices unos niños que vivían más traumatados que un pinche psicólogo. Ayudaste a liberar a mi mamá también; ella, una mujer muy dejada de plano, siempre del lado del viejo, siempre ciega, en lugar de apoyarnos lo apoyaba a él. Ya no llores, no seas pendejo, la vida sigue, mañana nos levantamos como si nada hubiera pasado, recordó al Güero Muñoz y le dijo, sin meditarlo mucho, eso sientes por ser el primer asesinado que ves, después será normal.

Pero ni la mejor técnica que el Ganso conocía funcionó para sacar a Luis de la desgracia en que se veía hundido.

Luis dormitó largo rato, hasta que el alcohol hizo su propio trabajo y el ronquido sordo se escuchó en la cama.

El Ganso siguió trayendo a la memoria al viejo para no dejarlo en paz ni en la muerte, Ahora sí, pinche viejo, pronto estarás tres metros bajo tierra, si es que los perros no engullen tu cuerpo, como debiera ser, para que otro perro coma al perro. Pinche viejo

cabrón, pinche viejo perro, me jodiste la vida muchos años, me sembraste el odio con cuidado, con tu cuidado, cabrón. Ya has de estar tranquilo porque envenenaste mi alma, güey, pero estoy más tranquilo al no ver ya tu pinche cara amarillenta y oler tus pinches gargajos de mierda, de pura mierda, como tu cerebro.

Lo más pronto posible voy a hablar con el Güero Muñoz para que me suba de puesto, ahora viene el tiempo de prosperidad, los lujos, los pinches coches caros, nada de andar a pie, vienen las esclavas de oro como las del Rengo Escobar, las casas al estilo Güero Muñoz, hasta con zoológico al lado, las revistas, los viajes ¿Saben por qué la llaman mar muerto? Chale, pinches ignorantes. Viene una vida más decente que en ésa pinche casa amarillenta, tu casa, pinche viejo, esa que, seguramente le arrebataste a tu propio padre, no tenías vergüenza cuando decías: “Esto es la más hermosa herencia de mis padres”, hipócrita. Nunca creí el cuento de que tu padre muriera así, repentinamente, tranquilo, sonriente, cuando dicen que andaba bien, que todavía caminaba, conociéndote, lo has de haber matado para arrebatarle tu herencia.

Púdrete en el infierno, cabrón, y si hay diablo en ese lugar, le recomendaré que te haga pagar todos nuestros sufrimientos bajo tu mano; las madrizas que nos diste, y le advertiré que se cuiden porque, conociéndote, puedes incendiar el mismo infierno. ¿A poco pensaste que tu reino sería para siempre, que toda la vida ibas a tener a los mugrositos a tus órdenes?, nunca te imaginaste que me estaba cansando y que crecí, pinche viejo, que ya no era un mococito, que puedo defenderme con mis propias manos, estas manos que te mataron y te mandaron al infierno, te mandaron a comer tu propia mierda, hijo de puta.

Por la Vicky no te preocupes, si se me pone rejega, te la mando, para que sigan sus amoríos por allá, para que le sigas mendigando besos, para que se sigan burlando de la gente decente como mi madre, a la que llamabas india chula. India, pero decente, cabrón,

no como tu pinche Vicky, que es puta a más no poder, hasta pude habérmela cogido, pero no quise batir tus gargajos.

Ya era tiempo de que uno de los dos se fuera, o tú o yo, ya no podíamos caminar en la misma vereda, ya el camino de la vida se le había cerrado a uno. Tu ausencia era necesaria para ser feliz, hasta ahora conoceremos qué significa eso de tener familia, comer juntos, salir juntos, eso que tú nunca nos diste, nunca conocimos cosa que no fuera la esquina de tu pinche casa, encerrados siempre que porque afuera hay mucho maleante, si el maleante lo teníamos dentro, amedrentándonos con todas las mentadas de madre que fluían por tu pinche boca como tu gargajo.

Pinche viejo, cabrón viejo, gargajiento, y la Vicky es puta, muy puta, putísima, como tu puta vida.

El sueño acabó con los reclamos. El Ganso se quedó quieto, acostado al lado de Luis, todavía sollozando, balbuceando Puta, muy puta, todavía con señas de que no había dicho lo suficiente, de que algo seguía atorado en su odio y en sus recuerdos.

El cuarto quedó en completo silencio, con dos hombres recostados en la misma cama, casi inconscientes; se habían acabado varios cartones de cerveza y, por supuesto, el que más bebió fue el Ganso, pero fue el que cayó después. Se aferró a quedarse despierto para desahogarse.

Siempre que bebía con profusión, el Ganso se paraba como si nada hubiera acontecido el día anterior y como si hubiera dormido las horas necesarias, beber es mi don, decía con fanfarronería, así que se paró como si nada, vio a Luis y lo cubrió con una cobija porque en la mañana el aire se metía entre las rendijas de las láminas de cartón, enfriando en el ambiente.

El Ganso salió rumbo a su casa, le andaba por saber qué se decía del viejo por allá. Él nunca faltaba a dormir, no tenía a dónde más ir, desde que ya no trabajaba se la pasaba como fantasma, dando vueltas de un lado a otro: su ausencia debió provocar alguna reacción en su madre.

A una cuadra de su casa, se escondió tras un árbol pequeño; desde allí, vio salir y entrar a mucha gente. Pensó, de inmediato, que habían encontrado el cuerpo y la policía estaría detrás de los criminales, detrás de él. Ubicó a Gertrudis corriendo de su casa de enfrente a la suya, con alcohol en la mano, y un calambre se apoderó de su cuerpo: el cadáver del viejo estaba allí, como un santo, siendo llorado por todos, aunque nadie lo quería, nunca cosechó buenas amistades alrededor, pero sabía que cuando alguien se muere siempre dice la gente “era una buena persona”, aunque todos supieran que no. No supo si entrar a la casa o quedarse afuera y esperar a que pasara el sepelio, al viejo no lo quería ver ni muerto y tampoco soportaría los llantos de su madre; no lo merecía el difunto cabrón.

Cuando se asomó por segunda vez, para dar un vistazo hacia la casa, vio avanzar hacia él a Augusto Ramírez, un chico con el que compartió la adolescencia. Se separaron porque el Ganso vio en él a un hombre raro: no tenía los dos dientes de enfrente y siempre vivía pasándose la lengua por esa ranura. Desde niño, el cuerpo de Augusto olía a rancio, a comida echada a perder, fue por eso que el Ganso se alejó de él, nunca pudo ligar a ninguna muchacha mientras se hizo acompañar por Augusto, que era bueno para la escuela, inteligente, pero con otro gran defecto encima: era muy comunicativo, siempre quiso ser reportero de alguna revista de chisme. Un día el Ganso le contó su experiencia con el viejo, te lo cuento aquí, como amigo, entre nosotros, al rato varios sabían el calvario que vivía el Ganso en su casa.

Por eso cuando lo vio venir, supo que lo iba a sacar de apuros. Sin que el Ganso preguntara, a Augusto le ardía en la boca la noticia, Qué bueno que te veo, fíjate que tu padre no aparece, soltó a borbotones el chisme más sonado en la calle. Y ¿eso? mantuvo la voz de sorprendido el Ganso, Dicen que huyó con la Vicky, siguió, porque a ella tampoco la hemos visto en la calle. Lo que viniera era lo de menos, el Ganso se había enterado de que el cadáver del viejo no estaba allí, en su casa, podía estar tranquilo, consolar a su madre y, por supuesto, echarle lumbre a la idea de que se fue para siempre con la puta de la Vicky, Deberías darte prisa, tu mamá está inconsolable, recomendó Augusto, Gracias, Augusto, mi robusto, fue un gusto, jugueteó el Ganso, como para relajarse después de un momento de aflicción. Oye, ¿crees que la Lupe me hará caso por fin? Dijo Augusto, Tal vez, pero perfúmate, cabrón, sonrió el Ganso, y Augusto pasó la lengua por la ranura de los dientes que le hacían falta.

La Lupe era hermana menor de la Vicky y ahora que ésta se había fugado con el viejo, Augusto tenía la ilusión de que, algún día, ella se fugara con él.

El Ganso entró a su casa y se dirigió de inmediato a su madre; ella estaba desconsolada, lloraba como si hubiera desaparecido la perla de su vida. Y al Ganso le dolía, no el dolor de ella, sino el motivo de ese dolor. Ella tuvo la culpa, siempre fue la resbalosa, dijo ella, bañada en lágrimas, siempre buscó a tu padre, era una mujer mala y el hombre es hombre.

El alcohol era para ella, los vecinos la estaban consolando, diciendo que el viejo era un cabrón, que ya se olvidara, que estaban sus hijos y debiera entregarse en cuerpo y alma a cuidar a ellos. Y sí, los niños, parados, descalzos, estaban allí, mirando estupefactos lo que estaba pasando. Los vecinos se iban y volvían. El Ganso apretó los dientes y, por fin, llevó a su mamá a la cocina y allí, a solas, habló con ella, El viejo nunca te daba tu lado, le dijo,

tratando de no golpear el dolor de ella, y de respetarla, No se merece que le llores, se fue con la Vicky, mientras tú le lloras él se acuesta con ella, consoló el Ganso a su madre, Pero ella tiene la culpa, es una mujer mala, dijo su madre, otra vez, defendiendo al viejo. El Ganso ya no quiso seguir sobre el tema, después de todo era su madre y él quería verla feliz en todo momento.

A los vecinos se les escasearon las palabras de consuelo y, poco a poco, se fueron marchando, para dejar a la familia sola, con el dolor de ella, con un asomo de alegría en los niños y una gran felicidad en el Ganso.

Cuando el Ganso vio que no quedaba ningún vecino, dio su primera orden, Párense del piso, de ahora en adelante se sentarán en los sillones, con los pies limpios o sucios. Y su madre le soltó una mirada extraña, con las cejas levantadas, pero respetó la orden hacia los niños, después de todo ahora su hijo mayor era el hombre de la casa, el del sostén económico, la autoridad.

Cuando logró hacerse presente el Ganso con esa orden, siguió, También van a dormir siempre en las camas, que para eso se compran, con los pies limpios o sucios, no importa, siempre en la cama ¿eh? ya no van a vender chicles en la esquina, yo los voy a sostener y van estudiar, van a ver el programa que quieran eh, nadie los va a interrumpir. Su madre soltó otra mirada a su hijo, quizá no entendía por qué se portaba de esa manera, tan afable, tan comprensivo, un nuevo hálito llegaba a la casa.

Por cierto, madre, ahora ya tienes refrigerador y lavadora, ¿qué más necesitas? ¿Un ropero? Para que saques esa pocilga que usas. ¿Dime? Pero su madre no tenía ninguna palabra de respuesta. Aunque siempre había sido así, el Ganso quería decirle que nadie, de ahora en adelante, se burlaría de cómo hablaba el español, entrecortado, haciendo una pausa

entre palabra y palabra, menos soportaría que alguien la llamara india, total, el que le decía india chula estaba ya haciendo equipo con la tierra.

José, apoltronado en los sillones, con los ojos saltones, preguntó si ahora que ya no estaba el viejo podía sacar su colección de hebillas, y el Ganso no entendió pero dijo que sí, que podía sacar lo que quisiera; el niño caminó al pasillo y sacó, de detrás de un macetero sin maceta, un montón de hebillas de cinturones de todo tipo, desde unos que ya estaban oxidadas hasta las más nuevas. El Ganso quiso carcajearse: ahora se explicaba por qué el viejo siempre pedía sus hebillas, por qué nunca las encontraba; él siempre pensó que el viejo ya tenía el cerebro lleno de gargajo y por eso lo de sus olvidos, jamás se imaginó que su hermano estaba haciendo un trabajo importante para ya no recibir los hebillazos comunes en el sistema de castigo del viejo.

El otro niño, el de en medio, al ver la revelación de su hermano, se animó también a develar otro secreto: las pastillas que el viejo tanto pedía diariamente, y que debía tomar temprano, en ayunas, nunca las encontraba, siempre refunfuñó por lo mismo, siempre se despertó preguntando dónde diablos estaban sus pastillas. Detrás de la alacena desvencijada, en la parte donde la cocina no tenía piso, las pastillas estaban enlamadas, tiradas por todos lados. Y entonces el Ganso ya no soportó la risa: los niños estaban haciendo un trabajo hormiga para mandar también a la otra vida al viejo. Son unos cabrones, dijo en voz alta, y luego se tapó la boca con los dedos; su madre le soltó otra mirada reprochando la palabrota.

Los niños estaban desinhibidos, tranquilos por primera vez en mucho tiempo; el Ganso vociferó que venían nuevos tiempos, mejores tiempos, yo me encargaré de ello, dijo sonriente, satisfecho. Ahora era dueño del destino de esos niños, que debieran crecer fuertes, sanos, bien alimentados, orgullosos de tener un hermano como él, tan bonachón,

tan sin reglas, de moral relajada y una casa donde podían hacer lo que se les viniera en gana.

Los domingos, madre, no vas a cocinar, mandó el Ganso, tomando valor, Nos vamos a ir a comer siempre a otro lado, a un restorán, a un Burger King para que los niños jueguen, no sé, a alguna otra parte. Su madre no sintió alegría, contestó con una cierta mueca de agradecimiento en la boca. El Ganso estaba echando la casa por la ventana, como le hubiera gustado vivir a él de niño, feliz, saliendo con su padre, con su madre a un hermoso día de campo, a visitar algunos familiares, a un viaje sencillo en las afueras de la ciudad, donde las familias se reunían únicamente con una sábana tendida bajo las nalgas, comer y jugar, siempre soñó con ello, y siempre pensó que, cuando tuviera sus hijos, sería lo primero que haría.

Mientras los niños disfrutaban las revelaciones y el momento de sentarse en el sillón, de brincar en el sofá, de la posibilidad de dormir en las camas, el Ganso quedó serio, meditabundo: todo el jolgorio estaba anclado en que el viejo se había ido con la Vicky, pero hacía falta comprobar el paradero de la Vicky, en una de esas aparecía por allí y derrumbaba lo que hasta ahora todos daban por cierto.

Pensó en buscarla y, de ser posible, amenazarla, en primera instancia, para que se fuera de la colonia, se perdiera. El Ganso le echaría la culpa de la desaparición repentina de su padre: él tenía datos de primera mano de que uno de sus amantes había mandado a darle un escarmiento al viejo.

Discretamente salió de su casa y caminó, primero, hacia la calle donde vivía el Tuerto, un hombre grandulón que, por la parálisis facial, cerraba un ojo cuando se reía. Tenía la idea de sembrar la sospecha sobre el Tuerto, y exigirle la pronta aparición de su padre; finalmente el Tuerto no sabía nada de la relación del Ganso y su padrastro. Podía

asegurarle que tenía pruebas de que él y alguien más habían desaparecido a su padre. Tocó y salió un hombre pequeño, afable, ¿Está el Tuerto? preguntó el Ganso al no recordar el nombre, No, joven, no está, ¿Dónde lo podré encontrar? No sé, tiene dos días que no viene por acá. El Ganso agradeció la información y echó a correr hacia la siguiente cuadra, la de la Vicky, y frente a la vecindad morada, como el color de la minifalda de ella, merodeó un rato, esperando que saliera, pero nada. Adentro, se escuchaban las voces de unos niños, gritando gol y el Ganso decidió pasar sigilosamente. El niño que hacía de portero tendría como unos trece años; a él, justamente, se le acercó el Ganso para preguntarle, casi al oído, por el cuarto de la Vicky o de la Lupe, su hermana; el niño señaló un cuarto descarapelado, al fondo, y aclaró que no estaba la Vicky, ¿No sabes si tardará? No ha venido desde hace dos días y dicen que se fue con uno que le dicen el Tuerto.

No hubo necesidad de amedrentarla y de colgarle el muertito al Tuerto. El Ganso jugó el cabello del niño y le preguntó si le gustaba el refresco y el niño dijo sí con la cabeza, inmediatamente metió su mano al bolsillo y sacó un billete de veinte pesos, el niño agradeció parando el partido y diciendo que pedía un tiempo para comprarse un refresco.

El Ganso salió de la vecindad morada con un aire de felicidad, suspirando, sabía que las cosas estaban temporalmente arregladas, y si la Vicky aparecía, ya se le ocurriría algo a su tiempo. Sonrió acordándose que en casa lo esperaban para cenar en familia, como debiera ser de ahora en adelante.

VIII

Luis no aguantó aquella soledad enfermiza que moraba en el cuarto y salió a respirar humo al puente peatonal. El cigarrillo entre sus dedos tomaba poder cuando él jalaba con fuerza hacia adentro para luego sacar la bocanada de humo.

Estaba despeinado, sin alma, con un pantalón que había usado de adolescente, pero en algún momento había crecido y el pantalón no se había estirado con él. Una playera descolorida y grande colgaba en su cuerpo flaco. Había perdido el sueño, las ganas de vivir, eso que empuja al ser humano a pensar que las cosas serán mejores al otro día. Unas cuantas barbas bostezaban en el mentón, junto con unos ojos más exaltados que su expresión común. La confrontación y distanciamiento con Jorge, la sospecha de Marisela y la colaboración en la muerte del viejo lo traían sumido en una depresión terrible, en una soledad insoportable.

Fumaba y observaba el humo, como queriendo semejar su vida a esas piruetas que el humo hacía en el aire, para luego desaparecer, sin dejar ningún rastro y desaparecer en el espacio. Así pasó largo rato, ni siquiera tuvo ganas de hacer sus famosas encuestas sobre autos, nada más observaba sin poner la vista en un punto en particular. Así perdía el tiempo últimamente, para no estar con la soledad enfermiza.

Su corazón se sobresaltó de pronto, como regresando a la vida, a seguir luchando: el mismo auto otra vez, el BMW negro, ése que había visto cuando caminaba rumbo a la universidad, estaba allí, metido en medio del tráfico. De inmediato, y con la ilusión de descubrir si se trataba de Marisela o no, bajó corriendo, a trote veloz, hasta quedar a un lado del auto, junto al chofer para ver si ella iba allí, sentada, relajada, con su mirada profunda. Se fue escondiendo en los autos estacionados, y abrió bien los ojos, esta vez no podía fallar. El BMW siguió rumbo a la universidad y él no alcanzó a ver nada, los vidrios polarizados y

cerrados no permitían siquiera ver el rostro del chofer, ni siquiera vio si llevaba alguna acompañante a su lado, a Marisela.

Corrió rumbo a la universidad. Dedujo que el auto iba hacia allá y allí daría con él, de frente, para salir de dudas de una vez por todas.

Cuando llegó frente la universidad, no vio nada alrededor, nadie estaba estacionado con un BMW negro por allí.

Se asomó entre los barrotes de la entrada y, caminando hacia los salones, vio a Marisela que entraba con algunas libretas bajo el brazo, sobrada, como siempre, diva, sus caderas se movían al son de un mambo interno a cada paso. El corazón de Luis latió con más fuerza y algo dentro de él cambió por un momento: una ilusión y unas ganas de correr hacia ella; lo hicieron, efectivamente, correr para verla de cerca, para cruzar una palabra con ella, Hola, le dijo, cuando todavía no estaba tan próximo, Hola, Luis, sonó seca aquella voz siempre cálida. ¿Cómo has estado? Bien, y ¿tú? Bien, gracias, ¿Ya encontraron al Gordo? Dijo para caer al tema, No te hagas pendejo, reaccionó Marisela con virulencia, como la última vez que se vieron, El Gordo no ha aparecido y ya están abiertas las investigaciones para llegar al fondo de este asunto, aclaró, Ojalá lo encuentren, intervino Luis, y ojalá también caiga el cabrón que lo desapareció.

Se había vuelto a quebrar la ilusión, Marisela seguía con la misma idea, atorada en el mismo punto y, en un diálogo de sordos no se puede construir Babel, bajó la guardia, y desvió la plática para quitarse la duda: ¿Estas saliendo con alguien? Y eso a ti qué te importa, si salgo con alguien o no es asunto únicamente mío, de nadie más. Remató ella y fue el punto final al diálogo.

Luis no entraría a clases, como en los últimos días, así que se dio la media vuelta para caminar hacia el cuarto o hacia el puente peatonal, daba lo mismo.

Tras de él, se encendió un fuego y una turba lo señalaba como el autor de algo que él no supo, ni quiso enterarse, alcanzó a reconocer al que dirigía aquella reunión donde, por causalidad, había caído. La vida le estaba preparando la confusión más terrible y lo estaba hundiendo hasta tocar fondo.

Es él, corran, ordenó un gordito. Luis tomó una bocanada de aire, como cuando alguien se sumerge en una piscina, y corrió, sin rumbo, corrió no fijándose en las calles. Lo único que le pasó por la cabeza era no ir directo al cuarto, para que no lo agarraran allí. La turba parecía decidida a todo. Eran alrededor de diez o doce personas.

Dejó de correr, todo estaba perdido, por fin aquellos hombres tenían la presa en las manos, Luis se agazapó mentándose la madre por no acordarse de que ésa era la única calle cerrada de la colonia, y justamente se había metido allí, donde ya no había más que ser auxiliado por un vecino o confrontar a la turba, con la valentía de lastimar o salir lastimado, o, quizá, muerto.

¿Tú fuiste la Malinche, verdad, cabrón? Acusó el hombre que dirigía aquella reunión, te mandó el rector ¿verdad? Dilo, ya no tienes escapatoria, eres lamegüevos de él. Los hombres aquellos lo acusaban de que todo el plan se había venido abajo, los habían expulsado de la universidad antes de que todo estallara, y acusaban a Luis de haber echado todo a perder.

Luis resoplaba y trataba de tranquilizarse, había una gran equivocación en todo esto, pero no tenía argumentos para defenderse, no sabía cómo, todos sus acusadores hablaban al mismo tiempo, le mentaban la madre, le decían que su expulsión de la escuela iba a cobrar la primera y más importante víctima.

Cesaron las palabras para dar paso a una golpiza brutal, Luis cayó al piso, sintiendo patadas por todos lados, algunos se agachaban para buscarle la cara, que él se había tapado

con los brazos. Le soltaban manotazos a la nariz, a los ojos. Luis ya no tuvo fuerza para resistir la furia de la turba, se quedó inerte, tirado, con el rostro sangrante, desmadejado. Alguien había gritado policía, y la turba había corrido, y gracias a esa intervención, Luis había recuperado un poco de vida, la mitad del aliento.

Ese alguien se acercó para levantarlo de la posición fetal en la que estaba, como niño esperando a la madre, abandonado a la suerte de los dioses que se habían ensañado con él.

Era una mano suave, tersa, candorosa, la que le ofrecía ayudarlo. La voz que gritó policía había sido de mujer, una voz aguda; se trataba de la mismísima Marisela. Lo llevó al cuarto y, como buena samaritana, le puso fomentos de agua tibia en los pómulos que parecían reventar, le quitó los zapatos para recostarlo un rato, le amarró un paliacate con alcohol en la cabeza; hizo el papel de una buena enfermera, Cuando volví, me di cuenta de que los de la huelga te seguían otra vez, pero me quedé algunas calles atrás; luego, cuando llegué, ya estabas tirado, y ellos te pateaban sin compasión, realmente no sabía qué hacer, no podía meterme, me iban a golpear; esos hombres son delincuentes y ahora que están expulsados de la universidad son más peligrosos, están dispuestos a todo. En la tienda de la esquina busqué un teléfono para hablarle a la policía, pero la señora no me prestó su teléfono, no quería meterse en problemas, me dijo, fue cuando un anciano que estaba por allí, calentándose en el jardín de su casa, me aconsejó que gritara policía, para que se espantaran y huyeran, y funcionó, narró ella, mientras Luis trataba de apretar el paliacate con fuerza para mitigar ese dolor metido hasta adentro.

Gracias, dijo Luis, No hay de qué, soy humana, después de todo, contestó ella, ¿Te quedarás? Quiso aprovechar Luis el momento, y ella contestó, dura, como últimamente había sido, No te confundas, estoy aquí por los madrazos que te dieron y por ayudarte, pero

las cosas entre tú y yo siguen como siempre, terminó ella y se despidió deseando que se mejorara.

Luis quiso cerrar los ojos al ver salir a Marisela, pero ni eso pudo. Tenía el cuerpo resquebrajado, y su casa, su familia, su padre orgulloso de su “hombre de letras”, vinieron a su mente y unas lágrimas mojaron la cobija amarillenta que reposaba bajo su cuerpo.

IX

Al fin la familia reunida: los niños risueños, el ambiente festivo y el hogar apacible. Parecía como si todos hubieran tenido un olvido repentino, como si el viejo jamás hubiera existido entre ellos, y como si nunca hubieran tenido que reír y llorar en silencio. Hasta la madre del Ganso presentaba cierta mejoría en su rostro: unos gestos de alegría se asomaban, de pronto, en esa cara eternamente triste.

El Ganso se apoltronó en la mesa, en la silla que solía ocupar el viejo, como para dar un mensaje a todos en casa. Ahora tenía mucho qué pensar, había que estabilizar la economía familiar, asentarse como chofer en el trabajo, cuidar que la puta de la Vikcy no volviera por nada y hacer que la familia enterrara, en la memoria, los años de sufrimiento al lado del viejo.

El Ganso se levantó temprano para comprar unas hamburguesas y traerlas como desayuno a la casa: los niños estaban felices, tenía mucho tiempo que no comían chatarra, el viejo fue siempre un cerco difícil de saltar; sobre las chatarras siempre dijo que los niños que comían así crecían con la panza abultada, llena de lombrices y sin neuronas en la cabeza. El viejo fue una máquina de control: los niños debían tener una dieta a base de hierbas y verduras, mientras él, detrás del armario, todas las noches, bebía leche, según él, para fortalecer sus huesos.

El viejo había controlado todo, controlaba el vestir de los niños: siempre les compraba ropa de segunda mano, hasta que lo valoren, decía. El Ganso mismo nunca había usado zapatos que no hubieran sido de un difunto, de un pobre o robados. Controlaba la plática: mientras él hablaba, nadie, por muy urgente que fuera, podía interrumpirlo en su verborrea, y si alguien se atrevía a hacerlo, los hebillazos sonaban, secos, en la espalda de

ese alguien, frente a quien estuviera allí, el viejo parecía no distinguir el tiempo y el lugar adecuados para sacar su furia.

La mamá del Ganso parecía estar acostumbrada a tener a los niños en un silencio forzado, porque interrumpió el bullicio con su voz tímida, pidiendo silencio. Déjelos, hace mucho que no disfrutamos de una hamburguesa y estamos felices; yo también me siento niño, me hubiera gustado que alguna vez me hubieran traído algo así, dijo el Ganso rascándose la barbilla y su mamá metió la cabeza entre los brazos que reposaban en la mesa.

El Ganso pensó que necesitaba ser de la gente cercana, de la élite, de la legión del Güero Muñoz, para empezar, era un punto a favor que su patrón lo hubiera halagado como lo hizo cuando el Ganso reportó el primer viaje como chofer.

La mamá del Ganso se levantó, discreta, de la mesa, quizá avergonzada por lo que le había dicho su hijo, su primer hijo y el que más había sufrido en manos del viejo, el que, cuando niño, lloró varias veces al día por los hebillazos.

Desde la sala, se oyó la voz tímida de su madre, Te hablan y el Ganso corrió a la sala para contestar el teléfono, ¿Quién habla? Dijo presuroso, El Güero Muñoz, contestó la voz y el Ganso sonrió al escuchar aquella voz. Antes de nada, el Ganso agradeció el apoyo del Güero por haber mandado el dinero para que le ayudaran a desaparecer al viejo, No sabes como estoy de feliz, un aire nuevo entra por mi ventana, dijo sin pensarlo y se avergonzó por la frase. Oye, tengo otro trabajito para la frontera, como siempre, dijo el Güero, ¿Para cuando? Preguntó el Ganso, Para pasado mañana, Ya sabes, por mí no hay problema; mucho menos ahora que soy dueño absoluto de mi tiempo, siguió con entusiasmo, Me da gusto, sonó la voz del Güero Muñoz, saludando esa actitud del Ganso. ¿Me acompañarán los mismos? Preguntó el Ganso, Ése el problema, aclaró el Güero

Muñoz, el Viruta falleció, ¿Qué le pasó? Me informaron que se accidentó, el Ganso temblaba con la bocina del teléfono en las manos, tenía la frente perlada de sudor y un espasmo lo apresó de pronto. Sintió la orilla del sillón detrás de él, y se sentó, quería preguntar qué había sucedido con el Viruta. Era cierto, el Viruta le caía mal, muy mal, escarbaba cualquier situación, hasta llegar a develar cualquier secreto, pero no podía concebir cómo unos días atrás lo había visto bien, con su barbita shakespiriana, y ahora estaba muerto ¿Cómo fue? Insistió el Ganso, Eso no te debe interesar, ahora lo importante es tener a otra persona de confianza, cortó el Güero Muñoz, Pero cómo no va ser importante, era uno de tus hombres de confianza, tú mismo me lo dijiste, y el Güero Muñoz perdió la paciencia, Ya, cabrón, ¿te interesa el viaje o no?, y el Ganso tuvo que bajarle al tono, Entonces para pasado mañana, y el tono del Güero volvió a ser el mismo de siempre, afable, cercano, Así es, te decía, el problema es que ahora nos hace falta un integrante, había pensado en que tú, el Taz y el Viruta fueran la fortaleza de allá, pero ahora nos hace falta una persona confiable, aunque no necesariamente experto en el asunto; puede empezar como tú. Al Ganso se le cruzó una idea y lo compartió con su patrón, éste, con desconfianza, aceptó a fuerza de que fuera el Ganso quien respondiera por el recomendado.

El Ganso se puso la chamarra negra y guiñó un ojo a los niños como diciéndoles adiós. Salió a la calle con la seguridad de lo que iba a proponer. Después de todo, Luis lo necesitaba, no tenía por qué negarse a una buena oferta, en un solo viaje podría ganarse lo que, en algún otro empleo, se ganaba en un mes, quizá en más. Le pareció un buen gesto de su parte, él también podría ser como el Güero Muñoz y así podrían conservar su amistad, ahora no sólo por la carrera, sino también por tener el mismo empleo y el mismo patrón.

Al dar vuelta en la esquina, vio la silueta de Augusto Ramírez y no encontró manera de evadirlo, ¿Qué pasó, Augusto? ¿Qué tenemos de nuevo en la colonia? Nada interesante

dijo Augusto y se pasó la lengua por la ranura de los dos dientes faltantes, Ahora que sepas algo, me cuentas, dijo el Ganso y se despidió. Cuando ya se habían separado un poco, dijo Augusto, Pensándolo bien sí hay algo, muchos están diciendo que la Vicky se fue con el Tuerto y no con tu padre, se interesó el Ganso y volvió a ponerse de frente, A ver cuéntame eso, Sí, la Lupe dice que su hermana se fugó con el Tuerto y yo le digo que no, que fue con tu padrastro, todas las tardes discutimos lo mismo, de pronto me ha hecho dudar. El Ganso se pasó los dedos por la frente, como secándose el sudor. Se ofuscó un momento ante la revelación de Augusto, ¿Y de eso hablas con la Lupe? Preguntó el Ganso, mientras pensaba en cómo hacer creer a su ex amigo que la Vicky se había ido con el viejo. Augusto contestó que la Lupe tenía otro galán, más galán, aclaró, pero no perdía las esperanzas, por lo menos él, dijo, la acompañaba mientras el otro llegaba. Ah, por lo otro, aclaró el Ganso, si no se hubiera ido con mi padre apócrifo, él ya hubiera vuelto, después de esta casa, no tiene más dónde caerse muerto, cerró el diálogo y Augusto se pasó la lengua por la ranura de los dos dientes faltantes y se despidió.

El Ganso se quedó pensando en el asunto, la Lupe sabía la verdad histórica del asunto, no sería fácil convencerla de lo contrario; además, también sabía que la Vicky nada más quería al viejo para sacarle unos centavos. Esa distracción no le permitió sufrir el trayecto a pie de su casa para el cuarto. En fin, terminó, arreglaré las cosas de alguna manera más adelante.

Tocó al cuarto con sigilo, como si se escondiera de los propios vecinos, adentro la voz de Luis sonó carrasposa, como ebrio, supuso el Ganso y se le fue el aliento cuando vio a Luis con los pómulos saltados y con moretones en la periferia de los ojos, cojeaba del pie izquierdo, ¿Qué pasó? preguntó con verdadera preocupación, Me golpearon los que estaban organizando la huelga para sacar al rector, comentó, ensalivando las palabras, Pero, ¿por

qué? ¿Te metiste con ellos o qué? dijo el Ganso acercando los ojos para captar esa sombra que corría en la cara de Luis, se veía más moreno, más decaído, Me están confundiendo con alguien más, contestó Luis, acostándose en la cama con un gesto de dolor. Nomás dime y los madreamos, ¿Para que los mates y me metas en más problemas? Soltó Luis el otro asunto que traía adentro, No mames, olvídate de eso, ya pasó, güey, se quitó el Ganso el comentario y supo que la propuesta no iba a ser tan sencilla. ¿Qué milagro que me vistas y a esta hora? continuó Luis, Es que me acordé de ti, güey, y la neta no quiero dejarte desamparado, Ahora hasta beato me saliste, dibujó una sonrisa Luis, De verdad, insistió el Ganso, me preocupas tanto que vine a hacerte una oferta, Olvídalo, cortó Luis el diálogo, si es algo de llevarte a alguien para que le des una sorpresita, no cuentes conmigo, ya conozco tus sorpresitas y eso también me tiene mal acá adentro, señaló con sus manos el corazón. Mira, yo tenía un problema personal con el viejo y tú lo sabías, quería cobrármelo desde antes y en la casa ya no cabíamos los dos, o él o yo, güey, ésa era la onda ¿Por qué me usaste? preguntó Luis, escondiendo un tanto el rostro, No te usé, necesitabas lana y esto te dejó buen dinero ¿o no? Por cierto, siguió el Ganso, la oferta es muy sencilla, un empleado de mi patrón desertó por problemas familiares y necesita a alguien urgentemente, el Ganso soltó todo de un tiro ¿Y de qué es el trabajo? Preguntó el Ganso sobreponiéndose a la posición que había adoptado en la cama con el mismo rito de dolor, Es muy sencillo, mi patrón es empresario, negocia con melones en el norte, tú sabes bien esa movida, güey, y hay que ir por ellos al sur, ¿Y cuál sería específicamente mi labor? Muy sencillo, güey, acompañarme, yo soy el chofer, bueno irá otro con nosotros, otro güey buena onda y ya, ustedes se van dormidos, el fregado soy yo. Pero ¿no me estás mintiendo? No, de verdad, por tu madrecita santa, juró el Ganso, al ver que Luis mostraba ya cierto interés ¿Cuándo salimos? Se incluyó Luis en el verbo, Pasado mañana, necesito que estés bien, ponte

fomentos de agua, hielo en esos pinches moretones, algo, para que estés tranquilo en el viaje, ¿eh? remató el trato el Ganso. No me vayas a salir con otra jalada, volvió Luis al tema, Oh, que no, güey, ya te dije, es buena oportunidad para ti, para salir de tus problemas económicos, Está bien, se conformó Luis y una sombra de tristeza cruzó por sus ojos, después de todo no tengo a dónde ir, no puedo ir a la universidad porque si no me mataron esta vez los de la huelga, la siguiente sí me matan; además, no he leído nada, no sé nada de las clases y, para colmo, ya Marisela no es nada mío.

El Ganso no dijo nada para consolarlo, se quedó mirándolo como entendiendo cada trozo de la situaciones que vivía, y sintió alivio cuando no volvió a repetir lo del viejo.

Casi en la puerta, el Ganso lanzó la última recomendación, Te veo a las cuatro treinta de la mañana afuera de mi casa; allí me llevan el camión mañana por la noche, sin falta, ¿eh?, advirtió y se despidió tratando, él mismo, de cerrar la puerta con el alambre para que Luis ya no caminara tanto. La noche era estrellada y el viento soplaba apaciblemente en la copa de los árboles.

X

Una mano tocaba con fuerza la puerta de entrada. El Ganso se levantó asustado, al dar un vistazo al reloj se percató de que se había quedado dormido. Bajó por la escalera de caracol fajándose el pantalón y poniéndose la camisa negra, ¿Quién? Preguntó, Yo, Luis. Abrió la puerta y el frío se coló entre sus huesos, Me dijiste a las cuatro treinta y son las cinco, Perdón, me dormí, Yo no pude dormir y llegué temprano, estuve esperando afuera y al ver que no salías, decidí tocar, dijo Luis, Gracias, güey, me despertaste, quién sabe qué le pasó al pinche despertador, aclaró el Ganso conduciendo a Luis a la cocina, sacó un poco de leche fría y se lo dio, Para que te caminen rápido las neuronas, le dijo, Luis hubiera preferido algo caliente, el frío estaba pegando con fuerza afuera, y tomar leche fría lo dejaba con los pies y las manos más heladas que las paletas de hielo, pero no dijo nada, se aguantó y sorbió la leche poco a poco.

El Ganso subió con gran agilidad la escalera de caracol mientras Luis trataba de beber la leche fría, bajó de inmediato con una chamarra negra. Quiso ofrecerle un pan a Luis, pero no encontró ninguno en el cesto y se disculpó, aclarando que sus hermanos ahora sí dormían bien llenos, y en sus respectivas camas, como debiera de ser. Olió la cocina, que ya sentía suya, y le pareció que el olor gargajiento del viejo se había ido definitivamente. En ese momento tuvo una revelación: vendrían tiempos mejores.

Vámonos, le dijo el Ganso a Luis. Los dos salieron a la calle y el frío refregó los pómulos de ambos. El Ganso tomó la posición que el Güero Muñoz le había dado, y Luis, tímido, tomó la posición de copiloto. El camión no encendió a la primera, y el Ganso, para mitigar los nervios, aclaró No lo calenté, intentó una segunda ocasión y el motor respondió fuerte al llamado de la llave. El Ganso dejó que el motor agarrara su paso antes de salir. Luis abrió la boca para preguntar cosas triviales, ¿Cuántas horas lleva? ¿Cómo se llama el

lugar hacia donde vamos? y cosas como ésas, quizá sentía la urgencia de hacerle la plática, para que el Ganso no se durmiera, Tengo los ojos pequeños, no te espantes, aclaró el Ganso, para que Luis no pensara que se estaba durmiendo.

La mañana se asomaba con un color plomizo en el horizonte, el frío parecía ceder un poco o, cuando menos, la cabina empezaba a estar más caliente.

El Ganso empezó a sacar el pie del acelerador, porque a lo lejos, en el acotamiento, la luz del camión bañaba al hombre de panza abundante y de piernas flacas y cortitas. El Ganso se paró de inmediato al ver la silueta. La hora del encuentro era a las cinco y eran pasados de la cinco y media.

El Taz subió con el reproche antes que el saludo, Es muy tarde, mi Ganso, tú sabes que todo está medido, entró el Taz a la cabina llevando un aire frío reposado en su cuerpo. Perdón, se me hizo tarde, se disculpó el Ganso, Y el compa ¿quién es? dijo el Taz, y antes de que el Ganso lo presentara, Luis lo hizo, Soy Luis y soltó la mano, ¿y cómo te dicen? preguntó el Taz, Luis no sabía que, en la legión del Güero Muñoz, era obligado tener un apodo, Luis, remató Luis, Todavía no lo hemos bautizado, sonrió el Ganso, Pues hay que bautizarlo, continuó el Taz, Por cierto, aclaró el Ganso, él viene en lugar del Viruta, yo lo recomendé con el patrón. Al Taz se le fueron las palabras, se quedó pasmado, con lágrimas que no alcanzaron a salir del contorno de los ojos. ¿Sabes qué pasó con el Viruta? preguntó el Ganso, Nada, dijo con una voz seca el Taz, Tú sabes qué sucedió, Taz, él andaba siempre contigo, era tu compadre ¿no? El Taz confirmó con la cabeza. Después de una pausa como para llorar allá dentro a su compadre, por fin habló y dijo lo que había pasado, Se lo quebró el pinche Rengo Escobar, dijo marcando el pinche, pero ¿por qué? Por su defecto, mi compadre se reía de cualquier cosa, tú lo conociste ¿Y eso qué? Volvió a preguntar el Ganso, eso lo llevó a la muerte.

El Rengo Escobar está aquí en la ciudad, narró el Taz bastante abrumado por la situación, haciendo quién sabe qué, pero aquí está, y quería vernos un día, entonces fuimos, pensando que tenía algún trabajo para nosotros, y nos invitó un café y nos platicó que se traía una chava hermosa, guapetona, de clase, y mi compadre siempre tuvo un defecto, preguntaba y preguntaba, entonces el pinche Rengo soltó todo y hasta dijo que estaba enamorado. Mi compadre se carcajeó a más no poder, yo le dije, discretamente, bájale, porque veía la cara del Rengo ya encabronado, pero mi compadre era obstinado, siguió chingando, preguntando sobre lo mismo. El Rengo parecía más tranquilo, hasta nos ofreció un ray al cantón, cuando íbamos sobre la carretera, así, sin más, se paró y le dijo a mi compadre Viruta que se bajara. Mi compadre se bajó, pero ya oliéndose que algo se traía el Rengo, todavía le dije al Rengo, no vayas a hacer una mamada, pero tú conoces al Rengo, ese güey vive siempre alterado, le dijo a mi compadre estoy enamorado, y mi compadre no se rió, él ya sabía que el Rengo estaba a punto de estallar, se le achiquitaron sus ojos, más de lo que los tenía, palideció en un momento, entonces el Rengo sacó la nueve milímetros que siempre trae y le dio varios tiros a mi compadre.

Pero a mí me dijo el Güero que se accidentó, ¿Tú crees que es tan pendejo el Rengo para decirle al Güero que se quebró a un hombre de toda su confianza, y que se lo quebró por una estupidez? Luis trataba de entender toda la maraña de asuntos en los que el Ganso y el Taz estaban metidos, olió que nada bueno le esperaba en adelante y que el Ganso, con su artilugio, lo había vuelto a meter en problemas quizás mucho mayores que el anterior.

Pero se quedó callado, siguiendo de cerca el dolor que el Taz manifestaba en su mirada, ¿Por qué hizo eso el Rengo Escobar? No lo puedo creer, se lamentó el Ganso, He estado muchas veces con él y no lo he visto tan malo. No lo conociste, precisó el Taz, es un maldito.

Esta última frase pululaba en la mente del Ganso, el Rengo es un maldito, matar a alguien por burlarse de él, si el Rengo sabía el defecto del Viruta, lo conocía de tiempo atrás, entonces ¿Para qué los llamó? ¿Lo hubiera matado de todas maneras si el Viruta no se hubiera burlado? Tal vez, las conjeturas no servían de mucho, el Viruta tenía varios días muerto, sepultado sabe Dios dónde y cómo.

Al Ganso le estorbó la nueva imagen del Rengo, en su cabeza tenía aquella del hombre que, de buenas a primeras, lo dejó al frente de todo, de aquel Rengo que merecía un aplauso por haber dejado al frente a un muchacho cerebral, según el mismísimo Güero Muñoz, la imagen de aquel que le regaló los guantes y le dijo colega, y Luego, vas, pum, órale cabrón, no muevas el arma, no cierras los ojos, güey, para allá no, a la botella, le vas a pegar a ese pinche indio. Él, que estaba orgulloso de su maestro, empezaba a sentir temor de quién era en realidad aquel hombre con el que había andado en los primeros viajes.

Luis se concentró en observar los trazos de la carretera, los cerros que de pronto eran escasos de vegetación y de pronto eran selváticos, se pegó más al Ganso al ver que el Taz, después de haber contado la desgracia de su compadre, se había desparramado todo, y hacía un acto extraordinario de equilibrio para no irse de boca. Sintió nauseas al ver la baba brumosa que salía de la boca del hombre gordo de piernas flacas. De soslayo, veía al Ganso, para encontrar alguna reacción de él hacia las formas del Taz, pero parecía no importarle, llevaba la mirada clavada al asfalto.

El Ganso seguía repasando el tiempo que anduvo con el Rengo y reconoció que el Rengo tenía sus arranques de ira, Debes controlar tus nervios, hijo de tu chingada madre, le dijo una ocasión bastante colérico, pero no tanto así como para dispararle. Sintió miedo, sintió vergüenza de estar metido en esto. Pensó, además, que Luis no era ningún estúpido y

que se estaba empezando a dar cuenta de lo que, en realidad, iba a hacer, lo sabía por las miradas de soslayo que, de cuando en cuando, le soltaba.

El día era agradable, como para pasar unas cuantas horas encerrado en una cabina, el viento refrescaba bastante a los rayos del sol que, nítido, pegaba en los ojos del Ganso, quien trataba de sostener la mano sobre los ojos a falta de visera.

El Taz no despertó para nada durante todo el camino, parecía que la pérdida de su amigo logró sumirlo en un sueño profundo. El camión pasó la parte afectada de la carretera y el Ganso bajó un poco la velocidad para no sentir el golpeteo del camión. Luis, por su parte, permanecía callado, descifrando y midiendo en qué estaba metido el Ganso. Ahora entendía muchas cosas, de pronto, casi de una semana a otra, el Ganso empezó a tener dinero, cuando, al principio de la carrera, era una persona que nunca llevaba ni siquiera para comerse algo barato. Usaba ropa usada, con zapatos viejos, apretados o, de pronto, mucho más grande que su talla, siempre limitado para sacar unas cuantas copias para la clase del profesor Blanco.

Un día, como por arte de magia, apareció con una camisa negra, con un pantalón de mezclilla azul, nuevo, con zapatos de su talla, también nuevos. Después, el Ganso se volvió patrocinador de las fiestas, compraba cervezas sin límites y casi siempre, le compraba la marihuana al Gordo, aunque luego traía de algún otro lado, Éntrenle con ganas, yo invito, hay que quebrar a estos pinches empresarios de cervezas, decía.

Luis entendió todo, el Ganso estaba metido en cosas gruesas, y él también estaba en la misma ruta. Dormitó un rato, como para tratar de mitigar el calor de las deducciones que había hecho.

Ya estamos llegando, Luis escuchó la voz del Ganso, El Taz despertó de golpe, ubicándose, Buen sueño, dijo, no aludió a la baba que casi siempre lo abochornaba, condición que el Viruta aprovechaba para burlarse.

A los lejos aparecían las casitas del Paraje, los caminos bifurcados empezaban a tomar formas diferentes, anchas o angostas.

Déjale la pistola, ordenó el Taz, recuperando un poco ese liderazgo moral, ¿Para qué? siguió Luis el comentario, Por precaución nomás, atajó el Ganso al Taz, para no develar todo en este momento. ¿Y ustedes, dónde van a estar? preguntó Luis, al escuchar al Ganso decir que iban a intentarlo por el río, y no por la vuelta. Vamos por unas personas que nos ayudan, contestó el Ganso. No te asomes mucho a la tienda, cuando vayas con Maclovio ordénale que, después de que le digas, deben pasar tres horas para que te lleve los costales de melones al camión, y le entregas el dinero tal cual te lo dejo, dijo el Ganso remarcando las últimas palabras.

El Taz sacó una bocanada de aire, el Ganso quedó con la mirada fija y estacionó el camión un poco más arriba de lo acostumbrado, como para no ser alcanzado por la vista del viejo tendero. El Taz bajó rápido, con sus piernas cortas, y caminó sin volver la vista, el Ganso soltó el volante y también se abalanzó hacia la montaña.

Luis quedó completamente solo, con la inseguridad del misterio que todo esto encerraba, se iba a ganar un buen dinero, pero, hasta este momento, no había medido el pulso al peligro en el que estaba. Una andanada de ideas le pasaron por la cabeza, le estaba fallando a su padre, quien, desde el momento en que se vino a la ciudad a estudiar, le decía mi hombre de letras, mi licenciado; estaba, también, fallándole a su madre quien mandaba la mensualidad para que su hijo no prestara su fuerza al campo ajeno, y tuviera su propio terreno, todo cayó en su mente, todo se abigarró en su cerebro. No había ya el amor por su

autor favorito, por las discusiones filosóficas, por el club de Jorge. No tenía ya el amor de Marisela. El profesor Blanco, después de haberlo considerado uno de sus mejores alumnos, lo estaba empezando a considerar un mamarracho, otro mediocre como tantos que había en la universidad.

La curiosidad que mató al gato invitó a Luis a asomarse por la tienda para conocer al tendero. Preguntó por unas galletas, el tendero lo veía por arriba de las gafas y, con su voz aguardentosa le preguntó ¿Es nuevo en este negocio? Sí, es mi primera vez, afirmó Luis buscando unas galletas, Sálgase de eso, joven, lo van a matar un día de éstos, aconsejó el viejo, Luis asintió, Es la primera y última vez que vengo, dijo Luis, y pagó las galletas y el refresco que llevaba en la mano.

Caminó hacia la galera de Maclovio, lo encontró metido en una serie de costales viejos. Luis vio al hombre y le pareció una especie rara: el sombrero de lado, los dientes en doble fila, negruzcos y lo que más le molestó es que escupía por cualquier cosa. Luis impostó la voz para dictar todo lo que el Ganso le dejó encomendado, pero Maclovio pareció más astuto, Nomás dime lo mismo de siempre y ya está, dijo arrebatándole el dictado. Luis se sintió avergonzado, su novatez brillaba frente a Maclovio, en cambio el hombre, parecía dominarlo todo. Empezó a dar órdenes a sus trabajadores, le dijo que, en tres horas aproximadamente, quería los costales de melón sobre el camión.

¿Eres nuevo, verdad? cuestionó Maclovio, Sí, es la primera vez que vengo, cortó Luis, En tres horas te lo llevamos, Maclovio se retorció el bigote y soltó el gargajo hacia un lado, Gracias, dijo Luis, Las que te adornan, contestó Maclovio, y Luis sintió agredido su hombría, le pareció que el revolucionario ignorante no debió decir aquella frase, Pinche ignorante, pensó solamente, porque, lo dedujo, buscar problemas en este momento no le convenía por ninguna razón.

Caminó de regreso al camión, a esperar el momento en que apareciera Maclovio y, al poco tiempo, según el Ganso, llegarían ellos con la gente. Se sumió en un sueño pesado, la cabina, a esta hora, estaba fresca. La noche estaba cayendo, el cielo rojizo apretaba las nubes que intentaban mantener el color blanco. Un viento suave visitaba a los árboles y las aves, de todo tipo, daban sus últimos cantos de la noche.

Una parvada de hombres gemían bajo los costales y cayó en la cuenta que la hora había llegado, detrás de los hombres, jadeando y rascándose la entrepierna, Maclovio gorgoteaba.

Maclovio, dueño del escenario, abrió la parte de atrás del camión, ordenó a los hombres que pusieran todo en la parte de siempre. Luis se asomó para ver el lugar donde iban a depositar los costales, se percató que, abajo, había una parte corrediza, como puerta secreta donde podían caber algunas personas pero acostadas. Maclovio ordenó que esa parte quedara descubierta.

Luis no preguntó nada, pero ya sabía de qué se trataba el negocio en el que trabajaba el Ganso.

Mi dinero, pidió Maclovio estirando la mano, y Luis sacó el fajo de billetes que le dio el Ganso, Completo, mantuvo la voz Luis. Maclovio contó algunos billetes. Y si falta, se arregla con el Ganso, dijo Luis, antes de que el revolucionario ignorante dijera algo. Ta bueno, princesa, volvió Maclovio. Luis tuvo ganas de mentarle la madre, pero al ver que los demás hombres se carcajearon, prefirió guardar silencio.

Pinche Ganso, se fue contra él, después de todo, él tenía buena parte en todo esto, él era el culpable de relacionarlo con gente como Maclovio, tan desfachatado, con el gargajo como su presentación oficial.

Los hombres se siguieron riendo, le mostraban su miembro a Maclovio y él levantaba el dedo medio, semejando un órgano sexual, diciéndoles que se sentaran. Luis no pudo entrar al ambiente, se alejó, viendo hacia la tienda cuya luz no alcanzaba a llegar hasta el camión. Ubicó una piedra en medio de la oscuridad, y se sentó en ella, a la espera del Ganso y del Taz, chasqueó los dedos y jugueteó una canción entre labios.

Los hombres se aburrieron de bromear a costa de él y se marcharon. Un silencio enfermizo se adueñó del momento. Siguió con la vista hacia donde él creía que aparecerían los hombres; y sí, en medio del silencio, percibió pisadas, luego, descubrió la silueta delgada del Ganso, corrió al camión, quería estar dentro cuando los hombres llegaron, para no enterarse a ciencia cierta cómo irían amontonados todos. Se subió a la cabina, desde allí vio que los hombres venían camuflados con ramas verdes sobre la cabeza y bañados de montaña; el Ganso venía igual; el único que parecía venir como se fue, era el Taz.

Inmediatamente abrieron la parte de atrás, y voces de mando entre el Ganso y el Taz se cruzaron, lo que le quedó claro es que les pidieron absoluto silencio a todos, en todo el camino. El Ganso tomó su posición de chofer, alterado, nervioso, y el Taz subió del otro lado. Los dos parecían sumamente cansados, el Ganso prendió el camión y de un solo giro dio la vuelta y salió del Paraje, dejando una polvareda a su paso.

Yo no quería que fuera por el río, dijo con el seño fruncido el Taz, Ya, cabrón, no quieras echarme toda la culpa a mí, se defendió el Ganso, Fuimos los dos, siguió. Ni madres, te dije que era peligroso, que nos podía ver la migra, pero eres terco, güey. Cállate la trompa de marrano, cabrón, El Ganso soltó las palabras con las manos bien apretadas al volante.

Luis quedó en el fuego cruzado, algo había salido mal, y ahora se disputaban quién había tenido la culpa, mentadas de madre volaban de ida y vuelta. Luis empezó a perder la paciencia y trató de hacer deducciones, sin preguntar nada de lo que había acontecido.

El Ganso espejeaba con nerviosismo, el Taz sacaba un poco la cabeza para ver qué había más allá de la oscuridad. Nos siguieron, estoy casi seguro, confirmó el Taz, No, los perdimos, se defendió el Ganso, No seas terco, cabrón, nos siguieron, refunfuñó el Taz y su barbita despoblada brincó como si tuviera un tic. ¿Y qué vamos a hacer? Surgió la voz de Luis, Correrle, ¿qué no ves? dijo el Ganso con una mirada furibunda.

El camión iba a una velocidad vertiginosa, dejando tras de sí un polvo amarillento, esparcido por varios metros a la redonda. Luego, antes de salir a la carretera pavimentada, el Taz sugirió que primero se asomara él para ver si no había nadie por allí, le daría la señal al Ganso para avanzar. Y así lo hicieron, el Taz caminó sigilosamente, giró la cabeza para ver hacia un lado y hacia otro, después, con las manos, hizo la señal para que avanzara el camión. El Taz subió con mucha habilidad al camión como si contara con unas piernas largas.

Así pasaron varios minutos, parecía que el peligro había quedado atrás. En la carretera, el motor del camión era lo único que se escuchaba. El Taz venía inquieto, el Ganso pareció serenarse en algún momento. Luis ya no preguntó nada, pensó en que todo esto pasaría muy pronto y le serviría para no dejarse engañar más por el Ganso: ya sabía cuáles eran sus andadas.

Eran alrededor de las doce de la noche cuando escucharon el ruido de varias sirenas que venían quizá a un kilómetro atrás de ellos o un poco más. Acabó la aparente tranquilidad, No mames, ahí vienen, dijo el Ganso, Te dije que nos vieron, güey, Puta madre, deja de abrir tu pinche boca y dime qué hacemos, mentó el Ganso, Meterle el

acelerador al fondo, sugirió el Taz, y el camión desprendió una velocidad extraordinaria. El Ganso se aferró al volante y empezó a sudar. Aquellos nervios de que tanto le habló el Rengo Escobar estaban a flor de piel, Con cuidado, se escuchó la intervención de Luis, Me vale madre, prefiero estar muerto que en la cárcel, retumbó la voz del Ganso. Rápido, pero tranquilo, cabrón, vamos a salir de esto, intervino el Taz, no será la primera vez que nos libramos de estos hijos de la chingada, siguió.

El Ganso pareció no escuchar, clavó por completo su vista hacia donde la luz aclaraba lo que venía, apretó más el acelerador, y el ruido del camión se hizo más vivo, más cerca, como si el motor estuviera en los oídos.

Cuando empezaron las curvas, Luis le dijo al Ganso que le bajara, Estamos en zona de curvas, Ya te dije que me vale madre, se aferró el Ganso. Ya las sirenas se escuchaban apenas algunos metros atrás, un poco más cerca que antes.

En la curva más pronunciada, el Ganso no pudo contener la fuerza del camión y salió hacia un lado de la carretera, no del lado del paredón, sino del lado del voladero, cerro abajo. Las sirenas seguían palpitando en el ambiente mientras el camión rodaba. Las luces se apagaron y el silencio enfermizo se adueñó de todo y de todos.

XI

Luis sintió la espalda mojada y trató de moverse un poco, pero un dolor fuerte caminó sobre su cuerpo. Siguió con los ojos cerrados, no para imaginar algo, sino únicamente para tratar de dormir un poco, para tratar de sacar esa sensación nauseabunda adormilada en él.

Apretó los ojos como revelándose al mundo que estaba afuera. Volvió a sentir el camión descendiendo por la pendiente y volvió a gritar pidiendo auxilio, auxilio, ayúdenme. Alcanzó a sentir, sobre su cuerpo, manos golpeándole el corazón, un sonido con un ritmo monótono que acompañaba al griterío, Llamen al doctor, Enfermera, aquí, doctor Vázquez, doctor Ramírez. Voces de mujeres, de hombres, golpes en el pecho, su padre, su madre, mi hombre de letras, golpes en el pecho, mi licenciado. Marisela, mi Marisela, el Gordo, el viejo, la imagen del viejo muerto, el Ganso, el Ganso volvió al nombre, golpes en el pecho, el Taz, también el Taz se asomó en aquel momento siniestro. El silencio era místico, para leer y escuchar música y para quedarse una vida fijado en ese momento.

Perdió la noción del tiempo, pudieron haber pasado un día o hasta un mes o un año allí, pegado a esa cama, en la misma posición, y para él había sido un momento, un suspiro. Por fin, sus pequeños ojos se abrieron para ver dónde estaba, qué hacía allí, cómo llegó. Hurgó el lugar, estaba solo, en una cama incómoda mojándole la espalda, aunque grande eso sí, el cuarto estaba todo alfombrado, muy lujoso. Unas persianas amarillas en la ventana evitaban que el sol se asomara un poco al lugar. En su mano, formando parte de sus propias venas, el suero caía a cuenta gotas. Una venda ancha apretaba la pierna derecha. Luis no la sentía, quería moverla para encontrarla, pero era en vano, hizo todo lo posible por encontrar vida en los dedos de ese pie, pero nada, no pudo moverlos.

Frente a él, con señales de que alguien había ocupado largo rato el lugar, había un sillón lustrado todo negro, reclinable, de piel, o al menos eso le parecía a tres metros de distancia.

Una enfermera cuarentona, de voz resonante, apareció para acomodarle la aguja del suero en la otra mano, el líquido ya no resbalaba hacia su cuerpo, se había tapado, y era necesario un cambio, era necesario otra picada como tantas que tenía en los brazos amoratados ¿Cuánto tiempo tengo aquí? Preguntó Luis desconcertado, Poco, contestó, parca, la enfermera sin dejar de ver el reloj y la bolsa del suero. ¿Y mis compañeros? Quiso seguir con el diálogo, ¿Quiénes? Se interesó un poco la enfermera, Con los que llegué aquí, dijo Luis, Nada más ingresó usted, le dijo, y cerró el diálogo, sacó unas pequeñas pastillas de un recipiente pequeño y le dijo que se tomara tres de un solo golpe.

Cuando la enfermera cuarentona salió, la puerta de nueva cuenta se abrió, despacio, y un rostro malhumorado, de barba abundante, se asomó con sigilo. Al ver que Luis lo veía, el hombre se acercó un poco, quedando frente a la pequeña luz que emanaba de las persianas amarillas. Luis se dio cuenta de que el hombre cojeaba de la pierna derecha.

Me llamo Regino Escobar, soltó la voz quedita del hombre, Luis quiso decir mucho gusto, pero un dolor fuerte en la pierna no le permitía mencionar una palabra, únicamente asintió con la cabeza. Ah, me dicen el Rengo, afinó el comentario el hombre malhumorado. El Rengo, alcanzó a repetir Luis, como para traer el nombre más cerca.

El rostro le pareció conocido, no tan familiar, pero conocido a secas, en algún lado había visto esa barba, ese cuerpo pequeño y esa mano izquierda llena de alhajas. Disculpe, y ¿el Ganso? Dijo con gran esfuerzo Luis, quiero ver al Ganso, y hubo una pausa fría en la boca del hombre. El Ganso murió, igual que el Taz, dijo el hombre con precaución.

Luis volvió el rostro hacia el suero, un dolor, no el mismo, no ése que tenía en la pierna, sino uno que surgió del fondo del brazo izquierdo, lo golpeó, lo atosigó sin poder salir hacia fuera, sin poder decir que tenía ganas de llorar, de correr a ver el cadáver, siquiera el cadáver del Ganso, después de todo no le tenía rencor, finalmente el Ganso quería ayudarlo, le vio en el rostro una sincera amistad desde el principio. Supo todo el sufrimiento que éste cargaba encima desde niño, y ahora muerto.

También el hombre malhumorado parecía un poco afectado. Cuando dio la noticia del Ganso y del Taz, levantó la mano, como llevándose el crucifijo a la frente. En la mano izquierda de aquel hombre brillaban unas esclavas de todo tipo.

Aquí estás seguro, comentó el hombre después de algunos minutos de silencio, Nadie te va a encontrar, aclaró con una voz ceremoniosa, dando a conocer que él también estaba bastante afectado o, cuando menos, eso quería mostrar frente a los demás. Nadie te va a encontrar, insistió, como adivinando una serie de confusiones que tenía Luis allá dentro.

El hombre se sentó en el sillón negro, y el malhumor se vino como torrente a su rostro. Mostraba una cara dura, como si alguien lo estuviera observando y él tenía que mostrar su fortaleza en ese rostro.

Afuera, alguien tocó con los nudillos y una voz tierna pidió permiso para pasar, Pásate, mi amor, contestó el hombre y el malhumor se moderó en él por arte de magia. Apareció un cuerpo con unos jeans negros y una blusa amarilla que le venía bien a esa mirada verdosa y profunda de aquellos ojos tan expresivos.

Luis desvió la mirada del lugar donde el hombre y ella se besaban con profusión, con un amor calado por mucho tiempo. Volvió la mirada hacia las persianas amarillas, en donde, por fin, el sol horadó un poco el lugar para dejar caer sus rayos rasgando la

alfombra. Luego, con el dolor metido hasta el fondo de la pierna, con el cuerpo hecho trizas y con el desasosiego en el corazón, hizo algunas deducciones que dieron en el clavo, y supo de dónde conocía al hombre malhumorado y conoció el secreto del VMW negro que rondaba la universidad.

Diez cuestiones fundamentales para interpretar una novela

Ensayo

Introducción

Uno de los mayores problemas es cómo analizar una novela, desde dónde enfocarla para explorar el contenido, y no perderse en el fragor de las muchas sugerencias. Estas *diez cuestiones fundamentales para interpretar una novela* son propuestas para acercarse al texto narrativo, desde un ángulo muy particular.

Utilizamos como andamio para lograr nuestro objetivo a la hermenéutica, y de sus manos nos acercamos al género, a la corriente literaria, al tema, al título, al tiempo, al escenario, a los personajes, a la voz narrativa, a la estructura y a la secuencia narrativa, todo ello para ver cómo estas diez cuestiones son portadoras de sentido y nos abren las ventanas para analizar esas partes y la función en el todo de la narración. Aquí, en estas diez cuestiones analizadas, radica gran parte del artificio de la novela, en la innovación que de ellas se haga, en la manera en cómo se entretaja y se estructure ese mundo narrado radica el éxito y el arte. Mostramos, en cada punto, algunos ejemplos de novelas que han hecho de sus personajes, del tiempo, de la estructura, etc., el aporte más importante a las cuestiones narrativas, acaso algunas de ellas llegaron a ser obras consagradas por dicha aportación, por la innovación en algunas de estas diez cuestiones fundamentales, y allí está, básicamente, el sentido para poder interpretar una novela, el sentido para que algunas novelas sean canónicas y vivan en el imaginario de los lectores y traspasen al tiempo. Por eso nos pareció importante utilizar los aportes hermenéuticos.

En nuestro ensayo, también tenemos en cuenta que una novela es básicamente un texto y, como todo texto, en sus entrañas laten vasos comunicantes de sentido, de ahí que propongamos estas diez cuestiones aquí tratadas. Otro asunto no menos importante es que el lector no tiene un diálogo directo con el autor, sino con lo que está plasmado, y esto tiene sus propias complicaciones, porque el texto posee sus propios códigos para comunicar un

mensaje, y allí entra la hermenéutica como mediadora para deshilar poco a poco ese tejido de palabras y de oraciones de una narración y sustraer el sentido de dicho texto.

Al final de cada punto, analizamos nuestra propia obra, *Refugio contra el viento*, para hacer el ejercicio de lo dicho en el apartado y también comprender la obra con base en lo tratado. No es sencillo el reto que nos hemos impuesto, dado que para un autor es muy difícil interpretar su propia obra; lo sabemos, pero no queríamos dejar cabo suelto, sino, al contrario, que todo quedara redondo.

Antes de comenzar a tratar lo antes dicho, debemos hacer un alto en el camino para responder una pregunta fundamental en este análisis: ¿y qué es la hermenéutica?

La palabra proviene del griego *hermeneuo*, que se traduce como explicar, traducir o interpretar; esta última hace alusión a aquel dios griego llamado Hermes, quien era el intérprete de los dioses con los hombres. Incluso el término hermenéutica también se ha relacionado con el nombre de Hermes.

Por lo tanto, la hermenéutica es la ciencia de la interpretación de textos con la finalidad de comprenderlos. Nos apoyamos de Paul Ricoeur para hacer una delimitación importante: “El primer *sitio* (sic) que la hermenéutica se propone delimitar es, seguramente, el lenguaje, y más particularmente el lenguaje escrito”.¹

Trabajamos con textos escritos, en este caso particular con textos literarios, y de manera específica con una novela. En las novelas hay cuestiones básicas para su interpretación, cuestiones que tienen que ver con lo mediato y lo inmediato, es decir, con lo que rodea en el tiempo real a la obra, y con lo que corre en sus propias entrañas como el tiempo, la voz narrativa, el tema, etc.

¹ Paul Ricoeur, *Del texto a la acción, Ensayos de hermenéutica II*, Trad. Pablo Corona, México, FCE, 2002, p.72

Cada uno de estos elementos indispensables son la base para las diez cuestiones fundamentales para interpretar una novela que proponemos a continuación.

Primera cuestión fundamental: género y subgénero

La primera cuestión para interpretar una obra literaria tiene que ver con precisar el género a la que ésta pertenece. No es lo mismo una obra ensayística, poética, crónica o narrativa. No se lee igual. No se asume la misma actitud, ni se interpreta de la misma forma. El lector usa, sin saberlo o sabiéndolo bien, diferentes técnicas para allegarse a los textos de acuerdo al género. Dice Alonso Shökel:

Es frecuente al anunciar las películas de la televisión o de los cines de la ciudad añadir una nota al título: comedia brillante, drama, ficción, guerra, *western*, policiaca, terror... Es una primera orientación para escoger y también para adoptar la actitud que pide el film: no vayamos a una comedia brillante para emparar nuestro pañuelo de lágrimas.²

Esto vale también para los géneros literarios. Al decir que estamos frente a una obra novelística, por ejemplo, damos la clave más importante para la actitud que debe tomar el lector frente a la obra, de cómo debe leerla y de cómo interpretarla. Es más, nombrar una obra como novela es ya, en sí mismo, una interpretación para decir que este texto no es un libro de historia, no es un libro de medicina; es una obra literaria, más precisamente, es una novela y así debe leerse.

En alguna ocasión, buscando en la biblioteca del Seminario Teológico Presbiteriano algún libro sobre Escatología —doctrina que habla acerca de los últimos tiempos—, me encontré con un título que decía *La guerra del fin del mundo*. Tomé la obra y me dispuse a encontrar en ella algunas claves para interpretar los tiempos apocalípticos por venir. No encontré lo que necesitaba en esa obra, pero me encontré con una magnífica novela de Mario Vargas Llosa que alguien había dejado, por descuido, en los anaqueles apartados a la escatología. Lo leí con interés, aunque no me sirvió para tratar de interpretar los asuntos de los tiempos por venir.

² Luis Alonso Shökel, en Prólogo a *El Sentido de la Biblia*, 3ra Edición, México, Buena Prensa, 2007, p. 11

Para interpretar una novela haría falta algo más: ubicar a dicha novela dentro de algún subgénero al que ésta pertenezca.

Ésta es otra clave hermenéutica muy importante, porque permite al lector la preparación para saber qué va a encontrar en la obra y para interpretarla de acuerdo con el subgénero: trátase de una novela policíaca, de una novela histórica, de novela de suspenso, de una novela sobre el narco, de una novela fantástica o realista. Cada una tiene sus propias características.

La obra que se presenta a continuación está enmarcada en un género literario: se trata de una novela. Esto induce al lector para saber enfrentarla con las características propias del género novelesco. En ella encontrará, por lo tanto, una historia de ficción, unos personajes de ficción, un tiempo de ficción, etc. Está escrita en tercera persona, pero aunque estuviera escrita en primera persona no se trata de una autobiografía, también esta voz puede ser ficción. Un día escribí una narración en primera persona donde el narrador va deshilvanando cómo plagieron una obra que él había escrito, y un amigo me escribió diciendo que sentía mucho lo que me había pasado.

Es muy difícil para un autor en ciernes, falto de olfato crítico-literario, ubicarse en algún género de manera específica, y, sin embargo, hay necesidad de hacerlo para ejemplificar lo antes dicho: la novela *Refugio contra el viento* puede estar ubicada dentro de la literatura sobre la frontera, aunque en esta caso se trate de la frontera sur, y también podríamos denominarla como una novela realista, dado que toca un tema que les es propio a esta frontera.

Segunda cuestión fundamental: corriente literaria

En una entrevista que le hicieron recientemente a José Agustín, una reportera le pidió una opinión en calidad de “máximo exponente de la literatura de la Onda”; él contestó de inmediato: “no se la jale, esas son mamadas que nada tienen que ver conmigo, no me gusta que me pongan nombre ni etiquetas, me fastidia”.³ En cambio, Mario Vargas Llosa siempre se ha asumido como parte del llamado *Boom*, y cuando recibió el primer premio de literatura Carlos Fuentes dijo lo siguiente sobre este autor y sobre el grupo literario: “probablemente ninguno de los escritores a los que se consideran integrantes del *Boom* se esforzó tanto como él para acercarnos y amigarnos [...]”.⁴ Carlos Fuentes, por su parte, bautizó a otro grupo literario y les llamó los del *boomerang* (ellos se denominaron así mismo los del *crack*).

La corriente literaria a la que pertenece una obra permite al intérprete enfocarla y ubicarla en su contexto mediato, es decir, como obra que pudiera estar relacionada con cierta forma, con cierta generación, con cierto estilo de escritura o con un tema en especial.

Por ejemplo, es muy característico de nuestra época que florezca la literatura sobre el narcotráfico —característica que está muy relacionada con el contexto social y económico de nuestro país—, y es ya una corriente literaria importante en el mundo latinoamericano, y en México; únicamente hace falta asomarse a las librerías para comprobar su proliferación y difusión. También hay otra vertiente que es la llamada “Narrativa de la frontera” y al decir de la frontera casi todos volteamos a la frontera norte, pero no olvidemos a la otra frontera: la del sur, carne de cañón de la delincuencia, trata de

³ Ángel Vargas, entrevista a José Agustín, en *La Jornada*, sección cultura, 16 de enero, 2013, p. 4ª.

⁴ Mario Vargas Llosa, *Discurso*, CONACULTA, Diciembre, 2012, p. 34

personas y explotación. Esta ubicación de la obra permite en el intérprete asimilar cierta forma y contenido, como veremos más adelante.

Hay corrientes claramente delimitadas y formadas, y otras que se van constituyendo con el vaivén de los años.

Vargas Llosa dice sobre Gabriel García Márquez lo siguiente:

A diferencia del de Borges, su estilo no es sobrio sino abundante, y nada intelectualizado, más bien sensorial y sensual, de estirpe clásica por su casticismo y corrección, pero no envarado ni arcaizante, más bien abierto a la asimilación de dichos y expresiones populares y a neologismo y extranjerismo, de rica musicalidad y limpieza conceptual, exento de complicaciones o retruécanos intelectuales.⁵

Este estilo de escribir a borbotones de García Márquez fundó una corriente literaria conocida como *realismo mágico*.

Pasa lo mismo con esta otra manera de escribir: “Raquel sonrió al ver a Oliveira esperándola: una sonrisa que respondía afirmativamente a la pregunta anterior sin intuir que patín puede ser, y que debe de, lo mismo que: onda, aventura, relajó, kick, desmoñe, et caetera, en este caló tan expresivo y literario”.⁶ Y a esta manera de escribir Margo Glanz le llamó *la Onda*; etiqueta que tanto molesta a José Agustín.

La novela *Refugio contra el viento* podría caracterizarse como una novela *realista*. Toca un tema que fluye en las venas de nuestro país todos los días, un asunto que existe, pero que se ignora: la cuestión de las fronteras (norte y sur), el asunto de la trata de personas, especialmente el negocio en el que se vuelven los migrantes que buscan el llamado *sueño americano*, y a su paso por México encontrarse con la muerte —como sucede en esta historia: aquí el camión donde son transportados se precipita al voladero y fallecen todos.

⁵Mario Vargas Llosa, *Cartas a un joven novelista*, México, Alfaguara, 2011, p. 45

⁶José Agustín, “Cuál es la onda”, *Juegos prohibidos*, una antología de cuentos para adolescentes, comp. Gustavo Sainz, México, Alfaguara, 2006, 115-156.

En esta novela también se refleja el habla popular; tal vez por ello pudiera confundirse como novela sobre el narco, aunque el asunto sea otro. El habla popular nos ayuda a describir y a comprender con mayor precisión el mundo ilegal en el que se mueven los personajes. No podía ser de otra manera, para hacer más verosímil esa historia tenían que aparecer mucho de la jerga popular en la narración, las manías y estilos de vida en esos barrios pobres. En esos barrios, por ejemplo, son comunes los apodos, y en la novela, la mayoría de los personajes son conocidos por los apodos: el Ganso, la Chana, la Changa, el Chemo García, el Rengo Escobar, el Güero Muñoz, etc.

El lector encontrará también asesinatos y desaparecidos; pan de todos los días de quienes están involucrados en asuntos ilícitos.

Tercera cuestión fundamental: el tema en la novela

Las novelas también pueden interpretarse por el tema que corre en sus entrañas. Estos temas son muchos y muy divergentes entre sí. Van desde los asuntos más nimios de la cotidianidad, hasta los más complejos. Desde los temas comunes en el Medioevo hasta los asuntos cotidianos del narco en nuestros días. Vargas Llosa dice acerca de los temas:

Un tema de por sí no es nunca bueno ni malo en literatura. Todos los temas pueden ser ambas cosas, y ello no depende del tema en sí, sino de aquello en que un tema se convierte cuando se materializa en una novela a través de una forma, es decir, de una escritura y una estructura narrativas...en una novela los temas en sí mismos nada presuponen, pues serán buenos o malos, atractivos o aburridos, exclusivamente en función de lo que haga con ellos el novelista al convertirlos en una realidad de palabras organizadas según cierto orden.⁷

Podemos afirmar, por lo tanto, que todos los temas son tratables en términos narrativos.

Cuando el tema de una novela es el narcotráfico, por ejemplo, leeremos una obra con los códigos propios que se utilizan en ese mundo: el reflejo del hablar popular, balas, refriegas y policías. El intérprete encontrará en estos códigos la manera en cómo explorar la novela. Cuando el tema sea un asunto del Medioevo, encontraremos a los personajes con estilos de vida muy diferentes a los nuestros y un lenguaje tal vez barroco para hacer más verosímil la obra.

Paul Ricoeur dice lo siguiente sobre cómo ha de comprenderse el texto: “Lo que se ha de comprender en un relato no es en primer lugar al que habla detrás del texto, si no aquello de lo que se habla, la cosa del texto, a saber, el tipo de mundo que la obra despliega de alguna manera delante del texto”.⁸ Esto vale para la novela. En la perspectiva de Ricoeur es importante la cosa del texto, de lo que habla la novela. El tema es entonces una pauta hermenéutica importante para el que quiera interpretar una novela, porque el hilo conductor

⁷ Ídem, p. 31

⁸ Paul Ricoeur, *Op. Cit.*, p.155.

del texto es el tema, sobre qué se habla, luego viene lo que dice Vargas Llosa, el cómo se aborda el asunto, la estructura y la forma en la que se vacía dicho tema.

Cuando llega a nuestra mente el tema de *Moby Dick*, el de *El Quijote de la Mancha* o *Madame Bovary* tenemos capturada la esencia de dicha narración y podemos allegarnos a la obra para conocer la manera, el cómo se cuenta el tema de la obsesión de cazar una ballena blanca, de un hombre que se vuelve loco leyendo libros de caballería o de una mujer insatisfecha con su propia vida y matrimonio.

El tema de la novela que presento es un tema cotidiano, es un tema que corre todos los días en las venas de las universidades públicas: jóvenes que anhelan estudiar, pero a quienes los problemas económicos les hacen buscar otras vías alternas para su subsistencia. Estas vías son, casi siempre, las vías ilegales, porque es allí donde es mejor remunerado el trabajo —el Ganso gana cinco mil pesos por traer el grupo de migrantes para el centro; lo gana en dos días.

Los dos jóvenes protagonistas de la historia son estudiantes; detrás de ellos hay una historia familiar de problemas y dificultades. El Ganso necesita los recursos para sobrevivir e imponerse a las decisiones de su padrastro: quiere tener el poder familiar a través del dinero. Luis necesita subsistir en la ciudad, necesita pagar la renta del pequeño cuarto que lo aloja y hacer suyo el orgullo paterno de verlo algún día como licenciado. De esa manera es como los dos amigos terminan involucrados en asuntos ilegales.

Cuarta cuestión fundamental: el título

El título es ya una interpretación de la novela de manera directa: la nombra y la enfoca. Es una interferencia sutil del propio autor; una manera de llamar la atención sobre algún asunto en particular. Digamos que el título nos invita a tener una perspectiva específica sobre la narración, incluyendo aquellas obras que tengan un nombre que pretenda no ser interpretación, como por ejemplo las novelas que tienen el nombre del personaje como referencia fundamental —*La muerte de Artemio Cruz*, *Don Quijote de la Mancha*, etc. —; éstas también invitan a poner la mirada en dichos personajes, dejando fuera otras posibilidades de lectura.

Umberto Eco dice lo siguiente sobre esto:

El narrador no debe facilitar interpretaciones de su propia obra, si no, ¿Para qué ha escrito una novela, que es una máquina de generar interpretaciones? Sin embargo, uno de los principales obstáculos para respetar ese sano principio reside en el hecho mismo de que toda novela debe llevar un título.

Por desgracia, un título ya es una clave interpretativa [...] ⁹

Por tomar un ejemplo, hablemos de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. El lector tiene ya en el título la primera pauta hermenéutica para hurgar la obra, para buscar esos cien años de soledad en el texto escrito con gran imaginación. Si la obra se hubiera llamado la familia Buendía o el Coronel Aureliano Buendía o incluso Melquíades estuviera fijando nuestra mirada en otro aspecto también importante dentro de la novela: los personajes que fluyen en ella.

Rosa Castro comenta un olvido que tuvo al entrevistar a Gabriel García Márquez a propósito de *Cien años de soledad*, y dice:

Esa noche —cómo lo lamento—, olvidé preguntarle a Gabriel García Márquez por qué su más reciente novela se llama *Cien años de soledad*, cuando estos cien años que él describe y sitúa en el imaginario pueblo colombiano de Macondo están pletóricos de una vitalidad trepidante, de invenciones y hallazgos y retumbante imaginería, de música y ráfagas y

⁹ Umberto Eco, *Apostillas a El nombre de la rosa*, Buenos aires, Lumen, p.3

furias y estallidos, de veleidades humanas y enloquecedoras inquietudes y disparatadas determinaciones y apetitos inmoderados y sed insaciable.¹⁰

Castro encuentra muchas otras posibilidades de lectura, sugiere otros énfasis, otras maneras de acercarse a la novela de García Márquez, aunque después ella misma reconoce que no le pudo poner mejor nombre que *Cien años de soledad*.

Este novelista que es García Márquez, éste poeta de la loquísima locura literaria [...] bien puede tener razón al llamar a su libro *Cien años de soledad*, pues todos esos habitantes de Macondo, esos Arcadios y Aurelianos I, II Y III, todos ellos locos de loquísima locura en la creación de sus vidas, eran otros poetas enajenados en diversas formas y escalas, y ¿qué poetas hay que no cargue consigo la sensación desgarradora de una gran soledad?¹¹

El mismo enfoque interpretativo causa dentro de la obra los llamados paratextos. Ellos van guiando la mirada del lector, llamando la atención hacia ciertos puntos a resaltar, desenhebrando el texto, mostrando una vía de interpretación. Por ejemplo, muchos autores prefieren poner subtítulos que van indicando qué vamos a encontrar en las siguientes páginas y van señalando cómo vamos a leer e interpretar los capítulos, pero algunas obras no tienen si no únicamente enumerados los capítulos; tal vez para no inferir en el desarrollo de la narrativa.

El título de la novela que presento, *Refugio contra el viento*, indica un camino de interpretación para quien reconozca las palabras. El título lo tomé de una cita bíblica que se encuentra en Isaías 32:2 “Cada uno de ellos será como refugio contra el viento y protección contra la tempestad, como canales de riego en tierra seca, como la sombra de una gran roca en el desierto”.¹² Es alevoso porque sugiere ya una perspectiva de lectura. Quise ponerle el nombre de uno de los personajes: el Ganso, pero creí que no decía nada, que no sugería absolutamente nada. En cambio, el actual título marca una pauta hermenéutica para el lector y lo encamina para abrirse paso en ese mar de palabras. Sé que no es necesario, que

¹⁰ Rosa Castro, “La primera entrevista”, *Proceso*, edición especial no. 21, p.37

¹¹ Ídem, p. 40

¹² Isaías, capítulo 32:2, Versión Dios habla hoy.

los lectores son inteligentes, pero como hay que ponerle algún nombre a la obra, determiné que ésta sea la ruta a seguir.

Para mí, el título es muy sugerente, porque la palabra “refugio” le viene bien a las diferentes situaciones en la que los personajes encuentran justamente refugio —en los encuentros y desencuentros, en asuntos ilegales, etc.— y “contra el viento” porque es una metáfora de la vida, de las situaciones trágicas que vive tanto el Ganso como el propio Luis.

Los capítulos de la novela no tienen subtítulos, para dejar, allí sí, camino libre a la imaginación del lector e interpretar la obra como mejor le plazca o para enfocar la mirada a dónde él quiera. Los capítulos solamente están enumerados para no interferir en el desarrollo de la narrativa.

Quinta cuestión fundamental: el tiempo en la novela

La manera en que se maneja el tiempo en una novela es también una buena pista hermenéutica.

Antes, es necesario hacer una precisión muy importante, y para ello nos apoyamos en Mario Vargas Llosa. Él hace una distinción entre tiempo cronológico y tiempo psicológico. El primero es el tiempo real, el que nos acompaña en el andar como seres humanos; el segundo, es el tiempo de la novela, el tiempo de la ficción.

El tiempo cronológico nos permite ubicar a la novela en una circunstancia precisa: a principios del siglo XII, mediados del siglo XX o finales de siglo XXI. Tal vez nos conceda aquella pista una posibilidad de cómo acercarnos a la obra según el contexto histórico.

Paul Ricoeur, en su análisis tan rico y tan lúcido del tiempo en *La Señora Dalloway*, de Virginia Woolf, dice: “El narrador de ficción presenta todos los acontecimientos de la historia, que relata entre la mañana y la noche de un día espléndido de junio de 1923; por lo tanto, algunos años después del final de lo que se ha llamado la primera guerra mundial”.¹³ Ubica la novela en un tiempo histórico importante y con esta pista del tiempo real puede acercarse a interpretar el tiempo de la ficción.

Luego, está el cómo camina el tiempo en la novela. Puede ser que el narrador únicamente haya narrado dos horas, un día o un mes en la vida del personaje. Esto de acuerdo a la necesidad de la ficción. Vargas Llosa dice al respecto lo siguiente: “Como el narrador, el tiempo es también en toda novela un artificio, una invención, algo fabricado en

¹³ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, Vol II, Trad. Agustín Neira, México, Siglo XXI, p.536

función de las necesidades de la anécdota y nunca una mera reproducción o reflejo del tiempo real”.¹⁴

Hay novelas que abarcan un tiempo considerable, como es el caso del *El Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra y *La montaña mágica* de Thomas Mann — aquí, la novela transcurre a lo largo de siete años—, o la ya mencionada *Cien años de soledad*, y otras como el *Ulises* de James Joyce que relata 24 horas de la vida del personaje principal.

Posteriormente, es fundamental el tiempo gramatical, porque es el puente para que camine la narración. Ricoeur dice una cosa muy importante: “Además, en un plano que podemos llamar sintagmático, los tiempos del verbo contribuyen a la narrativización no sólo mediante el juego de sus diferencias en el interior de los grandes paradigmas gramaticales, sino mediante su disposición sucesiva en la cadena de la narración”.¹⁵

El verbo da sentido a la narración, le da coherencia y es el motor que hace caminar la historia. El hermeneuta encontrará en los tiempos del verbo las posibilidades reales de interpretación de la novela. Hay algunos autores que gustan jugar con él para darle otra característica a su narración, como es el caso de *La Muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes. Allí, los verbos van moviéndose del presente al futuro y del futuro al pasado. Esos movimientos dan una perspectiva muy amplia, no sólo por lo que Ricoeur llama el juego de las diferencias, sino también por la riqueza y vivacidad que le da a la narración dichos usos del verbo.

Es importante y muy útil entender el tiempo verbal desde donde se narra una historia, y aquí tomamos las tres posibilidades que Vargas Llosa sugiere:

¹⁴ Mario Vargas Llosa, “Una novela para el siglo XXI”, en *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV centenario, P. XXV.

¹⁵ P. Ricoeur, *Op. Cit.*, p. 470.

- A) Se puede narrar desde el presente gramatical, y aquí coincide el tiempo del narrador y el tiempo narrado.
- B) Se puede narrar acontecimientos en presente o en futuro desde un pasado.
- C) El tercero es la posibilidad de que el narrador se sitúe en el presente o en el futuro para narrar hechos del pasado¹⁶.

La novela *Refugio contra el viento* está narrada en este último inciso, es decir, el narrador está ubicado en un tiempo actual para narrar hechos del pasado, utilizando mayoritariamente el pretérito simple del indicativo y sus combinaciones con otros tiempos del pasado (copretérito, antepresente y antecopretérito).

El asunto narrado en *Refugio contra el viento* es propio de nuestro tiempo, por lo tanto, la novela toca un asunto actual, ubicada en este inicio del siglo XXI, donde las oportunidades económicas son precarias y apremiantes, y donde los jóvenes están siendo cooptados por los que viven al margen de la ley.

Los hechos ocurren en cosa de meses, el lector únicamente sabe que los jóvenes pasan todo un día y una noche en una cabina para recorrer la distancia hacia donde recogen a los migrantes, también sabe que se pasan noches enteras en sus estridentes fiestas en el cuarto; de allí, se dan saltos para narrar la vida de Luis, luego otra vez la del Ganso.

Los vacíos que pudieran quedar a lo largo de la narración, algunas posibles preguntas del lector se van resolviendo con el flujo de conciencia primero del Ganso, luego de Luis. Así es como el narrador recupera el pasado.

¹⁶ M. Vargas Llosa, *Cartas a un joven novelista*, p. 69

Sexta cuestión fundamental: el escenario

Tomemos un ejemplo para comenzar este apartado:

Pero la ciudad colonial no se ha remozado, ni tampoco Gazcue, su barrio. Y está segurísima de que su casa cambió apenas. Estará igual, con su pequeño jardín, el viejo mango y el flamboyán de flores rojas recostado sobre la terraza donde solían almorzar al aire libre los fines de semana; su techo de dos aguas y el balconcito de su dormitorio, al que salía a esperar a sus primas Lucinda y Manolita [...] ¹⁷

Éstos son los recuerdos que tiene Urania sobre Ciudad Trujillo (Santo Domingo), su barrio y su casa. Es el escenario donde se ubica el desarrollo de la historia de la novela *La Fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa. El lector alcanza a ver esa ciudad, a palpar ese barrio y a oler esas flores. Alcanza a sentir ese mar apacible que observa Urania desde el Hotel Jaragua, y no se sorprenderá cuando de repente aparezca su sonido en la narración, ni el calor apabullante a nivel justamente de mar.

No cabe duda, el escenario es la tierra que pisan los personajes y ver bien ese escenario permite interpretar una novela. Guía al lector para que camine junto al narrador por una casa, por la rivera de un río o por todo un pueblo como Macondo.

Dice Umberto Eco lo siguiente: “Considero que para contar lo primero que hace falta es construirse un mundo lo más amueblado posible, hasta lo últimos detalles”. ¹⁸ Podríamos decir que incluso la gran novela es aquella que nos hace creer que ese mundo es posible, que esa ciudad existe y ese mar de verdad es el magnífico fondo de aquella ciudad.

Esta ilusión lo hace posible, entre otras cosas, el escenario, porque éste puede estar pintado tan completo que pareciera que el escritor, en lugar de estarlo inventando, estuviera viendo un magnífico cuadro de una ciudad y únicamente nos lo estuviera

¹⁷ Mario Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*, México, Punto de lectura, 2005, p.13

¹⁸ U. Eco, *Op. Cit.*, p. 11

describiendo. ¿Dónde carajos queda Comala dentro de ese inmenso territorio mexicano?, llegamos a preguntarnos al ver ese pueblo tan vivo y tan bien pintado, que no resulta ser el Comala colimense que aparece en el mapa.

El escenario de *Refugio contra el viento* es, básicamente, la cabina de un camión. Pareciera ser un escenario poco propicio para una novela, porque únicamente uno podría imaginar a los personajes sentados, apacibles, viendo cómo el camión despliega su velocidad, pero allí fluye la historia. Allí es donde suceden las cuestiones fundamentales de la novela: allí sueña el Ganso con ser algún día como su patrón, el Güero Muñoz, allí le llega la andanada de recuerdos sobre su vida en su hogar, con su padrastro y su familia. En la cabina del camión empieza su vida delictiva: en ella desaparece al Gordo, y allí surge la idea de desaparecer a su padrastro. En la cabina del camión sueña con superar su situación económica apremiante. En la cabina del camión fallece cuando éste se desbarranca en una curva de la carretera.

En esa misma cabina, Luis se engarza con el mismo trabajo del Ganso. Allí él quiere solventar sus gastos para la renta y las clases. Allí Luis entra al mundo delictivo de manera directa y conoce los vaivenes del mundo ilegal.

Otro escenario importante es el cuarto de reunión de los amigos, porque allí pasa el acontecimiento que catapulta la historia: el conflicto entre Luis y el Gordo, y el golpe que éste le propina al Ganso.

También el escenario de la universidad es fundamental. Allí estudian todos, allí se conocen. Allí Luis cae por casualidad en el grupo que planea la huelga y serán los que después le propinen la golpiza de su vida.

Séptima cuestión fundamental: los personajes

Hay personajes tan inolvidables en la literatura que nos pueblan hasta el día de hoy. Jorge Luis Borges decía que contaba con muchos amigos como Don Quijote, el señor Pickwick, el señor Sherlock Holmes, el doctor Watson,¹⁹ es cierto, muchos contamos con muchos amigos que están en nuestro imaginario y que viven muy aparte de su creador: han tomado vida propia.

Pensemos por ejemplo en Sherlock Holmes, ese astuto detective. Un personaje con un genio extraordinario y una habilidad deductiva impresionante, con manías muy propias y un estilo de vida desesperante —solía quedarse en casa encerrado durante varios días, tocando el violín—. Vive ya en nosotros, y, tal vez, pocos se acuerden que la historia la escribió Arthur Conan Doyle, y que el original no es ni la película, ni la serie de televisión.

En las manías de este personaje, en su habilidad y en su estilo de vida en general está anclada toda la historia. Sin él, sin sus aptitudes, no sería posible tener frente a nosotros una narración rica y apasionante. Sin esos personajes tan bien creados las novelas no serían nada. Ellos son los que dan vida a la narración.

Paul Ricoeur dice que “todo el peso de la ficción descansa en la invención de personajes, de personajes que piensan, sienten, actúan y que son el origen-yo (sic) de ficción de los pensamientos, de los sentimientos y acciones de la historia narrada”.²⁰ Ricoeur no duda en dejar caer sobre los hombros de los personajes la responsabilidad mayor en la ficción, y a ello se debe que una narración del Quijote sin el Quijote es inimaginable, un *Cien años de soledad* sin la familia Buendía no sería ya *Cien años de soledad*.

¹⁹ Jorge Luis Borges, *Arte poética*, Trad. Justo Navarro, Barcelona, Crítica, 2001, p. 115

²⁰ P. Ricoeur, *Op. Cit.*, p.476

Los personajes son una guía hermenéutica para entender la novela; ellos nos encaminan y nos abren la brecha para bregar por la historia, a través de ellos conocemos otro mundo. Ellos ven y sienten, caminan, buscan, se cansan, y nosotros con ellos. Nos enfurecemos por las vivencias de ellos, nos afligimos por el terrible sufrimiento de Gregorio Samsa convertido en un horrible insecto.

Una de las preocupaciones de Borges eran los experimentos de las novelas modernas, sobre todo aquellas que cuentan la historia desde distintos personajes. Y se refería a los personajes colectivos, novelas o relatos contados desde un nosotros. El ejemplo que nos viene a la memoria es el caso de *Los cachorros*, de Vargas Llosa, y muchos otros que hacen justamente ese juego que, a nuestro parecer, enriquece la narración.

Dos son los personajes fundamentales para entender la novela *Refugio contra el viento*: El Ganso y Luis. Ellos son los que mueven la historia, sobre ellos cae todo el peso de la novela. Allí vamos viendo las grandes transformaciones que ellos van sufriendo. Tomando palabras de Borges, que a su vez cita a Mencken, diríamos que “la esencia de la mayoría de las novelas radica en el fracaso de un hombre, en la degeneración del personaje”.²¹ Justamente pasa eso con nuestros personajes: El Ganso se va degenerado primero al secuestrar al Gordo —porque la muerte de éste no es propiamente su culpa; se le va de las manos al no poder controlar al Chemo García—, luego, ya con alevosía, mata con sus propias manos a su padrastro. Poco a poco el Ganso se va volviendo un sicario y un perturbado —piensa matar a la Vicky si ésta aparece por su colonia.

A Luis le sucede lo mismo, pero por circunstancias que lo van orillando a tomar una decisión: primero, el miedo a que el Gordo tome venganza por la pelea sucedida en el cuarto de reunión; segundo, la invitación del Ganso a llevar al viejo a un lugar que él le

²¹ Borges, *Op. Cit.*, p. 67

señala, con el pretexto de que éste le va a dar una sorpresa a su padrastro; tercero, con la confusión que se suscita en la universidad a donde asiste a clases —En la universidad, Luis, por esconderse del Gordo, se mete a una reunión secreta del grupo que organiza una huelga, allí se complica todo para él, porque unas horas después el mismo grupo lo persigue acusándolo de ser el soplón. Posteriormente este mismo grupo lo golpea con ganas de matarlo, pero una intervención a tiempo le dará otra oportunidad.

Hay otro personaje que maneja los hilos de la historia, es un personaje omnipresente: el Güero Muñoz. Él está presente únicamente en los diálogos constantes de los personajes, él es el modelo a seguir de parte del Ganso. Lo que sabemos de él lo sabemos a través de los demás, y a través de las constantes llamadas que le hace al Ganso. El Güero Muñoz es ese personaje que está sin estar, que maneja todo con sus órdenes y gritos. Él es el dueño de esa empresa fantasma que recluta a mucha gente que le es leal, y ay de aquel que no lo sea.

Octava cuestión fundamental: voz narrativa

Tres posibilidades hay desde donde narrar una novela: la primera persona singular (yo), desde la tercera persona singular (él), y algunos han experimentado narrar desde la segunda persona singular (tú), como el caso de *Aura* de Carlos Fuentes —otros lo han intentado desde una primera persona plural, es decir, desde un nosotros—. Lo más usado en el mundo de la narración son la primera persona singular o la tercera singular.

La persona narrativa nos permite saber cómo vamos a enfocar la novela, o, más bien, cómo enfoca el narrador la novela. Cada una de estas posibilidades enumeradas permite conocer, de diferente manera, el hilo de la narración y la posición desde donde se ubica el narrador. Jorge Volpi dice lo siguiente sobre la tercera persona singular: “en la tercera persona, no sólo es posible observar a los personajes desde afuera, sino también, gracias a la invención del llamado ‘punto de vista’, desde la perspectiva de cada personaje”.²² Así cada persona narrativa tiene una mirada diferente. Desde la primera persona singular vemos el interior del personaje y es su mirada la que nos guía y nos va mostrando su mundo (sin que por ello entendamos, necesariamente, que se trata de una autobiografía). Vargas Llosa aclara esto de la siguiente manera: “La persona gramatical desde la que habla el narrador nos informa sobre la situación que él ocupa en relación con el espacio donde ocurre la historia que nos refiere”.²³

Paul Ricoeur dice también algo importante sobre esto: “El punto de vista — diremos— designa en una narración en tercera o en primera persona la orientación de la mirada del narrador hacia sus personajes y de los personajes entre sí”,²⁴ significa la manera en cómo se relaciona el narrador con el mundo de lo narrado, si busca mostrarnos un

²² Jorge Volpi, *Leer la mente, el cerebro y el arte de la ficción*, México, Alfaguara, 2011, p.148

²³ Mario Vargas Llosa, *Cartas a un joven novelista*, México, Alfaguara, 2011, p. 51

²⁴ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, Vol II, Trad. Agustín Neira, México, Siglo XXI, P.522

mundo desde fuera tendrá que buscar la voz adecuada, si busca mostrarnos un mundo desde dentro también tiene que optar por una forma de mirar a los personajes. Y esa mirada es una clara orientación para los que quieran interpretar una novela.

Ahora bien, no todo es llano como parece indicar el asunto de encontrar la voz desde donde se narra una historia; hay novelas que gustan jugar con la orientación de la mirada. Pongamos un ejemplo claro y muy conocido.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme [...]. A parte de ser uno de los grandes inicios de todos los tiempos, es al mismo tiempo una de las argucias brillantes del narrador, porque a nosotros como lectores lo que nos indica es que esa narración está en primera persona del singular, es decir, en un *yo*, pero en adelante nos damos cuenta muy pronto que no es una narración en esta persona, si no que es una narración en tercera persona singular (él), hay alguien que cuenta la historia de alguien más, en este caso, de Alonso Quijano. Esto sucede en muchas de las novelas en la actualidad y el intérprete debe de estar atento a esos cambios e interpretar el sentido que tiene dichos cambios en el todo de la narración.

En la novela *Refugio contra el viento*, el narrador escoge seguir a los personajes desde la tercera persona singular (él). De esa manera conocemos la historia del Ganso y de Luis. Pero esta mirada tiene un matiz, no es una mirada de un Dios que lo sabe todo (omnisciente), como pudiera pensarse, es, más bien, una mirada que acompaña a los personajes, es decir, una mirada que conocemos como *Avec*.

No hay cambios de persona narrativa, el narrador mantiene esa persona hasta el final; en una primera instancia acompaña al Ganso, luego acompaña a Luis. Así hasta el final cuando se queda con el único sobreviviente del accidente.

Novena cuestión fundamental: la estructura

Y de nueva cuenta seguimos a Ricoeur sobre el rico análisis que hace sobre la estructura de un texto, en este caso y es nuestra aplicación, de un texto literario: la novela.

Dice Ricoeur “como lectores, podemos permanecer en la suspensión del texto, tratarlo como texto sin mundo y sin autor y explicarlo entonces, por sus relaciones internas, por su estructura”²⁵ (135,

La estructura de una novela es fundamental para que ésta sea comprendida; al mismo tiempo, la estructura le da una fuerza narrativa muy importante a la historia. Veamos un ejemplo.

Para seguir con *Cien años de soledad*, diremos que García Márquez escogió una estructura extraordinaria para comenzar. *Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía habría de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo*. En una estructura lineal podríamos pensar que a partir de aquí se cuenta la novela y sigue hacia adelante, pero luego nos damos cuenta que García Márquez comenzó la novela por la mitad, inmediatamente después el narrador nos ubica con el padre del coronel Aureliano Buendía, José Arcadio Buendía, y allí retoma lo que hemos llamado una estructura lineal de la historia. Pero este comienzo le da una fuerza importante a la novela.

Ricoeur dice otra cosa “[...] la tarea del análisis estructural consistirá, entonces, en proceder a la segmentación (aspecto horizontal), luego en establecer los diversos niveles de integración de las partes en el todo (aspecto jerárquico)”²⁶, y en la novela esto es fundamental. Cada capítulo, muchas veces, están ordenadas de manera diferente, contando

²⁵ Paul Ricoeur, *Del texto a la acción*, p. 135

²⁶ Ídem, p. 138

diferentes historias, que al final son una sola. Tomemos otro ejemplo, la novela *La frontera de Cristal*, de Carlos Fuentes. La novela está contada en nueve cuentos. Esta es la estructura de sus partes. Cada una de esas partes pareciera que nada tuviera que ver una con la otra — menos con el todo—; salvo las alusiones del rico Leonardo Barroso. Al final, uno se da cuenta que las partes están plenamente relacionadas con el todo, que la segmentación de la novela únicamente nos ayuda a ver cómo viven las trabajadoras de Leonardo Barroso, cómo él disfruta la vida de empresario, o cómo maneja una empresa que surte mano de obra a Estados Unidos, en fin. Las partes se conjuntan con el todo, y las historias que parecían sueltas quedan completamente unidas.

La estructura de la novela *Refugio contra el viento* es lineal, uno va siguiendo la novela en la medida que avanza los capítulos, y no hay un juego estructural importante, digamos que el narrador creyó conveniente contar la historia de esa manera; también podemos decir que, subjetivamente, las historias piden al narrador el cómo ser contadas. Ahora bien, en *la segmentación*, como dice Ricoeur, hay un juego importante: la historia está contada a través de dos personajes que pareciera que no tuvieran más relación que su amistad y compañerismo escolar —de hecho, el narrador sigue en un capítulo a uno y luego al otro—, pero es aquí donde los segmentos se van uniendo con el todo, porque el Ganso y Luis terminan implicados en todo, y el destino de ambos se va cerrando cada vez más: hasta parecer uno mismo al final.

Como una recompensa de lo acontecido al final, Luis sobrevive al accidente, y como una especie de pago, el Ganso muere.

Décima cuestión fundamental: las secuencias narrativas

Comencemos este apartado haciendo alusión a la edición conmemorativa de *La región más transparente*, de Carlos Fuentes.²⁷ Justo antes de comenzar, hay un cuadro cronológico donde se va asociando la historia de la novela —secuencias narrativas—, con la historia de la “realidad real”, como la llama Mario Vargas Llosa. Lo que nos interesa de manera especial son estas hebras de la historia: 1900, nacimiento de Federico Robles; 1905, Gervasio Pola, agitador intelectual; 1909, Robles es llevado a vivir a Morelia con un cura que lo emplea como sacristán, etc.

Las secuencias narrativas son el ensamble de la historia, los factores o eventos que va haciendo que la narración sea una al mismo tiempo. Podremos tener, en primera instancia, una novela contada de varias maneras, pero hay algo que encadena esa narración, algo que le da “secuencia” a ese entramado; a veces son los personajes, otras muchas pueden ser simples fechas, tiempos o eventos nimios como las campanadas que, según Ricoeur en su análisis de la novela *La Señora Dalloway*, son las que dan secuencia a la historia de esta novela, y aquí los pequeños detalles se vuelven los grandes descubrimientos.

Cuando el intérprete descubra estos hilos de la novela estará encontrando una buena perspectiva para interpretar dicha obra: esto le conducirá en el entramado de toda esa madeja de palabras, y así podrá llegar a un acercamiento más preciso.

La novela, *Refugio contra el viento*, tiene la siguiente secuencia narrativa:

—El Ganso en su primera misión como chofer.

—La pelea de Luis y el Gordo

—Luis se encierra en el cuarto por temor al Gordo.

—El Ganso reporta lo sucedido en el primer viaje y hace una petición a su patrón.

²⁷ Carlos Fuentes, *La región más transparente*, México, Edición conmemorativa, 2008.

- Luis es culpado de la desaparición del Gordo por su propia novia.
- El Ganso le hace la oferta a Luis para darle una sorpresa al viejo, su padrastro.
- El Ganso teme que hayan encontrado el cadáver del viejo.
- Luis es cooptado por el trabajo del Ganso
- Muere el Ganso y vive Luis.

La cohesión narrativa está, justamente, en cómo los personajes van quedando unidos con el paso de la narración, de tal forma que, al final, Luis queda dentro de la organización y comprometido definitivamente con su nuevo patrón, el Güero Muñoz.

Hasta aquí estas *diez cuestiones fundamentales para interpretar una novela*. Hasta aquí el aporte para la posible solución, o unas de las posibles soluciones a la pregunta de cómo enfocar o cómo analizar una novela. Con la propuesta hermenéutica queremos llamar la atención hacia otro horizonte poco explorado y caminado para encontrar el hilo de un texto.

Conclusión

Como hemos visto en la exposición, estas *Diez cuestiones fundamentales para interpretar una novela* ayudan a entender una obra literaria tan compleja como las novelas. Cada elemento analizado nos mostró que, siguiendo este hilo, podemos llegar a meternos al interior de la novela, y saber cómo esa parte afecta al todo y le da pautas al lector para la comprensión del texto. Podemos saber cómo fluye la narración y cómo todo ello, en su conjunto, da sentido y engranaje a la historia. El análisis estructural de la obra, por tomar uno de las cuestiones expuestas, nos ayuda a entender la arquitectura sobre la que está anclada la narración, y esto, a su vez, a mostrarnos el efecto de esta técnica en la historia. Así sucede con las otras cuestiones analizadas; de hecho, hay novelas que le apuestan a jugar con el tiempo, con la arquitectura, con la voz narrativa, con los personajes e incluso con el género, ¿quién no recuerda aquellas obras de José Saramago que son ensayos novelados o novelas ensayadas?

Tenemos ante nosotros, con lo expuesto, otras posibilidades para abrimos paso ante el texto, y arrancar el sentido sabiendo que el escritor no está allí para explicarnos la historia, ni le corresponde hacerlo. La obra habla ya por sí misma. Es ella lo comunicado. Es ella la voz. Por eso quisimos andar este mundo narrativo con esta otra mirada, para desplegar esta perspectiva no trillada de la hermenéutica y los nuevos aportes hacia los textos narrativos.

Por supuesto que lo aquí propuesto da para más, esto acaso es únicamente un esbozo; aquí sólo se señalaron algunos trazos por dónde explorar una novela, pero los aportes de muchos hermeneutas pueden ampliar aún más el horizonte de la narrativa.

Por otra parte, las aplicaciones que hemos hecho a nuestra propia obra pueden ser o no sugerentes; en todo caso, lo más importante de la obra es la obra misma, lo que aparece

ya en ese tejido de palabras, sin embargo, queremos confirmar que este ejercicio de análisis resultó importante, pero es difícil poner al diván la propia producción, y encontrar ese hilo conductor que, inconscientemente, fuimos creando y tramando para hacer el engranaje en el que se vuelve una historia. La reflexión poética nos sirvió, sobre todo, para hacer un acto de consciencia necesario: saber lo que se creó con esmero y pasión durante un largo período, y que no surgió de la nada. Es fruto del contexto sociopolítico, de la época, de la formación y disciplina y de muchas cosas más. Además, nos permitió descubrir nuevos horizontes de lectura de nuestra propia producción.

Bibliografía

AGUILAR MORENO, Manuel, *El Sentido de la Biblia*, México, Buena Prensa, 2007, 222 pp.

BORGES, Jorge Luis, *Arte poética*, Trad. Justo Navarro, Barcelona, Crítica, 2001, 181 pp.

DE CERVANTES SAAVEDRA, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV centenario, Alfaguara, 2005, 1249 pp.

ECO, Umberto, *Apostillas al nombre de la rosa*, Buenos aires, Lumen, 34 pp.

FUENTES, Carlos, *La región más transparente*, Edición conmemorativa, 2008, 677 pp.

RICOEUR, Paul, *Del texto a la acción, Ensayos de hermenéutica II*, Trad. Pablo Corona, México, FCE, 2002, 380 pp.

—————, *Tiempo y narración*, Vol. II, Trad. Agustín Neira, México, Siglo XXI, 627 pp.

SAINZ, Gustavo, *Juegos prohibidos, Antología de cuentos para adolescentes*, México, Alfaguara, 2006, 255 pp.

VARGAS LLOSA, Mario, *Cartas a un joven novelista*, México, Alfaguara, 2011, 138 pp.

—————, *La fiesta del Chivo*, México, Punto de lectura, 2005, 569 pp.

VOLPI, Jorge, *Leer la mente, el cerebro y la ficción*, México, Alfaguara, 2011,